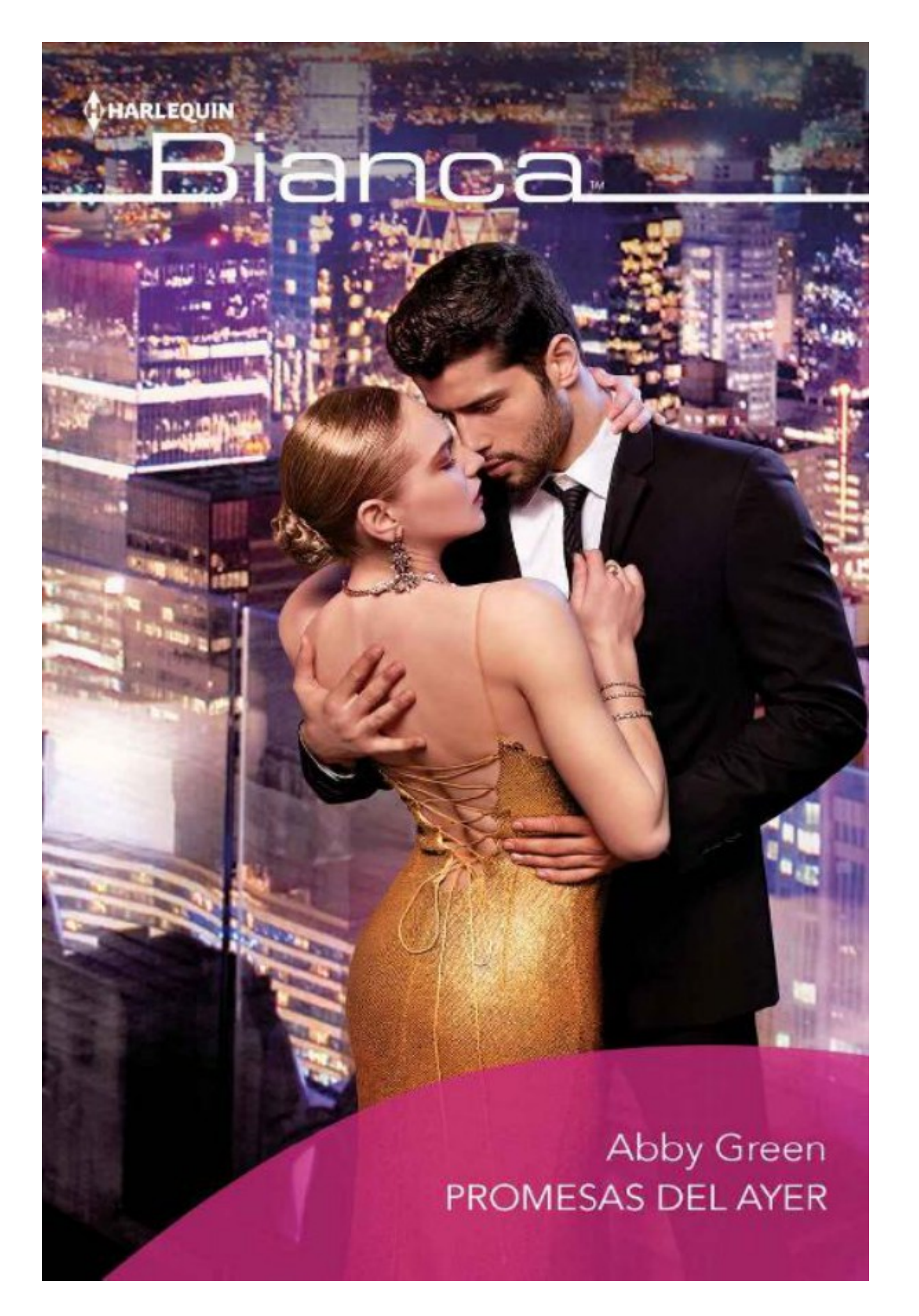

HARLEQUIN
Bianca
Abby Green
PROMESAS DEL AYER

Bianca™

PROMESAS DEL AYER

Abby Green



Capítulo 1

LARA Templeton se alegraba de que el delicado velo de encaje negro le oscureciera la vista y le ocultara los ojos secos de las miradas de la multitud congregada alrededor de la tumba. Tal vez sospecharan que no lloraba la muerte de su esposo, el no tan honorable Henry Winterborne, pero no quería darles la satisfacción de que los confirmaran con sus propios ojos. Así que se ocultaba, vestida de negro de los pies a la cabeza, como correspondía a una viuda.

Una viuda a la que su esposo no le había dejado nada y que había sido su esclava los tres meses anteriores, un detalle ante el que aquella multitud de chacales se relamería, si salía a la luz.

Su esposo había tenido buenos motivos para no dejarle nada. De todos modos, ella no hubiera querido su dinero. No se había casado con él por su fortuna, a pesar de lo que la gente creyera. Y él no le había dejado nada porque ella no le había entregado lo que quería: a sí misma. Había sido culpa de ella que hubiera acabado herido y en una silla de ruedas durante todo el tiempo que habían estado casados.

«No, no fue culpa tuya», se dijo. «Si él no hubiera intentado…».

Lara dejó de pensar cuando se percató de que la gente la miraba expectante.

El sacerdote tosió discretamente y le dijo en voz baja;

–Si quiere echar un puñado de tierra al féretro, señora Winterborne…

Lara se estremeció al oír su apellido de casada. El matrimonio había sido una farsa y solo había accedido a casarse porque su tío la había chantajeado para que lo hiciera.

Se inclinó, agarró una pequeña pala que había en el suelo, recogió un poco de tierra y la echó al féretro. Produjo un sonido hueco y, durante unos segundos, pensó absurdamente que su esposo extendería los brazos para agarrarla y llevarla con él. Estuvo a punto de caer dentro de la tumba.

El cura la sujetó para que no perdiera el equilibrio.

«Increíble», pensó el hombre que se apoyaba despreocupadamente en un árbol con los brazos cruzados. Fijó la mirada en la viuda, pero ella no lo miró ni una sola vez. Estaba muy ocupada representando su papel, a punto de lanzarse a la tumba.

Tenía que reconocer que lo hacía bien, con aquel vestido negro que se ajustaba a su bonita figura. Llevaba recogido el rubio cabello en un moño bajo, y un sombrerito con velo le ocultaba la cara. No le cabía duda alguna de que estaba de luto, pero no por su esposo, sino por la fortuna que no le había dejado.

Los labios del hombre esbozaron una sonrisa cruel. Era lo menos que se merecía Lara Winterborne, Templeton de soltera.

Lara volvió a sentir un cosquilleo en la nuca. Alzó la vista, sacudió la cabeza para librarse de la sensación y observó con alivio que la gente comenzaba a marcharse. Se había acabado.

Vio a un hombre alto y corpulento alejarse hacia donde estaban los coches. Llevaba una gorra y algo parecido a un uniforme. Pensó que sería uno de los chóferes.

Sin embargo, algo en su altura y anchura de hombros atrajo su atención, así como su atlética forma de andar. Empezó a marearse porque le recordó a… Pero no, no podía ser él.

Retazos de conversaciones susurradas la distrajeron.

–¿Es verdad que no le ha dejado nada?

–No debería haberse casado con ella…

–Ella solo intentaba salvar su reputación después de haber estado a punto de casarse con uno de los mujeriegos más famosos…

El último comentario estuvo a punto de hacer revivir en ella dolorosos recuerdos, pero, durante los dos años anteriores, se había convertido en una experta en despreciar comentarios maliciosos. Al contrario de lo que la gente creía, sentía un enorme alivio por no haber heredado ni un céntimo de la fortuna de Winterborne.

Nunca se hubiera casado con él de no haberse visto en una situación imposible, si su tío no la hubiera traicionado de forma abyecta.

A pesar de todo, no era un monstruo incapaz de sentir cierta emoción por la muerte de su esposo. Pero, sobre todo, se sentía vacía y cansada. Y mancillada por su relación con él.

La pena que sentía era por otra cosa, por algo que le habían arrebatado antes de que tuviera la posibilidad de vivir y respirar. Por alguien. Alguien a quien había querido más de lo que se podía querer a otro ser humano. Y que había sufrido por culpa de ella. Había estado a punto de morir. Y ella no había tenido más remedio

que hacer lo que había hecho para evitarle más dolor y, posiblemente, algo peor.

Lara se dirigió hacia donde ya solo quedaban dos coches. No había pagado nada de todo aquello, ya que no se lo podía permitir. En cuanto volviera al lujoso piso en el que había vivido con su esposo, unos empleados la estarían esperando con las maletas para escoltarla hasta la salida. Su esposo había querido guardar las apariencias hasta el entierro. Ahora estaba sola.

Controló el pánico que comenzaba a sentir.

Uno de los directores de la funeraria se hallaba junto al coche de ella sosteniéndole la puerta abierta. Lara vio la figura en penumbra del chófer en el asiento del conductor. Volvió a tener la sensación de que lo conocía, pero se dijo que era ridículo. Pensaba en él porque por fin se había librado del peso que le habían impuesto. Pero no podía consentir que sus pensamientos tomaran esa dirección.

Se sentó en el asiento trasero del coche. Era el último lujo que tendría de momento. No le importaba, ya que, tiempo atrás, al perder a sus padres y su hermano mayor en un trágico accidente, había aprendido que ningún bien material importaba cuando se perdía a los seres a quien más se quería.

El coche arrancó. Incapaz de reprimir la curiosidad, observó la parte del rostro del chófer que se veía en el espejo retrovisor. Se hallaba medio oculta por unas gafas tipo aviador, pero contempló la nariz aquilina, el firme labio superior y la bien definida mandíbula.

Se le aceleró el corazón, aunque sabía que no podía ser…

En ese momento, él pareció notar su mirada y subió la ventana separadora para aislarse de ella, que lo vivió como un reproche, lo cual era ridículo. Probablemente, él habría supuesto que deseaba tener intimidad.

De todos modos, la inquietud no la abandonó. Aumentó al darse cuenta de que, aunque iban en la dirección correcta del piso, estaban saliendo de la calle principal para llegar a otra cercana de lujosas viviendas unifamiliares.

Lara llevaba dos años recorriéndola casi a diario. Pero no era su calle. El chófer debía de haberse equivocado.

Cuando el coche se detuvo frente a una de las casas, Lara dio unos golpecitos en el cristal, que descendió con un zumbido mecánico.

El chófer seguía mirando hacia delante. Lara se puso nerviosa, sin saber por qué.

–Perdone, no es aquí. Vivo a la vuelta de la esquina, en la calle

Marley.

Vio que el hombre apretaba la mandíbula, antes de decirle:

–Todo lo contrario, *cara*. Es justamente aquí.

Esa voz… Su voz.

Lara se quedó sin respiración y, justo en ese momento, el hombre se quitó la gorra y las gafas y se volvió a mirarla.

Ella se quedó estupefacta, en estado de shock. El tiempo dejó de existir.

Tenía grabadas en el cerebro las palabras que él le había dicho dos años antes: «Te arrepentirás de esto toda la vida, Lara. Me perteneces».

Y allí estaba él regodeándose con su humillación.

Ciro Sant'Angelo.

Haberle dicho ese día que no se arrepentiría de nada no era un recuerdo agradable. Desde entonces, lo había lamentado cada segundo. Pero estaba desesperada y no tenía elección. Lo habían torturado y habían estado a punto de matarlo porque ella había tenido la temeridad de conocerlo y enamorarse, oponiéndose a los planes que su tío tenía para ella, sin ella saberlo.

Para ser sincera, había soñado con que Ciro fuera a buscarla. Pero le costaba asimilar que su sueño se hubiera hecho realidad. No estaba preparada. Nunca lo estaría para un hombre como Ciro Sant'Angelo.

Le entró pánico. Intentó abrir la puerta, sin conseguirlo. Sin aliento, se volvió a mirarlo.

–Abre las puertas, Ciro. Esto es una locura.

Él se limitó a hacer una mueca sardónica.

–¿Debería sentirme halagado porque me recuerdas, Lara?

Ella se hubiera echado a reír si no estuviera tan aturdida. No era un hombre al que nadie olvidara fácilmente. Alto, musculoso y de anchas espaldas, desprendía carisma y autoridad. Tenía los ojos negros, una boca preciosa, la mandíbula firme y el perfil ligeramente aguileño.

Habría sido la perfección personificada si no fuera por la cicatriz que tenía desde el ojo derecho hasta la mandíbula. Ella la observó horrorizada al darse cuenta de que era la responsable de aquella cicatriz brutal.

Él inclinó la parte derecha del rostro hacia ella.

–¿Te repele?

Ella negó lentamente con la cabeza. No estropeaba su belleza, sino que le añadía un elemento salvaje, peligroso.

–Ciro… –aquello no era un sueño ni un espejismo–. ¿Qué haces

aquí? ¿Qué quieres?

«Quiero lo que es mío», pensó él. Le hervía la sangre.

Lara Templeton estaba allí. Le bastaría estirar la mano para tocarla, después de dos largos años en los que había intentado, sin conseguirlo, borrar su hermoso y traicionero rostro de su mente.

–Quítate el sombrero.

Los ojos azules de ella centellearon bajo el velo. Él le veía la mejilla y la boca de labios carnosos, que había deseado besar desde la primera vez que la había contemplado. Un recordatorio sensual de que, por debajo de su fría y elegante apariencia exterior, era puro fuego.

Ella se lo quitó con manos temblorosas.

Y aunque Ciro se había preparado para aquel momento, se quedó sin aliento. No había cambiado en aquellos dos años. Seguía teniendo una belleza clásica: cejas finas, ojos azules, largas pestañas, pómulos altos, nariz recta… Y la boca, como un capullo de rosa aplastado que prometía lujuria, a pesar de que sus ojos transmitían inocencia e ingenuidad.

Se había enamorado de ella desesperadamente y casi le había costado la vida.

–Vamos adentro para hablar –dijo, enfadado consigo mismo por el efecto que ella le había causado.

Lara iba a preguntarle que dónde, pero él ya se había bajado del coche y se dirigía hacia la casa. Un hombre uniformado abrió la puerta, ¿el verdadero chófer? Lara no tuvo más remedio que salir del coche.

Al hacerlo, observó que había unos hombres de aspecto intimidante, trajeados y con auriculares. Ciro nunca se había preocupado de su seguridad, pero Lara supuso que, después del secuestro, había cambiado de opinión.

El secuestro.

Sintió un escalofrío. Dos años antes, habían raptado y torturado a Ciro Sant'Angelo. A Lara la habían secuestrado con él, pero la habían liberado al cabo de unas horas dejándola en una carretera a las afueras de Florencia. Era lo más horroroso que les había pasado en la vida, y ella había sido la culpable.

Lara vaciló unos segundos frente a los escalones que conducían al porche y a la puerta principal, por la que se adivinaba un lujoso interior.

–El señor Sant'Angelo la espera –dijo uno de los hombres señalándole la casa.

Entró. Una mujer de mediana edad se le acercó sonriendo

cortésmente.

–Bienvenida, señorita Templeton. El señor Sant'Angelo la espera en el salón.

Lara le entregó el bolso y sombrero como si estuviera atontada, sin apenas notar que había usado su apellido de soltera. Siguió a la mujer con la sensación de que se estaba metiendo en la guarida del lobo.

La sensación aumentó cuando vio la alta figura de Ciro, que le daba la espalda mientras agarraba una bebida de una bandeja situada en un extremo de la habitación.

–¿Quiere un té o un café, señorita Templeton?

–No, gracias –contestó Lara al ofrecimiento del ama de llaves, que se marchó inmediatamente.

A través de los ventanales llegaba el sonido atenuado del tráfico de Londres. El salón estaba decorado en tonos clásicos y de sus paredes colgaban enormes cuadros abstractos que recordaron a Lara cuando Ciro la había llevado a una galería de arte en Florencia.

Se habían conocido unos días antes y ella se había sorprendido tanto de que hubiera elegido una galería que él le había preguntado si esperaba que un tosco siciliano careciera de gusto.

Ella se había sonrojado por haber supuesto que un italiano tan masculino se habría inclinado por algo más conservador.

Se había vuelto hacia él, todavía con timidez, mientras se preguntaba qué hacía con ella, una pálida estudiante de arte inglesa, y le había dicho que no era tosco en absoluto.

Habían visitado la galería en silencio. Ella aún recordaba el nudo de tensión que se le había formado en el estómago, y que había pensado: «¿Cómo no voy a enamorarme de un hombre que abre una galería de arte para mí y me hace sentir más viva de lo que he estado nunca?».

Aún no se habían besado.

La voz de Ciro interrumpió sus pensamientos.

–¿Prefieres algo más fuerte, Lara? ¿Un coñá para el dolor abrumador que debes de sentir?

Se volvió hacia ella, que observó que se había quitado la chaqueta y llevaba unos pantalones marrones y una camisa blanca con el cuello desabrochado. A Lara se le secó la boca. Recordaba a qué sabía su cuello, cómo se lo exploraba con la lengua…

«Para».

No contestó su pregunta.

–¿Cuánto hace que vives aquí? –¿llevaba allí mucho tiempo, a unos metros de donde ella había llevado una vida tan desgraciada?

–Compré la casa hace unos meses, pero acaban de terminar de reformarla.

Entonces no había estado viviendo allí. La idea la consoló, sin ningún motivo. No sabía si hubiera soportado estar casada con Winterborne sabiendo que Ciro estaba tan cerca. Se le encogió el estómago al imaginarse que lo veía salir de la casa con otra mujer. Era una locura, ya que no tenía ningún derecho sobre él. Nunca lo había tenido. Había estado soñando, engañándose.

Alzó la barbilla.

–No tengo tiempo para esto Ciro, sea lo que sea lo que quieres. Me están esperando.

Para desahuciarla. Trató de controlar el pánico.

Ciro se llevó la copa a los labios y se la bebió de un trago.

–Pero, Lara, si no tienes adonde ir.

Ella palidecido. ¿Cómo sabía…?

–¿Cómo lo sé?

Le había adivinado el pensamiento. Tal vez ella lo hubiera expresado en voz alta. Le pareció que se hundía en el agua, que había perdido todo el control.

Él enarcó una ceja.

–Los asistentes al funeral no han parado de cotillear, pero también tengo contactos que me han contado que Winterborne se lo ha dejado todo a un familiar lejano y que, en cuanto recojas tus cosas, te echarán del piso. Pobre, Lara, estás sin blanca. Deberías haberte quedado conmigo. Valgo el triple de lo que valía tu esposo y no tendrías que haber soportado a un viejo en la cama durante dos años.

Lara se devanaba los sesos pensando cómo había obtenido esa información.

El dinero del fondo fiduciario de sus padres se había esfumado hacía tiempo sin que hubiera llegado a tocarlo.

–No fue cuestión de dinero.

Ciro apretó los labios.

–No, fue cuestión de clase.

«No», pensó Lara, «fue cuestión de chantaje y coacción».

Pero también de clase, aunque no para ella, ya que le daba igual la clase social. Nunca le había importado, a pesar de que Ciro no se lo creyera.

Se negó a defenderse, porque sabía que sería inútil. Apenas reconocía al hombre que tenía enfrente, aunque hubo un tiempo que le había parecido que lo conocía perfectamente. Él la había desengañado de ese romántico concepto dos años antes. Sin

embargo, era innegable que el pulso se le había acelerado cuando él se había dado a conocer. Su cuerpo sí lo reconocía.

Ahogó un grito al ver que a la mano derecha de él le faltaba el meñique.

Él siguió la dirección de su mirada.

–No es agradable de ver, ¿verdad?

A Lara le entraron ganas de vomitar. Recordó a Ciro en la cama del hospital, con la cabeza, medio rostro y los brazos vendados. Se encontraba tan afligida que no se había fijado en nada más.

–¿Te lo hicieron los secuestradores? –preguntó con un hilo de voz.

Él asintió.

–Les pareció divertido. Se aburrían mientras esperaban órdenes.

Lara se dio cuenta de que él ya no era el mismo. Se había vuelto más duro e intimidante.

–¿Por qué estoy aquí, Ciro?

–Porque me traicionaste –dejó la copa en la bandeja y la miró–. Y he venido a cobrarme lo que me debes.

–No te debo nada.

«Mentirosa», susurró una voz en su interior.

–Claro que sí, Lara. Me abandonaste cuando más te necesitaba dejándome a merced de la prensa, que se dio un festín reviviendo las viejas historias de la relación de mi familia con la Mafia. Además, me quedé sin prometida.

La ira se mezcló con su sentimiento de culpa al recordar los titulares posteriores a la liberación de Ciro y al posterior compromiso de ella con Henry Winterborne.

–Solo querías casarte conmigo para aprovecharte de mi relación con una sociedad que se había negado a admitirte.

Ciro no la quería. Había estado con ella, al principio, porque despertaba su curiosidad con su inocencia e ingenuidad; después, por su clase social y su apellido.

En los dos años anteriores, Lara se había dado cuenta de lo refrescante que debió de resultarle alguien como ella a alguien tan harto de todo como él.

Si se hubieran casado, su matrimonio se habría acabado cuando el atractivo de ella se hubiera evaporado y su inocencia lo hubiese desencantado; cuando sus contactos y su apellido hubieran servido para colmar la ambición de él. A Lara no le cabía ninguna duda.

Era evidente que él no iba a perdonarla por haberle arrebatado todo eso. Quería vengarse.

Durante unos segundos, Lara pensó en contarle lo que había

sucedido, cómo los acontecimientos habían conspirado para separarlos, que su tío la había manipulado cruelmente. Abrió la boca para hablar, pero recordó las cáusticas palabras de Ciro como si se las acabara de decir.

«No te engañes creyendo que sentía algo más por ti de lo que tú sentías por mí, Lara. Te deseaba, sí, pero solo físicamente. Quería estar contigo, sobre todo, porque nuestro matrimonio me habría otorgado un sello de respetabilidad que el dinero no puede comprar».

La voz de Ciro interrumpió sus recuerdos.

–Prefiero considerarlo el cobro de una deuda. Dijiste que te casarías conmigo y espero que cumplas tu palabra. Necesito una esposa y no tengo intención de meterme en enredos emocionales cuando tú estás tan a mano.

–Es lo más ridículo que he oído en mi vida.

–¿En serio? La gente se casa por mucho menos.

Ella lo miró impotente, odiándolo por haber aparecido como un mago y haberle vuelto el mundo del revés y, a la vez, deseando defenderse. Pero había perdido la oportunidad después de decirle que no se casaría con él porque se había prometido con otro hombre, mucho más adecuado.

Le dijo que le había divertido seguirle el juego cuando le había propuesto que se casaran, porque quería ver cómo hacía el ridículo por una mujer a la que no podía aspirar. Y que todas sus palabras de amor habían sido tópicas.

Nunca olvidaría la mirada de odio que él le había dirigido después de oír aquellas venenosas palabras. En ese momento, ella se había dado cuenta de lo engañada que estaba y se había alegrado de estar actuando, ya que, al menos, le había servido para saber lo que él verdaderamente sentía.

«Estuvo a punto de morir por ti».

Volvió a tener ganas de vomitar. Él no se lo merecía, simplemente por no quererla, ni tampoco se merecía sus mentiras. La había salvado de los secuestradores ofreciéndoles su vida por la de ella. Después, Lara supo que no había corrido peligro alguno, aunque él no lo sabía. Ahora, la idea de que él se enterara la provocó un sudor frío. Si ya la odiaba, la odiaría mucho más.

La emoción no la dejaba respirar. No quería que Ciro tuviera tan mala opinión de ella, a pesar de que era culpa suya haber logrado que pensara así. Volver a verlo había abierto una herida en su interior y, sin darse cuenta de lo que hacía, dio un paso hacia delante y le dijo:

–Ciro, quería casarme contigo más que cualquier cosa. Pero mi tío se había vuelto loco. Lo había perdido todo. No quería que me casara contigo porque te consideraba indigno de ser un miembro de la familia Templeton. Me obligó a decirte aquellas cosas horribles, que eran mentira.

Lara se calló bruscamente. El aire estaba cargado de tensión, tirante como un cable. El rostro de Ciro no expresaba nada. Ella recordó la época en que la miraba con calidez e indulgencia. Y amor, o eso creía ella. Pero no era amor, sino deseo, deseo físico y deseo de éxito.

Él comenzó a aplaudirla lentamente. Lara se estremeció.

–Eres de lo que no hay, Lara. Pero el papel de víctima no te sienta bien y a mí no me impresiona. ¿De verdad esperas que me crea que te coaccionaron para casarte con un hombre que podía ser tu padre, pero con una fortuna que podría pagar la deuda de un país pequeño? Te olvidas de que he visto todo tu repertorio de disfraces, y este de víctima inocente es exagerado y totalmente innecesario.

A Lara se le cayó el alma a los pies. Sabía que era inútil intentarlo. ¿Cómo explicarle que su tío la había manipulado y explotado en beneficio propio desde el momento en que se había convertido en su tutor, tras la muerte de sus padres? Su crueldad, incluso ahora, la seguía anonadando.

Y debería haber sabido que Ciro no la había amenazado en vano dos años antes. Era siciliano y heredero de una larga y sanguinaria tradición de hombres que utilizaban el castigo y la venganza como forma de vida, aunque las generaciones más recientes habían tratado de distanciarse de ello.

Ciro le había contado que sus antepasados eran piratas árabes y ella se lo había creído. Veía que estaba herido, no en el corazón, sino en su orgullo siciliano. Lo había herido ella al abandonarlo y los secuestradores cuando lo habían cambiado físicamente para siempre y le habían demostrado que ni siquiera él era invencible.

Claro que le debía algo, pero era una deuda que ella no podía permitirse saldar desde el punto de vista emocional.

Se despertó en ella el instinto de conservación y se maldijo por haber intentado defenderse. No soportaba que él se percatara de lo vulnerable que era, de que nada había cambiado para ella desde que se habían conocido y de que los dos años anteriores habían sido una solitaria tortura.

Apartó esos recuerdos de su mente y se encogió de hombros fingiendo aburrimiento. Ya había desempeñado ese papel antes, así

que podía volver a hacerlo.

–Ha sido interesante volver a verte, Ciro, pero, sinceramente, resultas más patético ahora que hace dos años. ¿Qué habrías hecho si Henry no hubiera muerto? ¿Secuestrarme?, ¿seducirme para que me fuera contigo y después imponerme el castigo?

Sus palabras enfurecieron a Ciro. Había mandado que la vigilaran y que lo informaran de lo que hacía, que no era mucho, ya que ni siquiera veía a gente. Su esposo la monopolizaba.

Ciro no había decidido lo que iba a hacer con ella, pero supo que, al haber comprado aquella casa porque estaba al lado de donde ella vivía, había llegado a un punto en que no podía continuar sin vengarse.

Sin volver a verla.

Apartó ese pensamiento sin miramientos.

En los meses anteriores, mientras la tensión crecía en su interior, había considerado la posibilidad de seducirla diciéndose que eso demostraría su doblez. Pero sabía que sus motivos eran más turbios, aunque llevaban enterrados dos años, cuando ella se había convertido en una desconocida ante sus propios ojos.

Ella le había demostrado que había hecho el ridículo al abandonar su fachada cínica debido a la lujuria y a algo más inquietante: la emoción, el deseo de una vida que no conocía, de una mujer que era pura y que le sería fiel, leal; que lo querría y que sería una buena madre. Una fantasía que nunca había tenido hasta conocer a Lara.

El hecho de que hubiera considerado la posibilidad de seducirla para que abandonara a su esposo era mortificante para un hombre que se había jurado vivir de forma más integra que su madre y no rebajarse a su nivel de traición. Sin embargo, había tenido que enfrentarse al hecho de que sus deseos eran igual de innobles que los de su madre adúltera.

Fulminó a Lara con la mirada y avanzó hacia ella, que, involuntariamente, retrocedió. Se detuvo frente a ella y le preguntó con suavidad letal:

–¿Sugieres que mi vida ha estado en suspenso desde que decidiste meter a un anciano en tu cama?

Lara se estremeció. Sabía que la vida de Ciro no había estado en suspenso desde entonces, ni mucho menos. Desde el secuestro, había triplicado su fortuna y ampliado su empresa Sant'Angelo Holdings, dedicada a la compraventa de inmuebles, para dedicarla también a la construcción de barcos.

Y no se lo veía dos veces con la misma mujer, lo que era toda

una hazaña, teniendo en cuenta la frecuencia con que se lo fotografiaba en todos los acontecimientos sociales mundiales.

Las habladurías sobre su desenfrenada vida amorosa habían eclipsado rápidamente los rumores sobre los motivos de no haberse casado con Lara. La mayoría de la gente había supuesto justamente lo que su tío quería que supusiera: que el secuestro y las renovadas historias sobre la relación de Ciro con la Mafia habían asustado a Lara Templeton, una de las herederas británicas más codiciadas.

Los rumores sobre ella se habían vuelto tan despectivos como los referentes a Ciro, cuando se había casado tan deprisa con un hombre que le doblaba la edad.

Desde entonces, todas la mujeres con las que habían fotografiado a Ciro eran de un tipo que no se parecía en nada a la belleza rubia y fría de Lara. Eran mujeres morenas, de ojos oscuros, con el cuerpo lleno de curvas, que desprendían una sensualidad que ella nunca tendría, ya que era muy tímida y poco experimentada.

Ciro negó con la cabeza.

–¿Representaste el papel de virgen con tu esposo? ¿Lo fingiste hasta que…?

–¡Basta! –el grito de Lara la sorprendió incluso a ella–. Aquello no fue una representación. ¿Qué quieres, Ciro? –preguntó en un tono de desesperación que no intentó disimular.

–Muy sencillo, te quiero a ti, Lara. Ya es hora de que saldes tu deuda.

Capítulo 2

EL PÁNICO y la desesperación de Lara aumentaron.

–Ya te he dicho que no te debo nada.

–Claro que sí. Me debes una boda.

Lara se esforzó en mantener la calma.

–No seas absurdo. No voy a casarme contigo.

–No soy absurdo, sino muy práctico. Como te he dicho, necesito una esposa y, puesto que me privaste de ella hace dos años, puedes hacer ahora honor al compromiso que adquiriste cuando aceptaste casarte conmigo.

–¿Por qué necesitas una esposa?

–Los círculos en que me muevo… Digamos que las cosas me irían mejor si aparentara tener estabilidad, haber sentado la cabeza, haber aceptado las normas sociales que se esperan de un hombre de mi edad.

–Si aparentaras… Así que, ¿sería una farsa, un falso matrimonio?

–Digamos que un matrimonio de conveniencia.

–Que no significaría nada.

–Como si eso te hubiera preocupado en tu primer matrimonio. Como si te hubiera importado Winterborne.

Lara se estremeció.

–Así aprenderás que los actos tienen consecuencias –añadió él.

Ella dio un paso atrás, sorprendida de que las piernas la siguieran sosteniendo.

–Esto es una locura. Si el matrimonio es tan importante para tu imagen, estoy segura de que hay mujeres mucho más adecuadas a quienes les encantaría convertirse en tu esposa.

Como, para empezar, los cientos de mujeres que había visto de su brazo los dos años anteriores.

A Ciro le resultaba difícil mantener la compostura. Lara tenía razón: había muchas mujeres que no dejarían escapar la oportunidad de convertirse en su esposa. Había buscado mujeres

que fueran la antítesis de Lara, pero ninguna le había excitado como lo hacía ella, simplemente por estar frente a él.

Su cama llevaba dos años vacía, con la consiguiente frustración por su parte. Nadie se lo creería, desde luego, pero no había deseado a ninguna de ellas. Deseaba a Lara. Y ahora, después de dos años de purgatorio odiándola y deseándola, volvía a estar a su alcance.

Era el primero en reconocer que su orgullo había sufrido un duro golpe cuando lo había abandonado. Al fin y al cabo, descendía de una familia de orgullosos sicilianos.

Ella lo había acusado de querer casarse para lograr que lo aceptaran socialmente y él no lo había negado. Pero no era lo fundamental en su deseo de casarse con ella, como le había hecho creer, sino el hecho de no haberla poseído.

Cuando le dijo que era virgen, lo que probablemente era mentira, se quedó atónito. Era una novedad en su mundo y algo sorprendentemente erótico.

Era un hombre tradicional, además de siciliano, por lo que pensaba que un día se casaría con una virgen, pero también era cínico y lo suficientemente experimentado para saber que eso era prácticamente imposible en el mundo de hoy. Sin embargo, allí estaba Lara, con sus enormes e inocentes ojos azules, que a veces lo miraban como si él fuera un lobo hambriento, y su cuerpo ágil y curvilíneo. Una inocente en un mundo de cínicos.

Y lo había convencido, solo para divertirse, de que tenía algo que él no había visto en su vida: una ingenuidad embriagadora. Pero todo había sido una comedia.

Ahora se hallaba frente a él y, a pesar de los zapatos de tacón, solo le llegaba al hombro. ¿Sus ojos siempre habían sido tan grandes y azules? Ahora estaba pálida. ¿Se debía a que le repelía su propuesta?

Tuvo que reprimir el deseo de tomarle el rostro entre las manos y aplastarle la boca con la suya. Ninguna otra mujer había tenido ese efecto sobre él. Instantáneo. Elemental. En ese momento se juró que nunca dejaría que ella notara la facilidad con la que conseguía que estuviera a punto de perder el control.

Lara lo había negado, pero no volvería a hacerlo. Estaba en deuda con él. Le debía su cuerpo y los contactos sociales que casarse con ella le aportarían.

–¿Y bien, Lara?

–Hoy es el funeral de mi esposo. ¿Es que no tienes decencia?

Ciro estuvo a punto de reírse ante la obstinación de ella en

negarse a dejar de actuar.

–¿Me estás diciendo que el viejo te importaba?

La idea de que verdaderamente estuviera de luto por su esposo se deslizó en su cerebro, pero la desechó. Imposible.

Ella se sonrojó. Y a Ciro no le gustó el alivio que experimentó.

–No desperdicies la energía, *cara*. Tus dotes para la actuación no me impresionan.

–Deja de llamarme *cara* –dijo ella cerrando los puños y con los ojos brillantes.

–Antes no te importaba. Si mal no recuerdo, te encantaba. Imitó su voz: «Ciro, ¿qué significa? ¿Soy de verdad tu *cara*?».

–Eso era antes –Lara había vuelto a palidecer.

–Sí, cuando no tuviste ningún problema en comprometerte conmigo para aliviar tu aburrimiento. Lo que no entiendo es por qué fingiste que eras virgen, ya que nos privó a ambos de un mutuo placer.

Para Lara era terriblemente doloroso que Ciro recordara su ardiente amor por él, cuánto lo deseaba.

Sin pensarlo, solo para herirlo como él la estaba hiriendo, le dijo:

–No te deseaba.

En cuanto lo hubo dicho, se dio cuenta de su error. Ciro se sonrojó, lo que hizo que la cicatriz resaltara más en su rostro, y sus ojos se oscurecieron hasta casi volverse negros.

–Mentirosa –musitó–. Me deseabas tanto como yo a ti. Más incluso.

Salvó la distancia que los separaba. Ella fue incapaz de moverse. La abrazó por la cintura atrayéndola hacia sí hasta que ella notó los músculos de su cuerpo. Pero ni siquiera eso la hizo reaccionar ante el peligro. Estaba presa de una excitación que solo sentía con él.

Había creído que no volvería a sentirla, y el júbilo que experimentó apartó sus reservas e hizo callar las voces que en su interior le gritaban que despertara, que retrocediera.

Él la agarró con más fuerza y su cabeza se inclinó hacia ella, que contuvo la respiración, con los nervios de punta, mientras esperaba que la firme boca de él tocara la suya. Emitió un gemido de súplica.

Ciro lo oyó y supo que era el momento de echarse atrás. Ya había demostrado lo que pretendía. Ella le estaba rogando, prácticamente, que la besara. Pero su cuerpo no seguía los dictados de su mente. Ella era como una temblorosa llama en sus manos, totalmente familiar y desconocida a la vez.

Sentía la presión de los firmes senos, las caderas y la pelvis.

Ardía de deseo de ella. Había sido un estúpido al creer en su inocencia y reprimirse para no disfrutar de su cuerpo. Pero se había acabado.

Cedió a su deseo y apoyó los labios en los de ella. Durante uno segundos no se movió porque la sensación del contacto lo alucinó. Después, el deseo tomó el mando. Notó la respiración alterada de ella y profundizó en el beso, convirtiéndolo de casto a sexual en cuestión de segundos.

Lara, en brazos de Ciro, renunció durante unos instantes a volver a la realidad. Sus caricias y aquel beso, la forma experta en que la hacía despertar… Había soñado con ello muchas veces.

Apenas notó que sus manos ascendían por su cuerpo para agarrarle el rostro y colocárselo de modo que pudiera besarla con mayor profundidad, se apretó aún más contra él.

Notó que él le deshacía el moño y que el cabello le caía sobre los hombros, lo cual hizo que vacilara durante un segundo. Y un segundo fue lo único que necesitó para que el cerebro se le oxigenara y recordara que Ciro la había llamado mentirosa. Y ella acababa de demostrarle que tenía razón.

Se puso rígida y lo empujó. Él la soltó y retrocedió, pero eso no la consoló, porque lo deseaba con desesperación. El brillo triunfal de los ojos masculinos hurgó en la herida que se le acababa de abrir.

Estaba despeinada y las piernas apenas la sostenían. Tenía las mejillas calientes y la boca hinchada. Se acababa de humillar de forma espectacular.

Se llevó la mano a la boca.

–No tenías derecho…

–¿A qué? –preguntó él con suavidad–. ¿A demostrarte que la química entre nosotros sigue siendo mutua y está viva?

A Lara no le supuso un gran consuelo que Ciro no pareciera emocionado al respecto.

–Al menos, en eso no puedes ocultar tu verdadera naturaleza.

Comenzó a dar vueltas en torno a ella. Y Lara sintió un cosquilleo en la piel. Seguía teniendo el pulso acelerado.

–¿Cómo pudiste hacerlo? –preguntó él detrás de ella–. ¿Cómo pudiste acostarte con ese hombre todas las noches y dejar que…?

Lara se volvió llena de furia.

–¡Basta! No voy a hablar contigo de mi difunto esposo y menos el día de su funeral. Es… inmoral.

Ciro soltó una carcajada.

–¿Así que es inmoral? ¿Más inmoral que prometerte a un

hombre para dejarlo en la estacada en cuanto te diste cuenta de lo cerca que estabas de mancillar la sangre de la familia Templeton con la de una familia medio siciliana?

A Lara se le encogió el corazón de dolor. Había llegado a fantasear con los hijos que tendrían, preguntándose si heredarían la belleza de su padre y su carisma. ¡Cómo se había engañado!

–Me acusas de ser inmoral –afirmó con voz temblorosa, pero reconoces que solo querías casarte para mejorar tu posición social.

–No había nada inmoral en buscar una unión que nos beneficiara a ambos. No tenías que fingir que sentías algo por mí, *cara*. Era entretenido, pero innecesario. ¿Por qué no te aseguraste tu futuro dando un heredero a Winterborne? ¿Por eso te ha dejado sin nada, porque no cumpliste con tus deberes de esposa?

Lara negó con la cabeza. No parecía capaz de hablar. La asaltaban los recuerdos: Ciro proponiéndole matrimonio con una rodilla en tierra, en una *piazza* de Florencia, rodeados de espectadores que aplaudían, y la alegría que había sentido en ese momento.

Y otro recuerdo: el olor del miedo cuando la metieron en la parte trasera de una furgoneta, con la cabeza tapada. Ciro la había abrazado y ella se había aferrado a él.

–No… No quería casarme…

–¿Conmigo? –la interrumpió Ciro–. Ya lo sé.

Lara tragó saliva. No la había entendido. Quería haberse casado con él por encima de todo, pero temía contárselo todo y que él la hiciera pedazos.

No se imaginaba lo que haría si se enteraba de que su tío había estado detrás del secuestro para demostrar a Lara hasta dónde podía llegar para asegurarse de que se casara con alguien «adecuado».

Debía recuperar el control de la situación y de sus emociones. Trató de que la voz le sonara lo más fría posible.

–Está claro que no me has perdonado por haberte abandonado. Pero, si lo que necesitas es una esposa, te sugiero que busques a otra porque no estoy disponible.

Dio media vuelta para marcharse, pero él la agarró del brazo. Ella se quedó inmóvil y él la obligó a volverse par mirarlo.

–Dime por qué estás tan ocupada ahora que vuelves a ser una mujer libre –le soltó el brazo y ella se lo frotó distraídamente. La realidad era que no estaba ocupada en nada, ya que, como él sabía, no tenía literalmente nada. Le quedaba dinero para una semana en una pensión barata. No tenia dónde ir ni a quién acudir.

–La realidad es que no tienes nada que hacer, ¿verdad?

–Voy a buscar trabajo y un sitio para vivir.

–¿Trabajo? No sabrías lo que es eso aunque se lanzara sobre ti y te mordiera. Dudo que con una licenciatura en Historia del Arte puedas llegar muy lejos hoy en día. Te educaron para desempeñar un papel en la sociedad. Cualquier otra cosa sería rebajarte.

Lara le había confesado una vez que deseaba hacer algo más de lo que se esperaba de ella. Era evidente que él creía que le había mentido.

–¿Como casarme contigo? Ya hemos pasado por esto. ¿De verdad quieres ser humillado de nuevo?

Esa era la Lara que Ciro recordaba, la que mostraba su verdadera naturaleza. Recordó que, dos años antes, se había convertido ante sus propios ojos en alguien distante y calculador.

Él se había quedado en estado de shock, y no debiera haber sucedido porque sabía lo que hacían las mujeres hermosas, gracias a su madre, que había dejado repetidamente en ridículo a su padre, desesperada porque le demostraran que la deseaban.

Su padre lo había soportado porque la quería, y Ciro había pensado desde muy joven que, si eso era el amor, no deseaba semejante humillación ritual.

Sin embargo, Lara se había colado entre sus defensas sin que él se diera cuenta.

La primera imagen de ella seguía impresa en su memoria, a pesar de sus intentos de borrarla. Se hallaba a unos pasos de Ciro en una calle llena de gente, haciéndose visera con la mano mientras contemplaba embelesada un edificio. Parecía una princesa valkiria con el largo cabello rubio hasta la cintura y la piel tan blanca.

Ella no se había percatado de que atraía su atención. O eso era lo que él había creído. Pero ahora pensaba que había sido muy consciente de lo que hacía, con ese rostro de ángel y ese cuerpo de sirena.

De pronto, alguien la había echado de la acera dándole un empujón y ella se había tambaleado hasta la calzada. La hubiera atropellado un coche, si Ciro no la hubiera agarrado y puesto a salvo. El cuerpo de ella chocó con el suyo. Sus suaves manos unidas a las de él… Y su aroma a limón y rosas… Lo había mirado, asustada, con sus enormes ojos azules y él había experimentado un deseo instantáneo por primera y única vez en su vida. Lo había cautivado.

Pero los recuerdos eran cosa de tontos, y él no volvería a serlo. Ahora sabía quién y qué era Lara. La utilizaría y luego se desharía de ella, igual que ella había hecho con él cuando se hallaba en uno

de sus momentos más bajos.

–No estás en situación de negociar, Lara. No tienes dónde ir ni a quién recurrir. No sobrevivirías ni media hora ahí fuera.

Lara cerró los puños. Ciro estaba manifestando sus propios temores. ¿Qué sabía hacer ella? ¿Qué educación había recibido para poder ganarse la vida? ¿Dónde la llevaría una licenciatura interesante, pero inútil en la nueva era digital? ¿A obtener, con suerte, un trabajo de baja categoría en una galería de arte? Una limpiadora estaba más cualificada que ella.

Aprovechándose de su silencio, Ciro dijo:

–Te propongo que nos casemos en Roma, como habíamos planeado hace dos años. Creo que bastará un año de matrimonio, pero podemos volver a hablarlo al cabo de seis meses. Mientras estemos casados, desempeñarás funciones de carácter social, como mi fiel y leal esposa. Me abrirás puertas que hasta ahora se me han cerrado. Y te convertiré en una mujer muy rica.

–Hablas en serio –afirmó ella con incredulidad.

–Totalmente.

Ciro consultó su reloj con despreocupación, como si no acabara de hacerle aquella absurda propuesta.

–El chófer te llevará a tu casa, donde harás las maletas. Después volverás aquí. Nos iremos a Roma a última hora de la tarde.

A Lara le daba vueltas la cabeza. Habían sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo: su esposo había muerto, Ciro había reaparecido en su vida y le había hecho una propuesta que era una locura, y se enfrentaba a la perspectiva de tener que sobrevivir sola y a la oportunidad de algo totalmente distinto.

Algo ridículo e imposible.

Sin embargo, lo único que le preguntó fue:

–¿Por qué te has hecho pasar por chófer?

–Porque me divertía verte en acción entre tus iguales, verte comportarte como verdaderamente eres, como me ocultaste cuando nos conocimos.

La mujer que era al conocer a Ciro era verdaderamente ella: infinitamente ingenua e inocente. Pero, desde entonces, había aprendido duras lecciones, por lo que tenía que protegerse de él o la aniquilaría.

–Esta conversación se ha acabado –dijo con toda la frialdad de la que era capaz–. No me interesa.

Él se limitó a enarcar una ceja.

–Ya veremos –le señaló la puerta con la mano–. El chófer te llevará a tu piso y te esperará.

Lara se marchó sin decir nada. La mujer que la había acompañado al salón la esperaba con sus cosas. Lara le dio las gracias y se dirigió a la puerta. El coche y el chófer la esperaban, así como los hombres del equipo de seguridad.

Sintió un escalofrío al recordar el horrible momento en que, mientras se abrazaban y besaban en un tranquilo callejón de Florencia, los habían separado bruscamente para introducirlos en la parte trasera de una camioneta.

Tuvo ganas de no montarse en el coche e ir andando a su piso, pero el chófer la esperaba con la puerta abierta, y la innata cortesía de Lara y su deseo de no provocar conflictos hicieron que subiera al coche.

El trayecto fue muy corto. Se bajó dos minutos después. Se dio cuenta de que los guardaespaldas de Ciro no la habían seguido. «¿Por qué iban a haberlo hecho?», se reprochó a sí misma. Ella no era nada para Ciro, solo alguien con quien quería jugar para divertirse.

Y para vengarse.

Se apresuró a entrar. Comprobó con alivio que el piso estaba vacío. Sus escasas pertenencias estaban en dos maletas, que se hallaban en el vestíbulo, para recordarle que se debía marchar lo antes posible. Pero necesitaba tiempo para asimilar lo que había sucedido. Comenzó a deambular por la casa.

Seguía sin creerse la cadena de acontecimientos que la habían llevado a casarse con un hombre odioso que podía ser su padre.

No quería casarse con él, desde luego. Cuando su tío se lo sugirió, se echó a reír. Pero después le dijo que el secuestro era obra suya y que harían aún más daño a Ciro, si no se casaba con Henry Winterborne.

Lara se sentó en el borde de la cama, abrumada por el peso del pasado.

Su tío debía millones. Se había jugado toda su fortuna. Cuando ella le dijo que no lo necesitaba, que tenía el dinero que le habían dejado sus padres, que le entregarían al cumplir veinticinco años, su tío le dijo que ese dinero ya no existía. Podía acceder a él al ser su tutor, y se lo había jugado.

Incluso entonces, Lara seguía teniendo la esperanza de que, si se lo contaba a Ciro, este los protegería a ambos. Así que había ido al hospital donde él se hallaba recuperándose y le había preguntado si la quería porque, si era así, haría lo que fuera para desafiar a su tío.

Pero él la había mirado durante unos segundos y había vacilado. Y en ese momento ella se dio cuenta de que había sido una ingenua.

Él debió de darse cuenta de su expresión porque le había dicho. «¿Amor? Nunca te lo he prometido. Pero estoy dispuesto a comprometerme contigo para siempre y te respeto. ¿No te basta?».

No la quería, así que ella siguió las órdenes de su tío para proteger al hombre al que amaba, pero que no la correspondía.

Lara había vuelto a Londres, donde la presentaron a Henry Winterborne, y se había organizado la boda. Su tío había llegado a un acuerdo con él: saldaría sus deudas y restablecería su reputación a cambio de casarse con Lara.

Lara se sintió sola y perdida durante días. Y su tío no dejaba de recordarle que, si no lo obedecía, Ciro pagaría las consecuencias.

La noche de bodas, Lara volvió al piso con su marido, completamente borracho, y la realidad, traspasó, por fin, la coraza con la que se había protegido.

No conseguía recordar la boda ni haber pronunciado los votos. Pero esa noche oyó a su esposo recorriendo el piso y gritando al personal que le llevaran algo de beber. Ella se escondió en el dormitorio mientras se decía que se escaparía, mandaría un aviso a Ciro… Lo que fuera, antes que aquello.

Entonces, Henry entró en la habitación forzando la puerta.

Lara intentó escapar, pero él la agarró e intentó rasgarle el camisón. La tumbó en la cama y ella lo empujó. Como estaba borracho cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza con el borde de la cómoda.

La caída y su mala salud general habían tenido como consecuencia que tuviera que ir en silla de ruedas. El susto que le produjo a Lara el accidente y el recuerdo de las amenazas de su tío la hicieron desistir de la idea de huir.

Fue entonces cuando comenzó a ver fotos de Ciro en la prensa. La cicatriz de su rostro no parecía desanimar a las hermosas mujeres que iban de su brazo, ya que aumentaba su atractivo carisma. Al verlo así, algo se quebró en su interior y desapareció cualquier rastro de duda de que se hubiera equivocado al creer que no la quería.

Abandonó toda esperanza.

Una vez desaparecida la amenaza de violencia física por parte de su esposo, Lara adoptó una rutina. Los días se convirtieron en semanas, estas en meses y, sin que se diera cuenta, pasó un año. Para entonces, su esposo había prescindido de sus empleados y la utilizaba como ama de llaves y cuidadora, sin pagarle.

Cuando murió su tío, tres meses antes, revivió su deseo de abandonar a su esposo. Ciro ya no estaba amenazado. Pero ella, sin

dinero, no podía emprender acciones legales.

Antes de decidir qué iba a hacer, su esposo tuvo un derrame cerebral y pasó los dos últimos meses de vida en el hospital. Y, por primera vez en dos años, Lara recuperó cierto grado de independencia.

Se vio reflejada en el espejo del dormitorio y observó su pálido y desmejorado rostro. ¿Por qué un hombre tan vital como Ciro querría casarse con ella?

«Por venganza», le susurró una voz interior.

Y porque creía que estaba desesperada y era vulnerable.

Aunque Lara tuviera reparos para salir adelante sola después de toda una vida sin estar preparada para ello, estaba dispuesta a hacerlo, a arriesgarse. Sin embargo, continuaba sintiéndose culpable porque, aunque ya nada amenazara a Ciro, lo habían secuestrado por su relación con ella. Si ella no lo hubiera conocido, no habría corrido peligro.

Sabía que su tío tenía planes para casarla con alguien «adecuado». No hablaba de otra cosa desde que ella comenzó a ir a la universidad, cosa que él desaprobaba. Pero Lara no se lo había tomado en serio, porque le parecía una actitud medieval e incluso se lo había dicho una vez.

Él le había recordado cuánto le debía, dónde habría acabado si no la hubiera acogido tras la trágica muerte de su familia. La había cuidado y proporcionado una educación.

Lara no se había dado cuenta de que hablaba muy en serio al decirle que tenía que casarse con alguien de buena posición. Cuando conoció a Ciro, su tío tenía dificultades económicas, por lo que ella se había convertido en una baza muy valiosa. Y que Ciro fuera rico no le había bastado a su tío. Quería casarla con alguien de su elección que perteneciera al lado bueno de la sociedad.

Lara sintió náuseas. Debía centrarse en el presente, no en el doloroso pasado.

Ciro había vuelto y buscaba venganza. Y no podía culparlo, ya que ella era la responsable del terror que había sufrido y de que se viera obligado a vivir protegido.

También ella había sido la causa de que se reavivaran los rumores de su relación con la Mafia, porque la gente creía que por eso lo habían secuestrado. Por no hablar de la humillación que le habría supuesto que lo abandonara días antes de la boda, de la que todos los medios de comunicación estaban pendientes.

El hecho de que Ciro hubiera conseguido librarse de la avalancha de titulares y especulaciones y hubiera seguido viviendo

y prosperando demostraba su nivel de ambición. Pero era evidente que no le bastaba.

Ella lo había querido con desesperación y hubiera hecho cualquier cosa por él. Y lo había hecho. ¿Tendría que sacrificarse de nuevo para resarcirlo?, ¿para permitirle acceder a un nivel social que le depararía más éxito y una mayor aceptación?

«Un año de matrimonio… revisable a los seis meses…».

La fría propuesta de Ciro era sobrecogedora. ¿Podía ella considerarla siquiera?, ¿someterse a su deseo de venganza?

Volvió a mirarse al espejo. Estaba sofocada y le brillaban los ojos.

«¿Sería verdaderamente un sacrificio cuando él me sigue provocando tanta emoción y deseo?», se preguntó.

Podía salir del piso por la parte trasera del edificio, así que podía marcharse si quería y desaparecer entre las miles de personas anónimas que abarrotaban las calles de Londres. Seguir adelante y olvidar el pasado.

Pero Ciro la buscaría, como lo había hecho antes.

Ella, al principio, lo había rechazado, intimidada por su carismática masculinidad y su fama de playboy. Al final, él se la había ganado al llevarla a la galería de arte.

Negó con la cabeza para disipar el recuerdo. Había sido una estratagema para seducirla. Ella era distinta de las mujeres que solía tratar. Era ingenua, a pesar de que ahora él creyera que había fingido.

Lara había sufrido cosas peores que un matrimonio de conveniencia con un famoso playboy, Mucho peores. Había perdido a su familia de un día para otro. Su tío, el último miembro de su familia, la había explotado y traicionado. Su esposo la había despreciado y maltratado. Y Ciro ya le había partido el corazón, así que no podía volvérselo a partir.

Darse cuenta de que Ciro nunca la había querido le había facilitado que hiciera lo que debía: ser cruel y abandonarlo. Sin embargo, ¿ahora consideraba la posibilidad de volver con él?

Después de todo lo que había padecido a manos de su tío y de su difunto marido, debería huir a toda prisa de allí. Pero, a pesar de todo, el impulso de volver con Ciro era fuerte. ¿Sería capaz de resistirlo?

Lara sabía que no tenía más remedio que hacer lo que fuera mejor para ella y su futuro, para poder seguir adelante con la conciencia limpia y dejar atrás el pasado de una vez por todas.

Capítulo 3

CIRO notó que disminuía la ansiedad que sentía. Era la misma sensación que había experimentado cuando uno de sus ayudantes le había comunicado la muerte de Henry Winterborne, aunque entonces había sido más aguda y había despertado en él la urgencia de buscar a Lara.

Ahora, ella era suya.

El chófer acababa de llamarlo para decirle que Lara le había pedido ayuda con el equipaje, lo que implicaba que no intentaba huir. Iba a volver con él.

Lo molestaba no haber estado seguro, cuando lo estaba sobre todo en la vida. No dejaba nada al azar desde el secuestro.

El meñique comenzó a dolerle, el dedo que le faltaba. Era el dolor de un miembro fantasma, ya que no existía. Una cruel paradoja.

La mayoría de las mujeres le resultaban predecibles, pero no era el caso de Lara, que no lo era ni siquiera en aquel momento, cuando estaba sin blanca y sin hogar. Una mujer tan hermosa y con tantos recursos podía huir de él. Y no dudaba que se la encontraría en cualquier acontecimiento social con otro hombre que podría ser su padre.

Sin embargo, nadie le ofrecería un trato mejor que el que él le había propuesto: un matrimonio de conveniencia por un máximo de un año y un mínimo de seis meses. Y cuando se divorciaran, ella no tendría que volver a preocuparse del dinero.

Lara había mordido el anzuelo, por lo que era perverso sentirse decepcionado, sobre todo cuando había vivido los dos años anteriores en una especie de limbo, incapaz de seguir adelante.

Había trabajado como un animal y triplicado su fortuna. Había obtenido respeto, pero no el que ansiaba, el de la buena sociedad, que lo seguía considerando un siciliano trabajador de dudoso pasado, sobre todo después del secuestro, que aún seguía envuelto en el misterio. No se sabía quién lo había organizado, pero Ciro lo

descubriría algún día y quienquiera que fuera lo pagaría muy caro.

En ese momento vio que su coche volvía a detenerse frente a la casa. La excitación se apoderó de él. Lara sería suya, por fin. Y cuando se hartara de ella y hubiera obtenido lo que deseaba, la abandonaría, igual que ella lo había abandonado.

Horas después, Lara estaba sentada en el jet privado de Ciro, que se dirigía a Roma. Acababa de rechazar una copa de champán y Ciro le preguntó desde el otro lado del pasillo:

–¿No te apetece celebrarlo, cariño?

Ella lo miró con recelo mientras él daba un sorbo de su copa. Se había cambiado de ropa y llevaba unos pantalones grises y un polo negro. Estaba guapísimo. Desde donde se hallaba ella, no le veía la cicatriz del lado derecho del rostro, que, de todos modos, no empañaba su perfecta belleza.

–No, aunque parezca mentira.

Estaba cansada. Había sido un día muy largo. Le parecía increíble que el funeral hubiera sido esa mañana y no un mes antes. Se había quitado la ropa del funeral y puesto unos pantalones y una blusa de seda.

–Aunque tu matrimonio con Winterborne te haya dejado en la indigencia, por suerte sigues teniendo valor para mí. Debiste de darle muchos disgustos a tu esposo.

Lara volvió a sentir el peso de su esposo borracho sobre ella y el pánico que la había impulsado a empujarlo. Evitó mirar a Ciro a los ojos.

–Más o menos. Creo que me voy a tomar esa copa de champán.

Ciro hizo un gesto y la azafata llegó inmediatamente con la copa. Ella le dio un sorbo y luego otro. Y se sintió algo mejor.

–Por nosotros, Lara.

Ella volvió a mirar a Ciro. Ahora la miraba de frente, por lo que le vio la cicatriz y que le faltaba el meñique. Brindaron.

A ella le recordó otro tiempo y otro lugar. Un pequeño restaurante de Florencia, donde habían brindado por su compromiso matrimonial. Lara recordó el amor y la sensación de seguridad que sentía. Por primera vez en su vida, desde la muerte de sus padres y su hermano, sentía un poco de paz.

Recordó el brillo del anillo que Ciro le había regalado y que ella dejó en la habitación del hospital, dos años antes, cuando lo había abandonado.

Como si le hubiera adivinado el pensamiento, Ciro se sacó del

bolsillo una cajita de terciopelo. A Lara le dejó de latir el corazón.

–Me ha parecido un derroche comprar un anillo nuevo cuando podemos utilizar el antiguo.

¿Cómo conservaba aún ese anillo? Ella creía que, furioso porque lo había abandonado, se habría deshecho de él.

Él fue a abrir la cajita y ella quiso decirle que se detuviera, pero no le salieron las palabras. Y allí estaba, el anillo más bonito del mundo: un zafiro en forma de pera con dos diamantes a cada lado y una montura de oro.

Lara miró a Ciro.

–No lo quiero.

–Supongo que detestas el reciclaje. ¿Te parece pequeño?

–No, no es eso. Es… –no pudo terminar la frase.

«Es perfecto».

Lara recordó que Ciro le había dicho que el zafiro era del color de sus ojos cuando la besaba. Por eso no quería el anillo porque le traía recuerdos agridulces de algo que ella había imbuido de un romanticismo inexistente.

–¿Es esto necesario?

Sin darse cuenta de la agitación de Lara, Ciro sacó el anillo, le agarró la mano izquierda y se lo puso.

–Totalmente. Ya he emitido un comunicado de prensa con la noticia de la renovación de nuestro compromiso e inmediata boda.

Se produjo un chasquido y Lara solo se dio cuenta de lo que había pasado cuando notó un pinchazo en el dedo. Se lo miró y vio la sangre cayendo al asiento, mientras Ciro daba una orden y la azafata le quitaba la copa resquebrajada de la mano.

Ciro la levantó y se la llevó al cuarto de baño, donde abrió el grifo del agua fría y le puso la mano debajo.

–Es un corte limpio y no es profundo –dijo Ciro en un tono sorprendentemente tranquilizador. Sacó un botiquín del armarito que había en la pared, buscó una tirita y se la puso en el dedo.

–Aunque reconozco –dijo con sequedad– que me encanta tu incomodidad ante la perspectiva de casarte conmigo, preferiría que siguieras entera durante nuestra unión.

Ella fue a retirar la mano, pero él se la retuvo mientras fruncía el ceño. Lara se miró las manos. Él le había agarrado la otra y les daba la vuelta en la suya. Y ella vio lo que él veía. Trató de soltarse, pero él no se lo permitió.

El brillante anillo resaltaba lo que Ciro contemplaba: unas manos acostumbradas a realizar trabajo manual, no las manos suaves y blancas que tenía. Llevaba las uñas cortas y sin pintar.

Él las soltó y dijo con brusquedad:

–No te cuidas. Tienes que hacerte la manicura.

Ella se hubiera echado a reír si el espacio no fuera tan reducido y si no tuviera miedo de moverse por si su cuerpo entraba en contacto con el de él. Le entró pánico al pensar en que Ciro fuera a besarla. No quería que su dignidad sufriera un nuevo golpe.

Lo rodeó para entrar en el dormitorio, más espacioso, y se puso las manos detrás de la espalda.

–Podrías haberme dicho que ibas a sacar un comunicado de prensa. También me concierne.

–Lo sé, pero en cuanto has accedido a que nos casemos has puesto en marcha una serie de sucesos que culminarán en nuestra boda, dentro de una semana.

–¡Una semana! –Lara necesitaba sentarse, pero no quería parecer vulnerable.

–¿Por qué no? –preguntó él encogiéndose de hombros, como si estuvieran hablando del tiempo–. ¿Para qué esperar más? Tengo una apretada agenda de actos y te necesito a mi lado.

Ella se sintió acorralada e impotente. A fin de cuentas, estaba allí porque quería.

–Claro, por qué no.

Llamaron a la puerta para anunciar que faltaba poco para aterrizar.

Ciro la tomó del brazo como si fueran a salir, pero, como no se movió, ella lo miró y vio que dirigía una expresiva mirada a la cama.

–¡Qué pena! La próxima vez será.

Una oleada de deseo invadió a Lara ante la sola idea y se soltó de un tirón.

Al salir del dormitorio oyó la risa de Ciro.

Lara daba vueltas al anillo distraídamente mientras observaba por la ventana la vista de Roma.

Estaba contenta de que estuvieran allí, no en Florencia, que le provocaba muchos recuerdos… y pesadillas.

Allí había conocido a Ciro, y su vida había cambiado para siempre. Él estaba en Florencia para cerrar un importante trato por el que uno de los *palazzos* más antiguos de la ciudad se convertiría en un hotel.

Al principio ella no sabía quién era él.

La habían echado de la acera de un empujón mientras observaba

la belleza de Florencia y alguien había tirado de ella para salvarla de los coches.

Así lo había visto por primera vez. Reunía todos los clichés: era alto, moreno y muy guapo. Y aunque ella ya había visto a muchos italianos altos, morenos y guapos, el corazón se le detuvo unos segundos solo ante aquel.

Se había sentido emocionada y aterrorizada a partes iguales, porque nadie la había conmovido en mucho tiempo, ya que había cerrado con llave su corazón después de la muerte de su familia, para protegerse. Pero ahora notaba que se le volvía a abrir. Era irracional, una locura. Pero se le había abierto y no podía volver a cerrarlo.

Había buscado información sobre él en Internet y se había enterado de su fama de playboy y de que procedía de una familia relacionada con la Mafia siciliana.

Le dijo que había buscado información sobre él y Ciro le había preguntado si había encontrado algo interesante.

Ella se dio cuenta de que el momento era importante y de que confiaba en él. Y le dijo: «Lo siento, solo quería saber más de ti, pero debiera habértelo preguntado cara a cara».

Él le tendió la mano y le dijo que le preguntara. Ella se la tomó y le hizo preguntas sobre Sicilia y sus negocios. Su voz profunda la había inundado aumentado su ilusión de que había algo palpable entre ellos.

Lara se apartó de la ventana y echó una ojeada alrededor del dormitorio. A su llegada, la noche anterior, estaba muerta de cansancio. Habían tomado una cena ligera, que les había preparado el ama de llaves de Ciro, y habían hablado muy poco. Ella había recordado otras cenas con él, en la que estaban contentos simplemente por estar juntos, sin necesidad de hablar.

Que el silencio no la incomodara era algo que siempre la había sorprendido. Recordaba que su hermano le tiraba del cabello, preguntándole dónde estaba, cuando la veía soñando despierta.

Apartó de su pensamiento el recuerdo doloroso de su hermano. Soñar despierta pertenecía al pasado. Ya no creía en los sueños, después de haber perdido a su familia, de que su tío la hubiese traicionado y de que Ciro le hubiera partido el corazón en mil pedazos.

El dormitorio era espacioso y lujoso, aunque no ostentoso, igual que el resto del piso.

Se vio reflejada en un espejo de cuerpo entero y observó que tenía los ojos hinchados. Se había duchado y se había puesto unos

pantalones ajustados y una camiseta. No se había maquillado. Su aspecto no llamaría la atención de un playboy como Ciro.

Seguro que cuando la viera a la fría luz de la mañana se preguntaría qué había hecho.

Después de hacerse una cola de caballo y ponerse unos zapatos planos, fue a buscar a Ciro mientras se preguntaba si todo había sido un sueño y seguía en Londres.

Cuando entró en el salón comedor, la realidad se impuso. No había sido un sueño.

Ciro estaba sentado presidiendo una enorme mesa y desayunaba leyendo el periódico. Tenía las piernas estiradas y parecía muy relajado, como si lo más normal del mundo fuera llevarse a su exprometida a otra ciudad inmediatamente después del funeral del esposo de esta, debido a que buscaba venganza.

Él alzó la vista y Lara se sintió avergonzada. Le hubiera gustado tener una armadura para protegerse de aquella mirada que la penetraba como un rayo láser.

Ciro le indicó una silla a su derecha. Ella tomó asiento y el ama de llaves le sirvió café. Lara se obligó a sonreír a la mujer y él le dio las gracias en italiano, pero la mujer no le hizo ningún caso.

–Es sorda.

–¿Qué?

–Sophia, el ama de llaves, es sorda. Por eso, a veces, cuando no te hace caso, parece una maleducada.

–Ah.

–Te lo digo para que no la hagas enfadar.

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Simplemente, no lo hagas.

A Lara la sorprendió que él defendiera al ama de llaves. Y la molestó que él la creyera capaz de ser maleducada con alguien. Pero ella le había dado esa impresión a propósito al convencerlo de que había estado con él para entretenerse.

–No tienes mucho equipaje.

Ella se sonrojó de vergüenza y humillación.

–He traído lo que necesito.

–Y supongo que esperas que te compre un guardarropa completo a la última moda.

No iba a explicarle que, después de que su esposo quedara discapacitado, se había convertido en una asistenta sin sueldo. Había tenido que vender la ropa y las joyas por Internet cada vez que necesitaba dinero.

Hubo un momento en que tuvo que vender el vestido de novia

que su madre le había dejado en herencia y que ella pensaba ponerse cuando se casara por amor, no por verse coaccionada a hacerlo.

Ciro tomó un sorbo de café.

–Tendrás que desempeñar el papel de mi esposa con convicción. Debo mantener cierto nivel.

Lara se dio cuenta de que no sobreviviría una semana, y mucho menos varios meses, si no hacía algo para distanciarse del cinismo de Ciro y de la mala opinión que tenía de ella.

Se encogió de hombros y le dirigió una mirada de fingida desesperación.

–No esperarás que me ponga ropa de hace dos temporadas, ¿verdad?

Ahí estaba la Lara que había mostrado su verdadero rostro en el hospital dos años antes haciéndole quedar como un imbécil, aunque había momentos desconcertantes en que parecía…

Ciro negó con la cabeza. Aquella era Lara Templeton, una mujer mimada y manipuladora, dispuesta a casarse con un hombre simplemente porque pertenecía al lado bueno de la sociedad.

–Una estilista vendrá a llevarte hoy de compras. También te probarán el vestido de novia. Ya he dado mi aprobación al diseño, así que no podrás elegir. Quiero asegurarme de que irás correctamente vestida el día de la boda.

–¿Qué pensará la gente de mí por haberme vuelto a casar tan pronto?

–Que eres una mujer con un fuerte instinto de conservación, que sabe que hizo una mala elección y que ahora rectifica.

–Creerán que soy una cazafortunas.

–Abandonaste a tu prometido herido para casarte con un hombre que podía ser tu padre, así que no finjas que de pronto te preocupa lo que puedan pensar de ti.

Lara palideció.

Ciro detestaba no controlar el efecto que causaba en él, la excitación y el deseo que le despertaba.

Ni siquiera intentaba seducirlo. No estaba acostumbrado a que una mujer no se arreglara para estar con él. O no lo había estado hasta que conoció a Lara, que lo sorprendió con su belleza con el rostro lavado.

Así lo tenía esa mañana, sin rastro de maquillaje. Era como si se burlara de él, como si supiera que ni siquiera tenía que esforzarse para influir en él.

–No sé qué pretendes con esa falta de cuidado de tu aspecto.

Pero después de que conozcas a la estilista y de que nos casemos, espero que te arregles más.

Ella lo miró con los ojos brillantes, pero luego bajó los párpados fingiendo recato.

–Desde luego.

Aquello lo enfureció aún más. Se levantó.

–Tengo una reunión detrás de otra todo el día en la oficina central. Si necesitas algo, este es el teléfono de mi secretaria.

Dejó una tarjeta en la mesa y Lara la tomó. Siguió sin mirarlo mientras le decía:

–¿Así que ni siquiera a tu prometida le das tu número?

Él le puso un dedo bajo la barbilla y le levantó la cabeza.

–Algunas personas tienen mi número, aquellas en quien confío. Tengo una cena de negocios, así que no me esperes levantada. Nos casaremos el sábado, por lo que estarás ocupada hasta entonces.

El sábado.

Lara apartó la barbilla del dedo de Ciro. Incluso ese leve contacto la hacía arder por dentro.

–¿Te preocupa que me fugue?

–No eres una prisionera, Lara. Puedes marcharte, pero los dos sabemos que no lo harás, sobre todo cuando veas las generosas condiciones del acuerdo prematrimonial. Ahora ya conozco tu verdadero yo. No hace falta que finjas ser lo que no eres.

Y ella conocía el verdadero yo de Ciro, del hombre que solo quería casarse con ella por sus contactos y su clase social. Le entraron ganas de levantarse y salir con la cabeza muy alta a recuperar su vida. Pero había accedido a aquello porque lo que le había sucedido a él era culpa suya.

Aunque no la quisiera, no se merecía que lo trataran como lo habían hecho. No tenía otro remedio que quedarse si quería vivir con la conciencia tranquila.

–La estilista llegará a mediodía. Antes vendrá alguno de mis abogados con el contrato prematrimonial. Te traerán un móvil y un ordenador portátil o lo que necesites.

Se marchó antes de que ella pudiera responderle.

Lara contempló la deliciosa variedad de alimentos que había sobre la mesa y se le hizo la boca agua. El ama de llaves volvió cuando ella se levantaba de la mesa. Lara le tocó el brazo con delicadeza, le sonrió y le dijo *grazie*. La mujer sonrió de oreja a oreja y asintió, y a Lara le pareció que había obtenido una pequeña victoria.

Aunque Ciro pensara lo peor de ella, sabía quién era. Solo debía

recordarlo.

El sábado por la tarde, Lara, temblando, bajó del coche y subió las escaleras que conducían al atrio de la catedral. Había cientos de personas a ambos lados de la escalera que gritaban su nombre y le hacían cientos de fotos.

El vestido de novia que Ciro había elegido era asombroso, pero mucho más lujoso de lo que ella hubiera preferido, con la larga cola y el velo. Se parecía a aquel con el que se había casado con Henry Winterborne.

El vestido de su madre era sencillo y romántico, pero había sido confeccionado para el amor. Lara casi se alegraba de no tenerlo. Esperaba que otra mujer se hubiera casado por amor con él.

La nave de la catedral le pareció enormemente larga, y la iba a recorrer sola. Le entraron ganas de dar media vuelta y echar a correr. Pero sacó pecho y, cuando la marcha nupcial comenzó a sonar, comenzó a andar rogando que nadie se percatara de que el ramo le temblaba.

Ciro sintió un cosquilleo en la nuca. Ella estaba allí.

Sabía que recorrería sola la nave, ya que no había pedido damas de honor ni tenía familia. Esa imagen de soledad lo conmovió, pero desechó la emoción, ya que ella era una mujer que enterraba a un hombre una semana y se casaba con otro a la siguiente. No era vulnerable.

«Tampoco le ofreciste muchas opciones», dijo la voz de su conciencia.

Ciro no le hizo caso. Aunque a Lara no le gustara lo que la gente pensaba de ella, lo olvidaría cuando se acostumbrara a la vida lujosa que él le proporcionaría.

Resistió el deseo de volverse al pensar que aquella boda debería haber tenido lugar dos años antes. Entonces, los días previos a la ceremonia, había estado muy nervioso y emocionado al pensar en que sería el primer hombre que acariciaría a su virginal novia; al pensar en la vida con ella, muy diferente de la que había vivido con sus padres.

Pero nada había salido como preveía.

De repente, Ciro se sintió vacío. Y pensó que iba a volver a hacer el ridículo.

La marcha nupcial le crispaba los nervios. Estuvo a punto de gritar que parara. Pero, entonces, aspiró el aroma de Lara, la mezcla de limón y rosas que siempre asociaba con ella, y se tranquilizó.

Se volvió a mirarla y se quedó sin aliento. Aunque había sido él quien había elegido el vestido por su línea clásica pero espectacular, no estaba preparado.

Lara siempre le había parecido hermosa, pero, en aquel momento, estaba exquisita. Distinguió la mandíbula, los labios y los ojos azules detrás del velo. Llevaba el cabello recogido en un moño.

Le recorrió el cuerpo con la mirada hasta llegar al ramo. Las manos le temblaban levemente y, sin detenerse a pensarlo, le puso una mano sobre ellas. Lara lo miró, y a él le desapareció la opresión del pecho, una opresión de la que no había sido consciente.

En lugar de la sensación de triunfo que esperaba experimentar en aquel momento, se sintió aliviado. Retiró la mano de las de ella. Sintió un cosquilleo en la cicatriz, como si quisiera recordarle por qué estaban allí, lo que ella le debía.

La ceremonia transcurrió sin que Lara fuera muy consciente de ella. Ni siquiera sabía cómo había recorrido la nave. La misa se dijo en inglés, por ella, que pronunció los votos como si fuera otra persona la que lo hacía.

Era la segunda vez que se casaba con un hombre que no la quería.

Cada vez que miraba a Ciro, deseaba apartar la vista. Era como mirar el sol. Llevaba un traje gris oscuro, camisa y corbata. Su negro cabello brillaba.

De mala gana, se levantó el velo. No había nada que la protegiera de su mirada oscura y penetrante. A pesar de los centenares de personas que había en la catedral, fue como si solo estuvieran ellos dos.

Se había imaginado ese momento muchas veces, lo había deseado. Había deseado ser parte de algo, de una unidad, una unidad de amor.

Y ahora, aquello era una parodia de su deseo. Una farsa.

De repente, tuvo ganas de separarse de él. Sus manos estaban unidas. Como si él lo hubiera notado, se las apretó y la atrajo hacia sí.

–Puede besar a la novia…

Una sola palabra resonó en la cabeza de Lara: «¡No!».

Si Ciro la tocaba en aquel momento, cuando se sentía tan dolida… Pero ya era tarde. La atrajo hacia sí y le tomó el rostro entre las manos con ternura, como si ella verdaderamente significara algo para él. Pero era puro teatro.

El pasado y el presente se entremezclaron.

El rostro de Ciro se aproximó al de ella y sus ojos la obligaron a

quedarse donde estaba, a someterse a él. En el último momento, como un pequeño acto de rebelión, Lara alzó el rostro hacia él. No iba a someterse, sino a ser su igual.

Sus bocas se unieron. Lara tensó todos los músculos de su cuerpo para recibir el impacto de su boca firme y cálida, pero fue inútil. Fue como si le hubieran vertido suero caliente en las venas que la debilitaba y la volvía maleable. Echó la cabeza hacia atrás para que él la besara más profundamente.

Solo se separaron al oír los carraspeos de los invitados. Lara se dio cuenta, avergonzada, de lo licenciosamente que se había comportado. Asqueada de sí misma, se echó hacia atrás, pero Ciro la agarró por los codos impidiéndola que se separase de él.

–Sonríe, *mia moglie*, te acabas de casar con quien deberías haberte casado hace dos años.

Ciro hizo que lo agarrara del brazo y recorrieron la nave mientras se oía el coro de *La llegada de la reina de Saba*, de Handel

Lara se esforzó en sonreír mientras llegaban a la puerta. Roma apareció bañada por la cálida luz del sol, lo que contrastaba directamente con las turbulentas emociones de ella. Era la esposa de Ciro Sant'Angelo, en lo bueno y en lo malo, y lo terrible era que sabía con absoluta certeza que sería en lo malo.

Capítulo 4

CIERTAMENTE, nos has engañado a todos.

La forzada sonrisa de Lara se atenuó al ver quién se dirigía a ella. Era Lazaro Sanchez, el mejor amigo de Ciro. Lo había visto algunas veces dos años antes, y él le decía: «No eres como las otras mujeres de Ciro».

Lara solía bromear con él sobre el concepto que tenían Ciro y él de lo que era normal y lo que no, teniendo en cuenta lo guapos que eran los dos y el éxito que tenían en la vida. Lazaro era tan guapo como Ciro, con cabello rubio y largo y penetrantes ojos verdes.

Pero, a pesar de su indudable encanto español, a Lara no le aceleraba el pulso como Ciro.

Lara decidió no hacer caso de su mordaz comentario.

–Me alegro de volver a verte, Lazaro.

Él se cruzó de brazos. Estaba muy serio.

–No puedo decir lo mismo. Hace dos años, cuando dejaste a Ciro en el hospital… Nunca lo había visto tan…

–¿Ya le estás llenando la cabeza de historias a mi esposa, como solías hacer?

Lazaro miró a Ciro con el ceño fruncido. Los había interrumpido y le había pasado a Lara el brazo por la cintura. A ella le intrigaba lo que Lazaro había estado a punto de decir, pero suponía que nunca lo sabría.

Después se dio cuenta de que Ciro había dicho «mi esposa», como si todo aquello fuera lo más normal del mundo.

Ciro se volvió hacia ella.

–Nos vamos enseguida para tomar el avión a Sicilia. Ve a cambiarte. Una estilista te espera arriba.

El director del lujoso hotel que Ciro poseía en Roma, donde Lara se había alojado, la escoltó a la suite donde la esperaba la estilista.

La semana anterior, además del vestido de novia, se había probado decenas de otras prendas. Ahora, mientras la estilista y su ayudante la ayudaban a quitarse el vestido de novia, lamentó que

su boda no hubiera sido normal y que su matrimonio no fuera a serlo. Siempre había fantaseado con tener una boda íntima, y en su fantasía seguía con el vestido puesto hasta que su esposo se lo quitaba con amor para llevarla a la cama.

Pero debía olvidarse de las fantasías y las bodas íntimas. La vida le había enseñado que estaba sola y que dependía de sí misma.

–*Bellissima, signora* Sant'Angelo.

La estilista la miraba de arriba abajo. Llevaba un vestido camisero sin mangas de color rojo, que se ajustaba a la cintura con un cinturón, y unas sandalias de tacón. Se había soltado el cabello y retocado el maquillaje.

Durante unos segundos, se sintió como una actriz a punto de entrar en el escenario.

Cuando salió, Ciro la esperaba. La miró de arriba abajo.

–Estás muy guapa.

La calidez que Lara sintió en su interior le pareció una traición. No quería que sus palabras le produjeran efecto alguno, ya que carecían de emoción y se limitaban a ser una valoración objetiva.

Él se había cambiado y llevaba un traje gris y una camisa blanca, con el cuello desabrochado. Le tendió el brazo y ella se lo agarró para bajar al vestíbulo principal, donde los esperaba la gente.

La multitud se abrió para dejarlos pasar y algunas personas palmearon a Ciro en el hombro. Lara vio que Lazaro seguía teniendo la misma expresión sombría. Tuvo ganas de soltarse del brazo de Ciro e ir a decirle que estaba equivocado, que era Ciro quien le había hecho daño, no al revés.

Después alzó la vista y contempló la cicatriz de Ciro y volvió a sentirse culpable. Siguió mirando hacia delante, sin desviar la vista, hasta que salieron y se montaron en el coche que los esperaba. Lazaro tenía razón la mirarla de aquella manera.

–Intenta sonreír, *cara*. Te acabas de casar con el hombre de tus sueños y no tendrás que volver a mover un dedo después del divorcio.

Ella se volvió hacia Ciro cuando el coche arrancó.

–El dinero no me importa. Tú, en cambio, estás obsesionado con él. Te compadezco porque, si mañana lo perdieses, ¿qué te quedaría?

«Pregunta estúpida, Lara».

Se dio cuenta en cuanto la hubo hecho. Le quedarían su inmenso orgullo siciliano y su seguridad en sí mismo, que lo habían conducido adonde estaba.

Él se limitó a encogerse de hombros y decir:
–Comenzaría de nuevo y llegaría a tener aún más éxito.
Ciro hizo algunas llamadas en italiano durante el trayecto. Pronto llegaron a una zona privada del aeropuerto, donde los esperaba un pequeño jet.
El piloto y el personal de cabina les dieron la bienvenida. Lara aceptó una copa de champán después de despegar. Debajo de ellos, la mágica luz del crepúsculo envolvía Roma.
Lara miró de reojo a Ciro, al otro lado del pasillo. Estaba nerviosa. ¿Esperaría dormir con ella esa noche? ¿Pensaría que estaba en su derecho? ¿La forzaría?
Se estremeció. No tendría que hacerlo, a diferencia de su primer esposo. Apartó de su mente aquel horrible recuerdo.
Como si se hubiera dado cuenta de que lo estaba mirando, Ciro la miró a su vez. Ella buscó algo que decir.
–¿Conoces a toda la gente que ha ido a la boda?
–Claro que no. Salvo a un pequeño grupo de amigos y empleados en quien confío, al resto los conozco porque he hecho negocios con ellos.
«En quien confío».
A Lara le dolieron esas palabras. A pesar de que se había casado con ella, no confiaba en ella. Pensó en el acuerdo prematrimonial, en el que se especificaba que no habría hijos en su matrimonio.
En realidad, no habían hablado del tema. Lara había supuesto que él querría tenerlos, ya que era el último de la dinastía de los Sant'Angelo.
Para ella, era más complicado. Haber perdido a sus padres y a su hermano había sido tan doloroso que creyó que no podría volver a soportar la pérdida de un ser querido. Sin embargo, después de conocer a Ciro, deseó volver a formar parte de una familia. Él había conseguido que deseara arriesgarse por primera vez.
–¿Adónde vamos de Sicilia?
–Al *palazzo* de mi familia, al sur de Palermo, en la costa.
–¿Vive alguien allí?
–No vive nadie desde que mi abuelo murió, hace unos años. Era suyo y me lo dejó porque temía que mi madre convenciera a mi padre de que lo vendiera o lo convirtiera en un centro de vacaciones. A ella no le gustaba Sicilia. Como habrás notado por su ausencia en la boda, no estamos en contacto.
Lara no dijo nada. Él ya le había hablado de las aventuras amorosas de su madre y de que su padre vivía dedicado a ella, a pesar de cómo lo humillaba. Ella lo había convencido para

trasladarse a Roma y dejar Sicilia. Pero Ciro había pasado mucho tiempo allí, con su abuelo.

Lara creía que la experiencia que Ciro había tenido con su madre era la causa de la facilidad con que él había creído en la traición de Lara. Él le había contado que, siendo muy pequeño, su madre solía hacerlo su cómplice a la hora de ocultar sus infidelidades a su esposo.

Sin embargo, saber todo eso no le servía de mucha ayuda. Los prejuicios de Ciro estaban muy arraigados y lo que ella había hecho lo reafirmaba en su creencia de que las mujeres no eran de fiar.

Lara seguía callada. Ciro recordó cuánto charlaba cuando se conocieron. Le hacía tantas preguntas que él recurrió a besarla para hacerla callar. También había habido momentos en que no hablaban y ella no rompía el silencio con cualquier tontería.

Pero ahora no se engañaba.

Pensó en el momento, solo unas horas antes, en que habían salido de la catedral y los paparazis habían disparado las cámaras. Él había notado en el brazo que ella se estremecía y, por fin, la sensación de triunfo, que lo había esquivado hasta entonces, se apoderó de él.

La Bella se había casado con la Bestia. Sin embargo, al mirar el rostro de Lara no observó repulsión al ser fotografiada con él y su cicatriz.

De hecho, desde que habían vuelto a verse, él no había notado en ningún momento que lo considerase un monstruo, que era como a veces se sentía, cuando la gente lo miraba con horror y fascinación. En los ojos de ella había algo más, compasión o culpa, lo que carecía de toda lógica.

Ciro la miró. Tenía la cabeza vuelta hacia la ventanilla. La seda del vestido se la ajustaba a sus suaves curvas de un modo que a él le daban ganas de levantárselo centímetro a centímetro para ver lo que se había negado a sí mismo tiempo atrás.

Había sido un estúpido. La lujuria le había nublado el entendimiento desde el primer momento. Era evidente que una mujer tan hermosa no podía ser virgen. O, si lo había sido, ya no lo era.

Daba igual. Esa noche sería suya en todos los sentidos, como esposa y amante. Esa noche saciaría el deseo que había sentido desde que la había visto. Esa noche, por fin, recuperaría cierta paz.

El crepúsculo daba paso a la noche mientras subían por el

sinuoso sendero que llevaba al *palazzo* de Ciro. Lara solo veía el cielo lleno de estrellas y hectáreas de terreno que bajaban hasta el mar. Reinaba la calma.

El *palazzo* pareció surgir de la nada, asentado sobre un acantilado. Estaba formado por un conjunto de edificios y una torre y parecía sacado de una película. Al acercarse más, Lara se dio cuenta de su tamaño. Llegaron a un enorme patio con una fuente en el medio. Unos anchos escalones conducían a una puerta por la que salía luz.

–Me dijiste que, de niño, pasabas aquí largas temporadas –dijo Lara cuando Ciro detuvo el coche.

–Sí, venía a pasar las vacaciones con mis abuelos. Mi abuela murió cuando yo era muy pequeño, pero mi abuelo siguió viviendo hasta hace poco.

–¿Vivían los padres de tu madre?

–Vivían en Roma, pero no les gustaba el hombre con el que su hija se había casado. No se relacionaban con mi padre ni conmigo, a pesar de que mi padre se había mudado a Roma para complacer a mi madre.

En ese momento, apareció una joven vestida con vaqueros y una camisa blanca. Ciro la vio y bajó del coche saludándola a gritos en italiano.

La joven bajó los escalones corriendo y se lanzó sobre Ciro, que la abrazó. Lara notó que algo afilado le acababa de atravesar el corazón. No había visto a Ciro tan relajado desde que se habían vuelto a encontrar. En otro tiempo, él se comportaba así con ella.

Bajó del coche despacio y se acercó a ellos, que habían dejado de abrazarse. Vio que ella tendría unos dieciocho años. Era muy guapa, con el cabello largo y oscuro, al igual que los ojos. Miraba a Ciro como si fuese Dios.

En ese momento vio a Lara y retrocedió al tiempo que se tapaba la boca con la mano. La bajó y sonrió de forma tan contagiosa que Lara le sonrió a su vez.

Lara le tendió la mano, pero la joven la abrazó afectuosamente. Cuando se separó de ella dijo:

–*Scusi*… y una serie de palabras en italiano que Lara no entendió.

Ciro dijo algo y la chica dejó de hablar. Parecía avergonzada.

–Lara, te presento a Isabella. Se crio en la finca con su familia, que lleva generaciones cuidando el *palazzo*.

Lara sonrió.

–Encantada de conocerla.

–Y yo a usted, señora Sant'Angelo. Hablo inglés, pero se me olvida cuando me emociono.

Isabella la tomó del brazo.

–Roberto vendrá por el equipaje. Es mi hermano gemelo. Voy a enseñarle esto.

Lara no tuvo más remedio que seguirla y entrar con ella en el *palazzo*. A decir verdad, se alegraba de tener un minuto de respiro, de alejarse de Ciro y dejar de pensar en lo que sucedería aquella noche.

Su noche de bodas.

Media hora después, Isabella la condujo a una terraza que daba al mar. Había otra más abajo, que se precipitaba sobre el acantilado.

El resto del *palazzo* era impresionante. Se habían hecho obras hacía pocos años, y ahora era elegante y cómodo.

Tenía un cine, un gimnasio y una piscina cubierta. Había otra al aire libre y tantas habitaciones que era imposible contarlas, además de comedores formales e informales y una magnífica cocina. Incluso había una pintoresca iglesia antigua en la finca.

Isabella le había dicho a Lara que Ciro iba a pagarles la universidad en Roma a ella y a su hermano ese otoño. Lara desconocía esa faceta filantrópica de él.

–Voy a enseñarle su suite –dijo Isabella–. Ciro ha pedido que la cena se sirva en esta terraza dentro de media hora, pero seguro que antes querrá refrescarse un poco.

Lara asintió. Le resultaba increíble que la boda hubiera sido ese día. Le parecía que había pasado un siglo.

Subió con Isabella al piso superior por la escalera principal. Allí se encontraban los dormitorios. Isabel le mostró una suite exquisitamente decorada, con cuarto de baño y vestidor. También tenía terraza.

La joven la dejó sola y Lara se quitó la chaqueta y las sandalias. Salió a la terraza e inhaló el aire cálido del Mediterráneo, cargado de decenas de distintos aromas. Era un paraíso, y Lara notó que se relajaba.

–¿Te sorprende que el tosco siciliano tenga buen gusto?

Lara se sobresaltó. Ciro se hallaba en una terraza similar, que ella no había visto, unos metros más allá.

–En absoluto. Sabía que tenías buen gusto. Nunca he dicho que fueras tosco.

¿O lo había hecho?

En aquellos terribles momentos en el hospital, dos años antes…

Estaba tan desesperada por marcharse de allí antes de que él se diera cuenta de que estaba fingiendo…

–Puede que no, pero como si lo hubieras dicho.

Se separó de la puerta de la terraza en la que se había apoyado.

–Vamos a cenar.

Él desapareció. Lara oyó que se abría una puerta en la suite y entró de nuevo en ella. Ciro estaba en el umbral. Eran dos suites contiguas pero separadas. Ella vio la cama al fondo.

Sintió una humillante mezcla de alivio y decepción. Sabía que no estaba preparada para compartir aquel espacio íntimo con Ciro, pero esperaba que él quisiera presentar un frente unido ante la gente, cuya opinión le preocupaba tanto.

–¿No se espera que…?

–¿Cohabitemos?

Lara se encogió de hombros. Tal vez fuera aquella la nueva etiqueta y ella, en su inexperiencia, supusiera que todas las parejas eran como sus padres, que dormían en la misma habitación. Al fin y al cabo, su primer matrimonio había sido todo menos convencional.

–Me propongo que nuestro matrimonio lo sea en todos los sentidos de la palabra, pero, para eso, no hace falta que compartamos la habitación.

Fue como si la hubiera abofeteado. Ciro se acostaría con ella, pero no dormiría con ella.

Él entró en la habitación.

–La cena ya estará lista. ¿Vamos?

Lara volvió a calzarse. También se echó la chaqueta sobre los hombros.

Cuando salieron a la terraza, dio un grito involuntario de sorpresa y placer. Había velas en pequeños jarrones a lo largo de la pared y lucecitas colgadas de las hojas y ramas que se aferraban a las antiguas paredes del *palazzo*.

La luna que brillaba en el mar a lo lejos y exóticos olores impregnaban el aire. Era mágico. La idea de que Ciro se hubiera molestado en…

–Esto ha sido idea de Isabella. Es una romántica.

Lara se reprendió a sí misma. ¿Qué le pasaba? Bastaban una velas para que estuviera dispuesta a olvidar que aquello era un matrimonio de conveniencia cimentado en su sentimiento de culpa y la necesidad de venganza de Ciro.

La mesa, con mantel de lino y cubertería de plata, estaba puesta para dos. Había una botella de champán enfriándose en un cubo de hielo. Apareció un guapo joven para abrirla. Ciro se lo presentó. Era

Roberto, el hermano gemelo de Isabella.

Una vez sentados, Ciro levantó la copa.

–Por nosotros y por un matrimonio corto pero beneficioso.

Lara quiso levantarse y marcharse, pero Isabella llegó con el primer plato y parecía tan contenta que Lara no quiso montar una escena.

Cuando se hubo ido, Lara se inclinó hacia delante.

–No tenías que casarte con alguien a quien desprecias. Estoy segura de que hay muchas mujeres a las que les encantaría estar en mi lugar.

Ciro dio un sorbo de su copa

–Pero no son tú, *cara*, ni tienen tus cualidades. Durante dos años has sido una espina que tenía clavada. Tengo que arrancarte de mí para poder seguir adelante.

–¿Te refieres a vengarte de mí y, a la vez, aprovechar mis contactos todo lo que sea posible? Pues lamento comunicarte que no tengo ni la mitad de influencia que mi padre y mi tío.

Ciro no se inmutó. Desplegó la servilleta.

–Tienes influencia por el simple hecho de ser una Templeton. Casarme contigo me ha concedido acceso, automáticamente, a un círculo interior cuya existencia nadie reconoce.

Lara sabía que tenía razón hasta cierto punto. Por mucho que la molestara, ese esnobismo jerárquico existía.

–¿Por qué te importa tanto?

Ciro se recostó en la silla. ¿Por qué no iba a decírselo? No cambiaría ni revelaría nada y tal vez demostrara a Lara su determinación de que su matrimonio funcionara y la frialdad con la que lo contemplaba, a pesar de que su pulso contara otra historia mucho menos fría.

–Mi padre tuvo una mala experiencia en Inglaterra. Fue a hablar de negocios con varios socios en potencia. Todos le sonrieron, pero se negaron a hacer negocios con él. Después se enteró de que habían acordado cerrar filas contra él. No se trataba solo de que fuera un nuevo inversor, sino de dónde procedía su dinero para invertir. ¿Era dinero blanqueado? ¿Lo habían ganado las generaciones anteriores mediante la violencia y el crimen? Mi padre se sintió humillado y se enfureció. Me hizo prometer que conseguiría limpiar el apellido Sant'Angelo para librarlo de esas asociaciones negativas.

–¿Fue tu padre el primero que trató de librarse del pasado?

Ciro negó con la cabeza.

–Fue su padre. Mi abuelo quiso eliminar la infamia que

acompañaba a nuestro apellido. Sabía que el mundo estaba cambiando y tenía planes ambiciosos para la familia, para ir más allá de estas playas y de Italia. Le ponía enfermo que nuestro apellido provocara desprecio, que no se lo respetara. Quería que se nos aceptase en un mundo que siempre nos había excluido. Pero, para conseguirlo, teníamos que cambiar nuestra forma de actuar por completo.

–¿De dónde le venía ese impulso? Es de suponer que habría sido más fácil dejar las cosas como estaban.

–La madre de mi abuelo quiso casarse con un hombre del que se había enamorado, pero no era de la familia adecuada, es decir, de una familia que la Mafia aprobara. Su familia amenazó con matarlo si se marchaba con él. Así que no se fue y se casó con el hombre que le habían elegido: mi bisabuelo. Tuvieron nueve hijos y una relación cordial, pero ella nunca perdonó a su familia lo que habían hecho. Detestaba la violencia y la opresión. Se rebeló transmitiendo el mensaje a sus hijos, a mi abuelo. El mensaje de hacer las cosas de otro modo.

Lara se había quedado sin respiración. Los antepasados de Ciro habían amenazado con matar a un hombre porque no aprobaban una relación. La historia se repetía de nuevo y el paralelismo era una paradoja cruel.

–¿Qué pasó con el hombre al que ella quería?

Ciro hizo un gesto con la mano, como si careciera de importancia.

–Emigró a Estados Unidos. ¿Acaso importa?

Lara se contuvo para no gritarle que por supuesto que importaba.

–Supongo que ya no –evitó la mirada de Ciro para que no viera cómo la afectaba aquello.

–El apellido Sant'Angelo ya no tiene nada que ver con esas viejas historias de violencia y crimen organizado, pero la mancha de la infamia sigue ahí y solo desaparecerá con una verdadera aceptación que sea pública y visible. Mi unión contigo hará que mi apellido sea respetado como no lo ha sido nunca.

Lara recordó lo mal que se había sentido al leer los titulares publicados después del secuestro:

Heredero de la Mafia secuestrado… El secuestro de Sant'Angelo demuestra que sigue siendo un objetivo para los criminales… Las acciones de Sant'Angelo se hunden después del secuestro…

Ella era la causa de aquella infamia y, aunque le costara reconocerlo, él tenía razón, a pesar de que la posición social no tenía la menor importancia para ella. Había nacido en una familia privilegiada, así que, ¿qué sabía ella de los esfuerzos de la familia de Ciro para demostrar que se habían alejado de la violencia?

Él le señaló el plato.

–Come. Rosa, la madre de Isabella, es una excelente cocinera.

Lara contempló la pasta en el plato. Su aspecto era delicioso, pero no tenía apetito. Se obligó a comer para no molestar a Isabella ni a su madre.

El resto de la cena transcurrió de manera civilizada, hablando de temas intrascendentes. Una vez acabada, Ciro se levantó con la taza de café en la mano y fue a la pared de la terraza. Ella admiró la altura y potencia de su cuerpo, sus anchos hombros y estrechas caderas, su porte atlético. La abrumaba la idea de acostarse con él, de verlo desnudo.

Se dio cuenta de que no estaba ni remotamente preparada para una relación íntima con Ciro. ¿Qué haría él cuando descubriera que seguía siendo virgen?

Una punzada de pánico la hizo levantarse.

–Creo que voy a acostarme. Estoy muy cansada.

Hizo una mueca. Había hablado en voz demasiado alta. Parecía una mojigata.

Él se apoyó en la pared con total despreocupación. Dejó la taza y la miró.

–Ven aquí, Lara.

La sensualidad de su voz le aceleró el pulso. Temerosa de volver a hablar, por si se le notaba el pánico, se acercó a él contra su voluntad. Se le había caído la chaqueta de los hombros y se estremeció levemente por la brisa nocturna.

–¿Tienes frío?

Ella se frotó los brazos.

–Estoy bien.

Apoyó la cadera en la pared. Ciro agarró un mechón de su cabello y tiró de él para acercarla más. Miró cómo el cabello se le deslizaba entre los dedos y dijo en tono reflexivo:

–No te desprecio, Lara. Reconozco que me sentí humillado durante cierto tiempo, pero me di cuenta de que era culpa mía por haberme creído la fachada que proyectabas. Ninguna mujer había conseguido engañarme antes que tú.

–Ciro, yo no…

Él le puso un dedo en los labios.

–Todo aquello ya me da igual. Lo único que me importa es que te he deseado desde que te conocí y que no debería haberme negado esto a mí mismo.

«Esto» fue ponerle las manos en la cintura a Lara y atraerla hacia sí. Pillada por sorpresa, ella cayó sobre su cuerpo.

El efecto fue instantáneo. Desde el momento en que él la había acariciado y besado, dos años antes, había sido así. La atraía como un imán. Su boca se posó en la de ella, que se agarró a su camisa para no caerse. Cuando sintió la lengua masculina deslizarse por sus labios, los abrió instintivamente permitiéndola entrar.

No podía seguir rechazando a Ciro, del mismo modo que no podía dejar de respirar.

Él la apretó contra sí y ella notó cada músculo de su pecho a través de la fina seda de su vestido. Y, más abajo, la presión de su excitación contra el vientre. Sintió el deseo entre los muslos. Deseaba a Ciro con una ferocidad que la habría asustado si hubiera podido pensar racionalmente.

El cuerpo de Ciro estaba tenso por el esfuerzo que le suponía no tomarla en brazos y llevarla a la superficie horizontal más próxima para tumbarla y exorcizar los demonios que llevaban acosándolo dos años.

Le parecía que ella era como fuego líquido en sus brazos. El contorno de su cuerpo se fundía con el suyo como si estuviera hecho especialmente para él, lo que era una idea ridículamente romántica que, en aquel momento, no tenía medios para rechazar, ya que lo consumían el deseo y la necesidad.

Ella sabía a champán y a algo mucho más dulce. Y se desprendía de ella una confianza ciega en él, pues seguía e imitaba sus movimientos. Su grado de excitación aumentó hasta el punto de que tuvo que contenerse para no gemir.

El efecto que ella le causaba era tan explosivo como siempre, aunque sabía quién era y de lo que era capaz. Pero era como si saberlo hubiera añadido un lado oscuro a su deseo, porque ella ya no era inocente, si lo había sido alguna vez.

No pudo dejar las manos en su cintura. Tenía que explorarla o se moriría. Deslizó las manos hacia arriba y contuvo la respiración al tomar sus senos, sentir su peso llenándole las manos y la presión de los pezones en la palma.

Quería probarlos, explorarlos las duras puntas con la lengua y los dientes, hacer que ella se retorciera de placer, que gimiera.

Lara se ahogaba de deseo y sensaciones. Nunca había sentido tantas cosas a la vez. Era abrumador, pero completamente adictivo.

Las caricias de la lengua de Ciro en la suya hacían que deseara saber cómo la sentiría en los senos. Él se los apretó y su cuerpo vibró de placer. Era demasiado y no era suficiente.

Ella sabía que debía apartarse, poner fin a aquello, pero una parte fundamental de su determinación se había evaporado en brazos de Ciro y se estaba apoderando de ella una languidez mortal, un intenso deseo de ponerse en sus manos, de capitular y obedecerle.

«Te he deseado desde que te conocí».

Ella también lo había deseado, a pesar de que la aterrorizaba hacerlo. Y dos años de purgatorio habían intensificado su deseo. Una de las cosas que más lamentaba era que Ciro no le hubiera hecho el amor, no tener un recuerdo que la consolara en las largas y solitarias noches de su matrimonio.

También era uno de los motivos de que hubiera hallado en su interior esa fuerza sobrehumana para empujar a su esposo la noche de bodas. Le repelía la idea de que la tocara un hombre que no fuera Ciro.

Y ahora se hallaba en sus brazos. Y quería con tanta desesperación que la acariciara que bloqueó todas las voces interiores que le susurraban que tuviera cuidado.

Pero consiguió apartarse de él con esfuerzo y abrir los ojos para intentar calmar su corazón desbocado.

Los ojos de Ciro se habían oscurecido tanto que eran insondables.

–Lara…

Ella sintió la lengua pesada en la boca al decir:

–¿Es esto buena idea?

Capítulo 5

LARA tenía un aspecto completamente libertino con el cabello revuelto, las mejillas sofocadas, los ojos muy abiertos y los labios hinchados.

–Sí –dijo él–. Vamos a consumar nuestro matrimonio. Me deseas, Lara, no lo niegues.

Ella bajó la vista, lo cual indignó a Ciro. Ya había visto una vez cómo se transformaba en otra persona. Le levantó la barbilla esperando ver una expresión de triunfo o satisfacción porque ella sabía que él no podía disimular cuánto la deseaba, pero en sus ojos azules solo había una emoción que fue incapaz de definir y que le oprimió el pecho.

–Dilo, Lara, reconócelo.

Ella se mordió el labio y le escudriñó el rostro como si estuviera buscando la solución a una adivinanza. Para él, acostumbrado a que las mujeres se lanzaran a sus brazos, era una experiencia nueva.

Pero, en realidad, no lo era. Ya la había visto así antes, vacilante, tímida… Mintiendo.

–Claro que te deseo, Ciro. Siempre te he deseado.

Ciro no pudo evitar que su voz fuera amarga al responder:

–Eso fue lo único sincero que hubo entre nosotros.

Lara no quería que le recordara el pasado, sino vivir el momento, como si los dos años anteriores no hubieran existido.

Se apretó contra él y le puso las manos en el pecho.

–Hazme el amor, por favor.

Ciro la miró sin decir nada y ella comenzó instintivamente a retroceder temiendo que aquello fuera parte de un plan par humillarla cuando se sentía más vulnerable. Pero él la tomó de la mano y entraron en el *palazzo*.

El corazón le latía con tanta fuerza a Lara que estaba segura de que él lo oiría. No había ni rastro de Isabella y Roberto, de lo que se alegró, ya que aquella no iba a ser una benigna consumación de la noche de bodas.

A Ciro le parecía muy pequeña la mano de ella en la suya, por lo que se la apretó. Le recordó lo frágil y delicada que ella le había parecido durante el secuestro. Él temía hacerle daño por lo fuerte que la abrazaba. Pero se la arrancaron de los brazos, y en ese momento supo…

Ciro detuvo sus pensamientos en ese punto. No volvería a pensar en eso.

Abrió la puerta del dormitorio y miró a Lara. Ella le devolvió la mirada. Había algo indescifrable en su expresión.

Ella se soltó de su mano, entró y se dirigió a la cama mientras se descalzaba. De espaldas a él, se quitó el vestido, que cayó a sus pies. Él se quedó inmóvil contemplando su cuerpo, únicamente cubierto por dos mínimas prendas de encaje en la espalda y las nalgas. Nada lo había preparado para ese momento.

Se alegró de que ella no lo estuviera mirando y no pudiera ver su necesidad y deseo. Ella había vuelto a introducirse en su interior y a volverlo del revés, pero, esa vez, él mataría al dragón. Y cuando la hubiera poseído, ella dejaría de causarle el efecto que tenía sobre él.

Lara notaba a Ciro a su espalda mirándola. No sabía qué se había apoderado de ella. Unos segundos antes estaba decidida, pero ahora temblaba al pensar en volverse a mirar a Ciro estando casi desnuda.

Y entonces oyó que él la llamaba.

–Lara…

Se tragó su miedo y se dio la vuelta lentamente. Observó la tensión del cuerpo de Ciro. De pronto se sintió cohibida por lo que se cubrió los senos con un brazo y se puso la otra mano entre las piernas.

Él negó con la cabeza.

–No, deja que te vea. Llevo esperándolo mucho tiempo.

Lara bajó los brazos y cerró los puños. En la penumbra de la habitación, no veía dónde fijaba él la mirada. Pero la sentía. En lo senos, el vientre, la cintura, los muslos, entre las piernas…

Se le puso la carne de gallina.

Ciro se le acercó. Cuando estuvo frente a ella, Lara observó la expresión de puro deseo en su rostro. Los ojos le ardían.

–Eres más hermosa de lo que imaginaba.

Lara agachó la cabeza, abrumada por lo que veía en sus ojos.

–No soy…

Él le levantó la barbilla.

–Sí, lo eres. No hace falta que sigas fingiendo, Lara. Estamos

solos.

Él creía que su timidez era fingida. Estaba prácticamente desnuda. Nunca se había sentido tan expuesta, pero él no se daba cuenta.

Aunque no era del todo culpa suya, ya que ella había hecho lo imposible por convencerlo de que era otra persona, alguien a quien lo que más le importaba era el prestigio y la posición social.

–Lara.

Ella lo miró y sus pensamientos se detuvieron. Contuvo la respiración.

–Necesito oírtelo decir otra vez.

No había vuelta atrás. Ella lo necesitaba tanto como él.

Se acercó más a él hasta que sus cuerpos se tocaron. Se puso de puntillas y apretó la boca contra su cuello.

–Por favor… –dijo.

Le recorrió la mandíbula con la boca hasta llegar a los bordes de la cicatriz, en el lado derecho del rostro. Él se puso tenso y la agarró de los brazos para atraerla hacia sí, ante de unir su boca a la de ella.

Lara notó que él se desnudaba, pero, como la boca de él seguía en la suya, no podía centrarse en nada que no fuera su embriagador aroma y la sensualidad del beso.

Cuando la piel caliente de él tocó la suya, Lara se separó, mareada por el beso. Y se mareó aún más al ver que estaba completamente desnudo. Se quedó sin aliento mientras se regodeaba desvergonzadamente en la perfección de su cuerpo.

Nunca lo había visto desnudo. Era ancho de espaldas, de pecho fuerte, con un poco de vello oscuro que le descendía hasta donde su excitación le sobresalía orgullosa por entre los muslos. La mirada de ella se detuvo allí y la excitación aumentó en su interior al contemplar la prueba del deseo de él.

–*Cara mia*, si me sigues mirando así, no vamos a llegar a la cama.

Lara hizo un esfuerzo y volvió a mirarle el rostro.

Él la tomó de la mano y la llevó a la cama.

–Túmbate.

Lara lo hizo. Esperaba que no se diera cuenta de cómo temblaba. Ciro la contempló durante unos segundos. Después se sentó en la cama y le acarició la mandíbula y los labios, aún hinchados.

Descendió por su cuello hasta los senos. Los pezones eran dos puntos duros que presionaban el encaje del sujetador.

Ciro la acarició lentamente entre los senos con los dedos, para después acariciarle un seno y luego el otro, antes de cubrirle uno

con la palma. Lara notó el pezón contra ella e, instintivamente, se arqueó para presionarle más la mano.

Él le desabrochó el sujetador, sujeto por delante, y le dejó los senos al descubierto. Se los apretó con suavidad y ella contuvo la respiración. No estaba preparada para la sensación de placer que experimentó en el centro de su feminidad. Después, él le puso las manos a los lados del cuerpo y bajó la cabeza para…

Lara estuvo a punto de saltar de la cama al sentir la boca caliente de Ciro en un pezón y luego en el otro.

Él le puso la mano en el estómago como si quisiera calmarla. Ella respiraba tan deprisa que casi le dolía, pero no tanto como la exquisita tortura de la boca de él en su carne, de sus dientes tirando suavemente de ella.

Ciro se tumbó a su lado y deslizó la mano que tenía en el estómago de ella hasta la unión de sus muslos. Le quitó las braguitas, las tiró al suelo y le acarició un muslo.

–Ábrete para mí, *bella*.

Lara abrió las piernas y Ciro le exploró con la mano el centro de su excitación. Era insoportable y exquisito a la vez. Ella no conocía nada igual.

Dos años antes, Ciro había sido un modelo de contención, cuando se enteró de que era virgen, hasta tal punto que ella comenzó a sentirse insegura. Sufría de tanto desearlo, pero él siempre se controlaba.

Ya no.

Lara se clavó las uñas en la palma de la mano mientras él la masajeaba con los dedos para luego introducirle uno. La sensación fue electrizante. Ella, instintivamente, le agarró la muñeca.

–Confía en mí, *cara mia*.

En medio de aquella avalancha de sensaciones, Lara sintió una peligrosa emoción. Confiaba en Ciro. Tal vez ya no con el corazón, pero sí de un modo profundo y fundamental. No esperaba volver a verlo, volver a estar con él. No así, desde luego. Pero había fantaseado con ello tantas veces…

Sorprendida y aterrada ante aquella emoción, que no debería sentir en ese momento, estuvo a punto de gritar de alivio cuando Ciro apartó la mano y se situó entre sus piernas como si fuera lo más natural del mundo, como si ya lo hubieran hecho un millón de veces.

Ciro tuvo que tomar aliento para resistir el deseo de penetrar en el cuerpo de Lara. Sentía el latido de su deseo contra él y el modo en que se abría, como una flor, bajo su cuerpo. No recordaba haber

deseado a una mujer como la deseaba a ella. Hacer el amor para él siempre había tenido cierto grado de distanciamiento. Pero, en aquel momento…

Extendió la mano y buscó un preservativo.

Se colocó frente a la unión de los muslos de Lara y la miró a los ojos, algo que solía evitar con sus amantes.

–Ciro, por favor…

La sintió moverse debajo de él y no pudo contenerse. La embistió y sintió un espasmo de placer en cada músculo de su cuerpo. Tardó unos segundos en percatarse de que ella se había puesto tensa y la expresión de su rostro era de sorpresa, admiración y… ¿dolor?

Ciro se movió ligeramente y ella contuvo la respiración.

–¿Te hago daño, Lara?

–Estoy bien, no pares, por favor.

Estaba sin aliento.

Ella le puso las manos en las caderas y, aunque la desagradable verdad se abrió paso en el cerebro de Ciro, no pudo resistirse al deseo de moverse.

Lara relajó los músculos y estuvo a punto de gritar por la intensidad de la sensación. Pero notó que el dolor disminuía, mientras él se movía, y que su cuerpo se adaptaba al de él. Y entonces, el placer se convirtió en la sensación dominante, al tiempo que Ciro se deslizaba dentro y fuera de ella causándole una creciente excitación, una sensación de urgencia y desesperación que hizo que lo agarrara de las nalgas rogando en silencio que fuera más adentro y más deprisa.

No estaba preparada para la repentina avalancha de intenso placer que experimentó. Fue tan inesperada y abrumadora que lo único que pudo hacer fue aferrarse a Ciro, que seguía embistiéndola una y otra vez, sin control, hasta que se desplomó sobre ella y ocultó la cabeza en su cuello, respirando agitadamente contra su piel húmeda.

Durante los momentos que siguieron unidos, con el pulso acelerado, Lara se sintió exultante. Llevaba mucho tiempo sin sentirse así. Pero Ciro se movió y ella se estremeció cuando se separó de ella. Tenía los músculos doloridos.

Ciro no la miró. Se sentó en el borde de la cama dándole la espalda y con la cabeza gacha. Seguía respirando agitadamente. Lara sintió un escalofrío e instintivamente agarró la sábana para cubrirse.

Él se levantó sin decir nada y fue al cuarto de baño. Lara oyó el

agua de la ducha. Se quedó en la cama sin saber qué hacer.

¿Ir a ducharse con él? Tal vez quisiera estar solo.

Salió del cuarto de baño de repente y la pilló desprevenida. Llevaba una toalla enrollada a la cintura. Durante unos segundos, ella se quedó sin respiración al pensar que habían estado unidos tan íntimamente como era posible estarlo con otra persona.

–Te he preparado un baño. Después, tenemos que hablar.

Lara tragó saliva. ¿Tan evidente había sido? ¿Se había dado cuenta de que era virgen?

Lara se levantó y fue al baño llevando la sábana consigo. Después de bañarse y secarse, se puso un albornoz que colgaba de la puerta y se armó de valor para ir al dormitorio.

Pero estaba vacío.

Lara era virgen, inocente, inmaculada.

Ciro experimentaba sentimientos tan encontrados que no sabía cuál predominaba: la ira, la confusión o, aún peor, un humillante alivio al saber que había sido él su primer amante, no aquel viejo.

Además, había alcanzado un nivel de satisfacción sexual inédito. No era la sensación pasajera y rápidamente olvidada de antes, sino que parecía que le abrasaba los huesos y que su deseo volvía a despertarse. Insaciable.

Cuando estaban en la terraza y Lara le había rogado que le hiciera el amor, había estado a punto de rechazarla, como ella lo había hecho. Pero carecía de la fuerza necesaria, sobre todo después de tener su sabor en la boca y de haberle tocado el cuerpo con las manos.

En ese momento oyó un ruido.

Lara.

Su cuerpo volvió a tensarse ante la inevitable reacción que se produciría al verla.

Lara encontró a Ciro en una habitación que aún no conocía: un moderno estudio con ordenadores y estanterías llenas de libros y revistas.

Él se hallaba mirando el mar por una ventana. Llevaba unos vaqueros descoloridos y una camiseta. Estaba descalzo y tenía el cabello húmedo y despeinado.

–Ciro…

Él se volvió y ella contempló su rostro airado.

–*Dio*, Lara, ¿cómo seguías siendo virgen?
–¿Cómo lo has sabido?
Mientras hacía la pregunta quiso darse de bofetadas por ser tan estúpida. Un hombre tan experimentado tenía que saberlo.
Él se echó a reír.
–¿Que cómo lo he sabido? Lo he sentido en tu cuerpo y había sangre en la sábana.
Ella se sintió humillada. Ni siquiera había visto la sangre. Se apretó el cinturón del albornoz.
–Ya es un poco tarde para eso.
Lara vio que había un mueble bar en un rincón.
–¿Me sirves algo de beber? –necesitaba tomarse algo, si el tono de la conversación iba a ser ese.
–¿Un coñac?
Ella negó con la cabeza.
–No, cualquier otra cosa.
Él le sirvió algo en un vaso y se lo tendió.
–Es whisky. ¿Qué tienes contra el coñac?
–Me recuerda los funerales. Cuando mis padres y mi hermano murieron, mi tío me obligó a tomar un poco. Me hizo vomitar.
Dio un sorbo de whisky e hizo una mueca ante su áspero sabor.
–¿Cuántos años tenías?
–Trece.
–¿Tenías buena relación con tu familia?
Lara asintió al tiempo que apretaba el vaso.
–Muy buena. Mis padres se querían y nos querían a mi hermano Alex y a mí. Éramos una familia feliz.
–Tuviste suerte de tenerla, aunque solo fuera durante un tiempo. Mi padre quería a mi madre, pero era un amor asfixiante y a ella no la hacía feliz que la adorara solo un hombre. Después de que él muriera, volvió a casarse al cabo de un mes. Ahora va por su tercer matrimonio, o por el cuarto. He perdido la cuenta.
El tono despreocupado de su voz no engañó a Lara. Él no podía ser inmune a que su madre no hubiera sido la madre que todo niño merece. No era de extrañar que fuera tan cínico.
Ciro se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos.
–¿Vas a explicarme como es que seguías siendo virgen, a pesar de haber estado casada?
Lara dio otro sorbo de whisky y se sentó en una silla. Apartó la mirada de Ciro.
–La noche de bodas, Henry entró en mi habitación esperando…
–Sigue.

Lara lo miró.

–¿De verdad que tenemos que hablar de eso?

Él asintió. Agarró una silla y se sentó frente a ella.

–La noche de bodas, él entró en mi habitación. Habíamos acordado que no dormiríamos en la misma habitación. Yo supuse, ingenuamente, que eso significaba que no intentaría…

–¿El qué? ¿Acostarse con su esposa?

Lara se levantó y se acercó a la ventana. Se avecinaba una tormenta.

Le resultaba más fácil hablar cuando Ciro no la miraba.

–Entró en mi habitación. Llevaba todo el día bebiendo, así que estaba muy borracho. Me agarró del camisón y lo rasgó. Antes de que pudiera detenerlo, me empujó sobre la cama. Yo estaba en estado de shock. Durante unos instantes fui incapaz de moverme. Pesaba mucho y yo no podía respirar.

Lara no oyó que Ciro se le había acercado. La agarró del brazo y la volvió hacia él. Su expresión era una mezcla de asco y furia.

–¿Intentó violarte?

Ella asintió.

–Pensé que teníamos un trato, que solo se había casado conmigo por las apariencias. Era un anciano… No creí que… –se calló, humillada por su ingenuidad.

–La libido de los ancianos puede ser voraz. ¿De verdad creías que no te exigiría que tuvierais relaciones sexuales?

Lara se soltó y se apartó de él. Al hacerlo vertió un poco de whisky en la alfombra.

–No importa, no es nada.

Ciro agarró el vaso y lo dejó en el escritorio.

–¿No te violó?

–No, conseguí empujarlo. Debido a lo que había bebido, no guardaba el equilibrio. Cayó hacia atrás, se hirió gravemente y estuvo en una silla de ruedas todo lo que duró nuestro matrimonio. Al final tuvo un derrame cerebral y murió.

Lara no podía borrar de su mente el recuerdo de las amargas palabras de Henry Winterborne: «Maldita perra, pagarás por esto. Tus únicas bazas son tu belleza y tu inocencia. ¿Por qué crees que he pagado tanto por ti?».

Volvió a sentirse humillada. Hasta ese momento no había sabido hasta dónde llegaban las maquinaciones de su tío, que la había vendido como si fuera una esclava.

A Ciro todo le daba vueltas. Solo veía al viejo lanzándose sobre Lara. Le hervía la sangre.

–¿La perspectiva de casarte conmigo te repelía tanto que elegiste a un violador antes que a mí? *Dio*, Lara…

Se volvió para que ella no viera la emoción que no podía controlar.

Ella no respondió.

Ciro se armó de valor para volverse a mirarla. Estaba despeinada y el albornoz se le había abierto un poco y dejaba ver sus firmes senos, que él aún sentía en las manos y la lengua.

Tenía los ojos muy abiertos y seguía pareciendo inocente, cosa que él detestaba.

Sentía la necesidad de apartarla de su lado, de establecer cierta distancia entre ambos. No podía pensar cuando la tenía tan cerca, cuando le contaba cosas, le provocaba imágenes en la mente que lo impulsaban a salir y dar un puñetazo a un hombre que ya estaba muerto.

El silencio de ella lo ponía nervioso.

–¿Tan importante era para ti la posición social?

–Hay que tener cara para decirme eso cuando reconoces que solo querías casarte conmigo por mis contactos.

Ciro sentía emociones encontradas que no quería analizar. Hacía unos segundos quería apartarla de su lado; ahora, acariciarla. ¡Maldita fuera!

Se acercó a ella y le puso la mano en la nuca.

–No solo por tus contactos, *cara mia,* sino porque te deseaba. Tus relaciones sociales y tu impecable educación eran una ventaja añadida.

Las palabras de Ciro cayeron como espinas envenenadas en el corazón de Lara. Pero ¿acaso podía culparlo cuando era ella la que lo había convencido de que nunca había tenido la intención de casarse con él?

Se apartó de él. Detestaba la reacción de su cuerpo ante su proximidad. Había comenzado a excitarse. Seguía tan sensible que temía que bastara con que la besara para llevarla al borde del abismo.

–Pues ya me has tenido. Seguro que la novedad está disminuyendo.

Ciro se le acercó y la agarró de los hombros para atraerla hacia sí.

–¿Disminuyendo? Te he deseado desde el momento en que te vi, *cara*. Una vez no basta para saciarme.

La besó en la boca y ella no pudo decir nada más. Al menos, durante un rato, no habría más palabras crueles. El corazón le latía

con fuerza.

Ciro la tomó en brazos como si no pesara nada. Ella sabía que debía protestar, exigir un mínimo de dignidad, pero, mientras él la subía por las escaleras, pensó en los dos años que había pasado lamentando no haberse acostado con Ciro.

Así que, ahora, no iba a protestar, por mucho que a Ciro le desagradara desearla de forma tan inconveniente. Antes o después, el deseo se extinguiría y, esa vez, cuando Lara se marchara, no tendría nada que lamentar.

Cuando Lara se despertó a la mañana siguiente estaba en su cama, desnuda. La puerta de la terraza estaba abierta y las cortinas se movían suavemente impulsadas por la brisa. Agarró la sábana y se la echó por encima, a pesar de que estaba sola.

Recordaba vagamente que, al amanecer, Ciro la había llevado a la habitación.

Era estúpido que se sintiera como si hubiese perdido algo, ya que él le había dicho que no era necesario que compartieran la habitación. Más bien debería sentirse agradecida de que las románticas ilusiones que tenía se hubieran hecho pedazos.

Trató de asimilar todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas, pero era abrumador. A esa hora, el día anterior, estaba soltera y a punto de casarse.

Y era virgen.

Ahora se sentía transformada.

Las caricias de Ciro habían tenido un efecto casi místico en ella. A pesar de lo que él sentía por ella, sus caricias habían aliviado algo en su interior, en el solitario lugar donde se había refugiado los dos años anteriores para sobrevivir.

Se levantó y se puso una bata. Salió a la terraza y vio que Ciro estaba en la de abajo, vestido con unos vaqueros descoloridos y una camiseta. Le recordó dolorosamente cuando se habían conocido en Florencia, porque iba vestido de esa manera informal. Y se había enamorado de él.

En ese momento, Ciro se volvió y alzó la vista. Ella retrocedió a toda prisa. ¿Lo seguía queriendo?

No. Rechazó rápidamente ese inquietante pensamiento.

¿Cómo iba a seguir queriendo a un hombre que la había traicionado en la misma medida que él creía que ella lo había traicionado? Tras años protegiéndose del dolor de la pérdida, Ciro había reaparecido y derribado sus defensas volviendo a hacerla

vulnerable. Eso nunca podría perdonárselo.

Todo lo que había tenido que soportar la había fortalecido. Era fuerte para cargar con aquel matrimonio para, después, seguir adelante con la conciencia tranquila. Pero una voz en su interior le susurraba que, por mucho que intentara justificar lo que estaba haciendo, no estaría allí de no haber motivos más profundos y personales.

Al fin y al cabo, si hubiera querido, podía haberle contado la verdad a Ciro desde el principio. O incluso la noche anterior, cuando había tenido la oportunidad. Pero no lo había hecho. ¿Por qué?

Porque por mucho que ella le desagradara ahora, por mucho que se sintiera contrariado por su mutuo deseo, la despreciaría de verdad si supiera que su tío había organizado el secuestro e impedido la boda y había sido el artífice de su humillación pública.

Sabía que Ciro no se creería que ella no había tomado parte y que sería otro golpe para su orgullo enterarse de que ella sabía quién estaba detrás del ataque. Nunca se lo perdonaría.

Llamaron a la puerta. Lara se volvió esperando ver a Isabella, pero era Ciro.

–*Buon giorno, mia moglie*.

Su tono era tan palpablemente satisfecho, que Lara le respondió con toda la frialdad de la que era capaz.

–Buenos días.

–He decidido que nos marcharemos hoy. Nos han invitado a una recepción en Londres, esta noche.

–Querrás decir que te han invitado.

Ciro se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

–No, nos han invitado a la inauguración de la exposición de verano de la Galería Longleat.

Lara se quedó impresionada. El verano anterior, Henry Winterborne se había puesto hecho una furia por no haber sido invitado. Y le había echado la culpa a ella, por supuesto.

Ciro se enderezó.

–Isabella va a subir a traerte el desayuno. Saldremos dentro de una hora. Una estilista te dejará ropa en la casa de Londres, así que no hace falta que hagas las maletas.

Ciro se marchó y Lara soltó el aire lentamente. Su pulso acelerado delataba su fracaso a la hora de fingir la misma tranquilidad que Ciro mostraba sin esfuerzo. Pero ¿qué se esperaba? ¿Mimos matinales y tiernas preguntas sobre cómo se sentía?

Lamentaba tener que marcharse de Sicilia tan pronto, pero, a la

vez, se sentía aliviada. Sin duda sería más fácil relacionarse con Ciro e intentar mantener cierta distancia emocional en una gran ciudad, rodeados de gente, que allí, en aquel entorno íntimo y seductor.

Capítulo 6

CIRO sabía que debería estar más contento, lo cual lo enfurecía.

Lara se hallaba a unos metros de él, con un largo vestido de noche amarillo. Destacaba sin esfuerzo entre la multitud. Llevaba un hombro al aire y un broche le sostenía el vestido en el otro hombro. Él solo tendría que abrir el broche para que el vestido se le cayera y dejara al aire sus hermosos senos.

«¡Basta!». Ciro maldijo su calenturienta imaginación.

Lara llevaba el cabello recogido en un moño bajo y unos pendientes de diamantes. Iba muy poco maquillada y era un modelo de elegancia, pero él solo pensaba en el fuego que había bajo su pálida piel, en la ardiente pasión con la que ella le había hecho el amor la noche anterior. Era difícil creer que era inexperta. Pero lo era. Y eso era una espina que llevaba clavada.

¿Cómo no se había dado cuenta, él, que se consideraba un experto en mujeres?

No le gustaba malinterpretar las cosas ni infravalorar a las personas. Habían aprendido una dura lección en manos de sus secuestradores. Aún no habían sido detenidos. Él seguía investigando, sin mucha suerte.

Hasta el día del secuestro, él habría sido el primero en reconocer que la vida lo había tratado bien. Era guapo, inteligente y rico. No le faltaba de nada. Pero, desde los días pasados en manos de aquellos violentos matones, había aprendido a no ser tan complaciente. Y, desde el día en que Lara le había comunicado que no pensaba casarse con él, había aprendido a no subestimar a nadie.

Su cinismo se había vuelto más pronunciado.

En ese momento emergió un recuerdo. Poco después de conocerse, Lara le dijo que había buscado información sobre él en Internet. Él se sintió traicionado y decepcionado. Ella era como todas las demás: buscaba enterarse de a cuánto ascendía su fortuna y de los detalles lascivos de la historia familiar.

Después lo había desconcertado con una disculpa que parecía

sincera, diciéndole que debería haberle preguntado a él directamente. Y él le había dicho que lo hiciera.

Fue la noche en que ella le había hablado de su familia y le había dicho que tenía un fondo fiduciario por valor de varios millones. Por primera vez, alguien lo había sorprendido, lo cual aumentó el atractivo de ella.

Hasta que Lara le había mostrado su verdadero rostro.

Ella se volvió a mirarlo. Era tan hermosa… Estuvo a punto de imaginarse que los dos años anteriores no habían existido.

Pero habían existido.

Desechó pensamientos y recuerdos. Ella estaba a su lado y era suya. Era lo único importante.

Le hizo un gesto para que se acercara y vio que tensaba los hombros, que se resistía. Pero le obedeció, ya que no se encontraba en su ambiente y no quería montar una escena.

Era hora de recordar por qué se había pasado dos años siguiéndole el rastro y por qué se había casado con ella. Para vengarse, desde luego, pero para algo más. La tomó de la mano sintiendo la ausencia del dedo meñique, lo cual reforzó su determinación de dejar de pensar en el pasado.

Inclinó la cabeza a la altura de la de ella y le indicó que mirara la pradera donde se hallaban los jefes de Estado, los miembros de la realeza y las celebridades.

–¿Ves a lord Andrew Montlake?

Lara asintió.

–Era amigo de tu padre, ¿verdad?

Lara volvió a asentir.

–Un buen amigo.

Ciro sonrió.

–Preséntamelo. Llevo meses intentando reunirme con él para hablar del castillo que vende a las afueras de París.

Unas horas después, a Lara le dolían los pies tanto como los músculos faciales de sonreír y fingir que era completamente normal estar de vuelta en Londres con un nuevo esposo, una semana después de haber enterrado al anterior.

Ahora se hallaban en la parte trasera del coche de Ciro y Lara miraba por la ventanilla las calles de Londres bañadas por los últimos rayos de sol. Jóvenes parejas bebían y se reían fuera de los bares, libres de toda preocupación.

Ella no había tenido la oportunidad de sentirse así. En cuanto su

tío se había convertido en su tutor, había puesto en marcha sus planes sin que ella se diera cuenta.

Dejó de compadecerse de sí misma para pensar en la recepción a la que acababan de acudir. Tanto Ciro como ella habían sido el centro de atención. Lara había notado las miradas y los susurros, y cómo la gente había mirado con asombro la cicatriz del rostro de Ciro. Le habían entrado ganas de mirarlos fijamente hasta que apartaran la vista, de avergonzarlos por su mórbida fascinación.

Ciro la miró. Toda la noche, Lara había sido muy consciente de su presencia, de su forma de tomarla de la mano o de ponerle la suya en el brazo o la parte inferior de la espalda. El deseo la invadía cada vez que la miraba. Como en aquel momento.

Ya no sabía controlarse, suponiendo que lo hubiera hecho alguna vez estando a su lado. Y detestaba que él pareciera tan tranquilo.

Si él la tocara en ese momento, sería incapaz de controlarse. Sin embargo, la sorprendió al decirle:

–Nos quedaremos en Londres varios días. Tengo algunas reuniones.

–Muy bien.

Entonces, cuando ella creía que podría recobrar la compostura, él la tomó de la mano y la acercó más hacia sí.

–¿Qué haces? –preguntó ella mientras miraba al chófer.

Ciro dijo algo en italiano y este subió el cristal divisorio para darles intimidad. Después, Ciro le soltó el cabello.

A Lara se le aceleró el pulso mientras él le acariciaba la nuca, antes de deslizar la mano hasta el broche que le sujetaba el vestido en el hombro.

Excitada, ella protestó débilmente.

–Estamos en la parte trasera de un coche…

–¿Sabes lo difícil que me ha resultado no acariciarte en toda la noche?

Ella negó con la cabeza mientras veía la expresión de deseo de su rostro. Él le abrió el broche y el vestido le cayó alrededor de los senos. Ella ahogó un grito y levantó la mano, pero él se la agarró y dijo:

–Déjatelo así.

Ciro le bajó el vestido descubriéndole los senos. Lara se estremeció, excitada, mientras miraba a la gente en la calle. Se habían detenido ante un semáforo y lo único que los separaba de los peatones era el cristal tintado de la ventanilla.

Ciro le agarró los senos y le acarició los pezones con los

pulgares.

–¡Qué hermosos! –musitó.

–Ciro… –Lara casi jadeaba.

Él inclinó la cabeza y cuando su boca se cerró en torno a un pezón, ella experimentó un intenso placer. Y pronto se perdió en la vorágine, incapaz de hacer nada para evitarlo.

Ciro se miró en el espejo del cuarto de baño y observó el brillo de sus ojos. Cuando habían vuelto a casa, poco antes, Lara había subido las escaleras a toda prisa, despeinada y sujetándose la parte superior del vestido.

Ciro había dejado que se fuera, aunque hubiera preferido llevarla en brazos a su cama. Apenas una hora antes estaba hablando con un jefe de Estado europeo y, a los pocos minutos de montarse en le coche con Lara, se le había echado encima como un adolescente con las hormonas revolucionadas.

Se echó agua fría en el rostro, como si así pudiera diluirse la ira que lo invadía. Volvió a la habitación, inquieto. Miró durante unos segundos la puerta que conectaba la habitación de Lara con la suya, antes de abrirla sin hacer ruido.

Ella estaba en la cama, en posición fetal, con el cabello extendido sobre la almohada. Respiraba de forma regular.

Ciro volvió a su habitación y cerró la puerta. Después hizo lo único que podía hacer para aliviar la frustración sexual que sentía: ir al gimnasio.

En cuanto Lara estuvo segura de que Ciro había salido de la habitación, se giró para quedar tumbada de espaldas. Respiró hondo.

Había oído entrar a Ciro, pero, después de la reacción que ella había tenido en el coche, no se sentía capaz de hablar con él. Así que había fingido que dormía, a pesar de que ansiaba sus caricias, que acabara lo que había empezado.

La velada había sido un baño de realidad sobre cómo iba a funcionar su matrimonio. Ciro la había utilizado con cruel precisión para conocer a diversas personas que le interesaban. Ella debía recordar que ese era el objetivo fundamental de su matrimonio: compensar a Ciro por el daño que su tío le había hecho.

Por el daño que ella le había hecho.

¿Y la química que había entre ellos? ¿Y el deseo que había

despertado en ella?

Un hombre de su vasta experiencia pronto perdería el interés por ella. Y, cuando lo hiciera, ella tendría que aceptarlo. Había aceptado cosas peores, así que saldría adelante.

Los días siguientes, Ciro estuvo reunido todo el día y en cenas de negocios por la noche.

Lara se acostaba siempre antes de que él volviera y fingía estar dormida, si él entraba en la habitación.

Conocía los alrededores de la casa, ya que se hallaba a un tiro de piedra de aquella en la que había vivido con Henry, pero evitaba pasar por esa calle cuando salía, y daba un rodeo para ir a comprar.

Ciro le había dado una tarjeta de crédito y ella se había tragado su orgullo aceptándola. Más que nunca, quería ganarse la vida y ser independiente.

También había conocido a los empleados que trabajaban en la casa. Dominique el ama de llaves y Nigel, el encargado del mantenimiento.

Una noche en que Dominique no estaba por ser su día libre, Lara entró en la cocina. Estaba inquieta. Le encantaba cocinar, por lo que había agradecido que Henry Winterborne la convirtiera en su ama de llaves, ya que prefería estar en la cocina que donde estuviera él.

Le había enseñado a cocinar el ama de llaves de sus padres, Margaret, una afectuosa mujer que era casi más un miembro de la familia que una empleada. Y Lara había seguido cocinando a escondidas, porque su tío no aprobaba que hiciera algo de tan baja categoría.

Echó una ojeada a la cocina y comenzó a sacar ingredientes de los armarios.

Mientras cocinaba sintió una paz que hacía semanas que no experimentaba. Puso la radio y se puso a tararear las canciones que oía.

En un momento de optimismo, pensó que, si las cosas continuaban como hasta ese momento, si podía mantenerse a distancia de Ciro, sobreviviría a aquel matrimonio.

Ciro volvió pronto a casa a cambiarse para acudir a una cena. Estaba irritable y frustrado por la cantidad de trabajo que tenía y porque apenas había visto a Lara desde la primera noche en Londres.

Siempre estaba en la cama cuando llegaba y él no estaba dispuesto a demostrarle cuánto la deseaba despertándola para exigirle sus derechos conyugales.

Dejó el portafolios en el vestíbulo y se aflojó la corbata. Por primera vez, una mujer no se lanzaba a sus brazos.

Mejor dicho, por segunda vez.

La primera también había sido con Lara. Cuando se conocieron, parecía un potro asustadizo. Había tardado semanas en seducirla, cosa que no le había sucedido nunca con ninguna mujer.

Después de que ella lo abandonara mientras él se hallaba en el hospital, pensó que todo había sido puro teatro por parte de ella. Pero resultó que era virgen, que no le había mentido sobre eso.

Iba a subir al piso de arriba cuando le llegó un olor delicioso, que le recordó su infancia. Se le hizo la boca agua.

Se dirigió a la cocina esperando encontrar a Dominique, pero al abrir la puerta vio a Lara sacando algo del horno. Llevaba unos vaqueros y una blusa. Estaba descalza y tenía el cabello recogido en un moño. Cuando se volvió, vio que llevaba desabrochados los botones superiores de la blusa, dejando el escote a la vista.

Oyó la música, una estúpida canción pop. Después se percató de que ella sonreía al tiempo que olía la bandeja que llevaba en las manos. Se dijo que era lasaña como la que le hacía su *nonna* de pequeño.

Ciro se quedó helado ante una escena que existía en lo más profundo de su mente, a pesar de que negaría que deseara semejantes escenas domésticas en su vida. Al menos hasta que había conocido a Lara.

Una noche ella le había hecho unos espaguetis tan deliciosos que aún recordaba su sabor.

Se había olvidado por completo hasta ese momento.

Ella alzó la vista y lo vio cuando él se hallaba entre el pasado y el presente.

A Ciro le pareció que un foco lo iluminaba desde arriba mostrando todos sus defectos, no solo los físicos. La cicatriz comenzó a picarle, esa cicatriz que a ella no parecía molestarla.

–¿Qué haces?

Lara parecía haberse quedado tan helada como él.

–Cocinar.

–¿Para quién? ¿Para tus amigos imaginarios?

Ciro no necesitó ver que Lara se sonrojaba para saber que se estaba portando como un canalla, pero aquella situación le resultaba inaceptable, aunque no quería analizar por qué.

Lara no se dejó intimidar. No iba a consentir que otro hombre le dijera que no podía cocinar.

–Solo es lasaña.

Él la miró con recelo mientras entraba en la cocina.

–¿Por qué lo haces? ¿Pretendes ocupar una posición más permanente en mi vida demostrándome tus habilidades culinarias? ¡Cómo si ellas fueran a ocultar tu verdadera naturaleza!

Lara dejó la bandeja en la encimera reprimiendo las ganas de tirársela a la cabeza.

–No lo había pensado. Simplemente tenía ganas de cocinar. Es la noche libre de Dominique, así que, ¿cómo voy a comer, si no?

Ciro se aproximó a ella, lo que la exasperó.

–Cenas fuera todas las noches. ¿Esperabas que me quedara sentada añorando tu compañía?

Él se sonrojó.

–Es evidente que he cometido un error al no llevarte conmigo a esas cenas.

Lara comenzó a recular en torno a la isla de la cocina, pero él la siguió.

–No importa, de verdad. Sé que son cosas del trabajo.

Ciro no parecía haberla oído, ya que musitó:

–No sabía que te gustaba acostarte tan temprano. Creía recordar que te gustaba estar despierta después de medianoche, cuando todos duermen y el mundo está, por fin, tranquilo. Aunque eso no importa. Lo único que me interesa ahora es reparar ese aspecto de nuestro matrimonio que hemos descuidado por mi exceso de trabajo y tu tendencia a acostarte pronto.

Lara observó el brillo explícito de sus ojos y notó cómo reaccionaba su cuerpo, como si no tuviera control alguno sobre él.

–En realidad, me parece que esta semana es un buen ejemplo de cómo tendrá éxito este matrimonio –le espetó ella–. Si quieres tener una amante, hazlo, por favor. Sería mejor para tener las cosas claras y separadas. Al fin y al cabo, yo solo te sirvo para ayudarte a establecer contactos.

Ciro rio mientras negaba con la cabeza.

–¿Tener una amante y darte argumentos para divorciarte? No, *cara mia*. Y no te subestimes. Tu valor no reside únicamente en tu posición social y tus contactos. También se halla en el sitio al que te quiero llevar ahora mismo.

–¿Dónde? –preguntó ella dejando de recular.

–En la cama, debajo de mí.

Lara se olvidó de la lasaña, que estaría enfriándose. Ciro

comenzó a desabotonarle la blusa, pero ella le dio un manotazo.

–¡Para! ¿Y si entra alguien?

–Ni Dominique ni Nigel están aquí.

Lara ya lo sabía. Estaban solos. Se hallaba tan cerca de él que olía su aroma. Sabía que él la estaba distrayendo y también castigando por crear una situación doméstica, pero solo pensaba en que se había negado a sí misma sus caricias toda la semana.

La cabeza de Ciro se acercó a la suya. Se dio por vencida y dejó que sus bocas se unieran. Él le apoyó la espalda contra la isla, pero ella no se dio cuenta. Tampoco se percató de que él se quitaba la camisa y le desabrochaba el sujetador para agarrarle los senos.

Ella se retorció contre él, buscando de forma instintiva el contacto entre sus cuerpos. Él sonrió antes de deslizarle la boca por la mandíbula y el pecho hasta llegar a los senos, levantándole uno primero y luego el otro para regodearse en ellos lamiéndoselos y mordiéndoselos suavemente, lo cual provocó que ella sintiera calor y humedad entre los muslos.

De pronto, él la tomó en brazos y salió con ella de la cocina. Lara era consciente de que estaba desnuda de cintura para arriba, pero no se avergonzaba.

Al llegar a la habitación de Ciro, él se desnudó a toda prisa. Ella también lo hizo. Le cosquilleaba la piel de deseo. Se tumbó de espaldas y observó el musculoso cuerpo de Ciro mientras él se ponía protección.

Él se tumbó a su lado y ella se mordió el labio inferior. Él le puso el pulgar ahí para liberárselo y besarla mientras le acariciaba todo el cuerpo. El deseo volvió incoherentes los pensamientos de Lara. Pero él lo sabía, por supuesto, porque era el demonio.

Ciro se colocó entre sus piernas abiertas y, en el mismo momento en que la embistió hasta el fondo, tomó su boca y absorbió el ronco grito de alivio de ella.

Fue un acto rápido y furioso. Lara alcanzó un clímax tan intenso que perdió el conocimiento durante unos segundos. El cuerpo de Ciro se tensó unos instantes después. Lara se sintió satisfecha al ver cómo el placer le distorsionaban los rasgos, al tiempo que profundos estremecimientos recorrían su poderoso cuerpo.

Una cosa le había quedado clara: Ciro le acababa de demostrar que los parámetros de su matrimonio se hallaban en el dormitorio y en los contactos sociales, no en la cocina.

Cuando Lara se despertó a la mañana siguiente estaba en su

cama. Odiaba que Ciro hiciera eso. ¿De qué tenía miedo?, ¿de despertarse y que ella le hubiera tejido una tela de araña alrededor del cuerpo y lo hubiera hecho su prisionero?

Miró la hora. Ciro ya debía de haberse ido a la oficina.

Después de ducharse y vestirse, bajó al piso inferior y halló a Dominique en la cocina. La mujer le sonrió y, en ese momento, Lara vio el sujetador y las braguitas doblados en una silla.

Los agarró, colorada como un tomate, mientras balbuceaba una disculpa.

–No se disculpe. Está en su casa. Aunque llevo casada veinte años, recuerdo la emoción del primer año.

Lara sonrió débilmente.

–¿Ha hecho usted la lasaña? Huele de maravilla. La he metido en la nevera, pero puedo ponerla en el congelador, si lo prefiere.

–¿Quiere llevársela a casa para tomársela con su familia? Creí que nos la comeríamos, pero no lo hicimos.

–Ciro ha dejado esto para usted, ahora que me acuerdo –dijo tendiéndole una tarjeta doblada–. Y, sí, me encantaría llevarme la lasaña, si le parece bien. Así no tendré que cocinar.

Lara sonrió mientras salía de la cocina.

–Espero que les guste.

Leyó la tarjeta.

Estate preparada para ir a una recepción a las cinco. Hay que ir de etiqueta.

No podía hacerse ilusiones de dónde estaba su papel: tumbada boca arriba y al lado de Ciro para lucirla como un trofeo.

El chófer llegó a buscarla a las cinco. Lara se miró al espejo del vestíbulo por última vez. Llevaba un vestido negro largo y sin mangas, el cabello recogido en una cola de caballo, muy poco maquillaje y muy pocas joyas.

El coche la condujo a uno de los museos más importantes de la ciudad. Ella vio a Ciro en la acera antes de que él la viera en el coche. Iba de esmoquin. Debía de haberse cambiado en la oficina. Estaba arrebatador. Las mujeres lo miraban sin disimulo.

El coche se detuvo y Ciro la ayudó a bajarse.

–Estás preciosa.

Ella lo miró con timidez.

–Gracias. Tú estás muy elegante.

Él sonrió.

–¿Elegante? Creo que nunca me lo habían dicho.

Laura se sonrojó. Las amantes de Ciro se abrazarían a él y le susurrarían que era magnífico, guapísimo, sexy…

Él la agarró del codo y la condujo hacia la entrada del enorme museo, cerca de Kensington Gardens.

Solo cuando se hubieron sentado se dio cuenta Lara de que se trataba de una cena solidaria con tres ONG, una de las cuales llevaba el nombre de Ciro.

Leyó el folleto.

Fundación Face Forward*, fundada por Ciro Sant'Angelo después de que, a raíz de un secuestro, quedase desfigurado.*

Había una entrevista con Ciro en la que explicaba que, después de que lo hirieran, se dio cuenta de que la desfiguración física, no solo facial, era un problema que afectaba a millones de personas. Y que muchos casos se debían a defectos de nacimiento, heridas por accidentes, guerras o violencia doméstica.

Afirmaba que nadie debería sentirse inferior por estar desfigurado. La fundación ofrecía una amplia variedad de tratamientos a los afectados.

Lara miró a Ciro y él le devolvió la mirada al tiempo que enarcaba una ceja. Ella estaba molesta porque no le hubiera hablado de aquello.

–No sabía que habías creado una ONG.

–No me pareció relevante decírtelo.

Ella se levantó bruscamente y casi tiró al camarero que iba a servirle los entremeses. Se disculpó y salió a toda prisa del salón, enfadada y avergonzada.

Al llegar al vestíbulo se detuvo maldiciéndose a sí misma por su reacción. Ciro no quería llamar la atención.

Oyó unos pasos detrás de ella. Ciro la tomó del brazo y la volvió hacia él.

–¿Qué demonios te pasa?

Ella se soltó, llena de ira y dolor ante el enfado de su mirada.

–Sé que no te caigo muy bien, pero estamos casados. Lo mínimo que debías haber hecho es explicarme en qué iba a consistir este acto. Eres tú a quien le preocupan las apariencias. ¿Qué crees que pensaría alguien que me hablara de tu fundación, de la que no sé nada?

Lara tenía razón, pero él no se lo había dicho porque no le resultaba fácil hablar del secuestro. Ni siquiera después del tiempo transcurrido; ni siquiera allí, hablando de algo producto de aquella

experiencia.

–Yo también estuve allí –dijo ella, que parecía dolida–. No pasé por lo mismo que tú, y lamento lo que sufriste. Pero también me secuestraron, así que me hago una idea, aunque sea superficial, de lo que experimentaste. Aunque no tenga cicatrices, pasé por la experiencia.

Se volvió para dirigirse de nuevo al salón, pero él la agarró del brazo. Ella lo miró con los labios apretados.

–Tienes razón –dijo él. Y no le costó decirlo tanto como esperaba–. Debería habértelo dicho, y es cierto que tú también pasaste por lo mismo.

–Gracias.

Ciro pensó que ella había hecho bien haciéndoselo notar. No estaba acostumbrado a equivocarse, y no era una sensación que esperara sentir en presencia de ella.

La disculpa de Ciro hizo desaparecer la cólera de Lara. Se dio cuenta de que se sentía dolida porque creía que él la había excluido, lo que era ridículo, ya que Ciro había creado la fundación mucho antes de que ellos volvieran a encontrarse.

Después de la cena, llegaron los discursos. Ciro fue presentado y subió al estrado. Su presencia era imponente. El silencio de los asistentes pareció aumentar mientra hablaba. Lara no se extrañó. Destacaba claramente.

Habló apasionadamente de las consecuencias psicológicas de tener cicatrices y de cómo la cirugía plástica podía eliminarlas, sobre todo en el caso de los niños.

Se proyectaron imágenes de niños y adultos a los que la fundación había ayudado. Al final, Lara tenía los ojos llenos de lágrimas.

Cuando él volvió a la mesa, Lara pensó que había conocido a un nuevo Ciro, muy distinto de aquel que, desde el principio, había proyectado una imagen encantadora y despreocupada, ya que era guapo, rico e inteligente.

Al volver a casa, Lara le dijo:

–Me parece fantástico lo que estás haciendo. Si puedo hacer algo, me gustaría ayudar.

–Hay algo que puedes hacer ahora mismo.

La tomó de la mano y la atrajo hacia sí.

Ella experimentó un deseo inmediato al ver el brillo explícito de sus ojos.

–Ciro…

–Lara… –dijo él, antes de besarla.

Mucho después, cuando ella ya estaba en su cama, con el cuerpo cosquilleándole aún de placer, se dio cuenta de que él había rechazado su deseo de ayudarlo en la fundación.

Era evidente que se trataba de un terreno, al igual que la cocina, en el que no le estaba permitido entrar. Lara decidió hacer algo al respecto.

Capítulo 7

DÓNDE has dicho que está?

Ciro se levantó de la silla y se acercó a la ventana, desde la que se veía el Támesis.

La voz al otro extremo de la línea sonó nerviosa.

–Está en una de las tiendas de la fundación. Parece que está ayudando a montar el escaparate.

–Mándame un vídeo y quédate con ella hasta que se marche.

El vídeo le llegó enseguida al móvil. Lara, en vaqueros y sudadera y con el cabello recogido, ayudaba a vestir un maniquí en el escaparate de una de las tiendas de la fundación.

Aparentaba dieciséis años. Vio que se volvía y sonreía a una empleada. Parecía feliz, mucho más de lo que la había visto desde que se habían reencontrado.

Sintió un peso en el pecho. Y se sintió confuso. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué tramaba?

–¿A qué te refieres? ¡No estoy tramando nada! Quería demostrarte que hablaba en serio sobre lo de ayudar en la fundación. ¿O esperas que me pase el día sentada hasta que decidas que me arregle para salir contigo a que me exhibas como si fuera un trofeo?

Ciro se había ido enconando a lo largo del día y llegó de un humor de perros, que empeoró al ver que Lara estaba preparando la cena.

–¿No te he dicho que no hace falta que cocines?

–No estoy cocinando para ti, sino para mí y para Dominique, que se llevará lo que sobre para Bill y ella.

–¿Bill?

–Su esposo. No se encuentra bien.

–¿Cómo lo sabes?

Lara lo miró como si fuera tonto.

–Porque he hablado con ella.

Ciro sabía que se estaba comportando de forma irracional y ridícula. Su esposa estaba cocinando. La mayoría de los esposos estarían encantados sobre todo si olía de forma tan deliciosa.

–Sé que no tienes nada previsto esta noche, gracias al calendario de actos que tu secretaria instaló en el teléfono que me diste. A menos que eso haya cambiado.

–No ha cambiado. Tengo la noche libre.

–Entonces, ¿tienes planes para la cena o quieres cenar conmigo? Es *bouef bourguignon*.

Ciro se obligó a dejar de ser ridículo. No sabía lo que Lara pretendía con aquella farsa de ayudar en la tienda y demostrar sus habilidades culinarias, pero no era tan tonto como para tirar piedras sobre su propio tejado.

–Gracias. Voy a darme una ducha y ahora bajo.

Ciro se fue y Lara respiró hondo. Dominique le había dejado un asado que ella podía haber calentado, pero necesitaba cocinar para centrarse.

Suponía que el guardaespaldas habría telefoneado a Ciro para decirle que había ido a la tienda de la fundación y que este se habría imaginado que ella tramaba algo horrible.

Sabía que él quería que fuera una especie de princesa que esperara obedientemente sus instrucciones, pero desde que habían empezado a acostarse juntos, cada vez le costaba más mantener esa apariencia y la distancia emocional.

Por tanto, que Ciro fuera suspicaz y se quedara perplejo si quería. Al fin y al cabo, a él le daba igual quién era ella, así que, ¿por qué no ser ella misma?

A la mañana siguiente, Lara se quedó sorprendida al ver a Ciro en la cocina charlando con Dominique mientras se tomaba un café. Pensó en la noche anterior, en que Ciro había acabado de cenar rápidamente para recordarle su función básica en el matrimonio: acostarse con él.

Le había vuelto a decir, al acabar de cenar, que no tenía que cocinar, a lo que ella había respondido que le gustaba hacerlo. Y al levantarse a recoger la mesa, él la había sentado en su regazo diciéndole que por ahí no iba a pasar y que ella no iba a recoger nada.

Lara se sonrojó al pensar que Dominique se habría encontrado con los restos de la cena.

Pero a la mujer le brillaban los ojos. Era el efecto inevitable de Ciro en la mayoría de las personas.

Se preguntó qué le parecería a Dominique que durmieran en camas separadas.

Ciro la miró.

–Tienes que hacer las maletas. Nos vamos a Nueva York esta mañana. Tengo que ir por negocios. Nos quedaremos dos semanas. No te preocupes por lo que debes llevar, porque una estilista te proveerá allí de la ropa necesaria. Se le ha proporcionado una lista de los actos a los que tendremos que acudir.

Ciro salió de la cocina y Dominique suspiró.

–¡Qué no daría yo porque me proveyeran de la ropa necesaria!

Lara se obligó a sonreír. Sabía que era muy afortunada. A pesar de que se sentía encerrada en una jaula de oro.

Mientras hacía la maleta se dijo que era ridículo sospechar que Ciro había organizado el viaje a Nueva York para mantenerla en su sitio, porque las cosas se estaban volviendo demasiado domésticas en Londres.

Ciro se hallaba en un estado de frustración permanente cuando estaba con Lara. La observó mientras, en el avión, hacía un crucigrama, con el bolígrafo entre los dientes y el ceño fruncido. ¿Por qué no leía una revista o bebía champán? ¿Por qué no intentaba seducirlo?

Dejó de mirarla, enfadado por no poder centrarse en su trabajo y también porque había actuado de forma impulsiva al adelantar el viaje a Nueva York, simplemente porque la noche anterior y la cena le habían causado un impacto que no deseaba analizar.

No se había casado con Lara para que lo ayudara en ningún aspecto, salvo en el terreno social. Sin embargo, comenzaba a formar parte de su vida más de lo que le gustaría.

Aparte de la cena de la noche anterior, había observado delicados detalles en la casa de Londres: flores, colchas, detalles femeninos no intencionados… Nada concreto que pudiera señalar.

Ciro nunca había vivido con una mujer. Lara era la primera. A pesar de que se sentía expuesto, no diría que le disgustaba. No contaba con la delicadeza de ella, su tacto a la hora de hablar con los empleados, lo agradable que era…

Lo había sido antes, para cambiar después. Así que no se lo creía. Tenía que pensar que tramaba algo. Era más fácil.

Lara notó la mirada de Ciro y supo que estaba pensando que ella

era un problema para él porque no se comportaba como creía que debía hacerlo, como debería hacerlo la Lara que lo había rechazado.

Tuvo ganas de contarle la verdad sobre su traicionero tío. Incluso abrió la boca y se volvió hacia él, pero la cerró de nuevo.

Ciro había apoyado la cabeza en el asiento y tenía los ojos cerrados. Nunca lo había visto dormido, pero seguía siendo igual de imponente.

Se le quitaron las ganas de hablar. Aunque quisiera que él la absolviera de sus pecados, ¿estaba preparada para enfrentarse a su enfado? No le cabía duda de que se libraría de ella inmediatamente.

La consideraría culpable. Ella se acusaba a sí misma, así que, ¿cómo no iba a hacerlo él?

Se levantó y le echó una manta por encima. Él abrió los ojos y se la sentó en el regazo.

Lara le lanzó una mirada acusadora.

–Creí que dormías.

–¿Has terminado de fingir que no te intereso?

Ella vio en sus ojos algo parecido a la vulnerabilidad.

–No eres una persona que inspire falta de interés.

–Eso está mejor.

La besó en la boca

Lara se esforzó en resistirse, pero sin resultado. Al cabo de unos minutos, él la llevaba en brazos a la cola del avión, donde les esperaba la cama.

Ciro también tenía una casa en Nueva York, lo que era una hazaña en una ciudad llena de rascacielos y bloques de pisos. Estaba al lado de Central Park.

Los empleados eran educados e impersonales. Y, desde el primer día, Lara se vio inmersa en un torbellino de actos sociales.

Ciro se levantaba y se iba a la oficina. Lara se levantaba, desayunaba e iba a correr al parque. Al final se sentaba en un banco y observaba a las parejas, las personas que paseaban el perro y los niños con sus niñeras.

Por la noche acudían a cenas o a actos menos formales. Lara había perdido la cuenta de la gente a la que había conocido. Allí no tenía tiempo de preparar la cena. Parecía que Ciro se empeñaba en no darle la oportunidad de hacerlo.

Pero él no se había quejado cuando, dos noches antes, al pasar por delante de una famosa pizzería, Lara le había pedido que parasen. Tenía hambre y parecía que también él estaba hambriento,

al igual que el chófer y los guardaespaldas. Así que se tomaron un trozo de pizza, Lara y Ciro vestidos de etiqueta.

Había sido una victoria personal de ella.

Y cuando volvían de una cena o una recepción…

Ciro la llevaba a su habitación y, después de hacer el amor, la dejaba en su propia cama. A veces, Lara lo despreciaba por la facilidad con la que la despachaba.

Era evidente su determinación de mantenerla en el lugar que la había asignado desde que se habían casado. A pesar de que no era un matrimonio de verdad, la intimidad física la estaba agotando y cada vez le resultaba más difícil estar en guardia.

Esa noche tenían que acudir a otra recepción. Ciro llamó a su puerta.

–Estoy lista –dijo ella, que estaba tremendamente cansada.

Él entró y la miró de arriba abajo con ojos brillantes de deseo. Llevaba un vestido de noche de seda azul, con un hombro al descubierto. Lara notó que le hormigueaba la piel ante aquella mirada. Y lo maldijo.

Se había recogido el cabello en un moño y llevaba unos pendientes de diamantes.

–Estás arrebatadora –dijo Ciro–. Vámonos. El coche nos espera.

Lara estuvo a punto de dar una patada en el suelo y negarse a seguirlo, pero se contuvo. A Ciro le daba igual que estuviera cansada de salir todas las noches a reuniones sociales. Y le daba igual porque solo era trabajo para él, un medio para obtener un fin. En esencia, ella era su empleada, con beneficios añadidos.

En la recepción, Ciro estaba descontento sin motivo.

Lara se hallaba a su lado hablando en español con un diplomático. Cumplía su papel de esposa a la perfección. No pretendía llamar la atención ni se quejaba de que le dolieran los pies de estar tanto rato de pie.

Pero él notaba que estaba incómoda, ya que cambiaba el peso de un pie al otro, hacía una leve mueca si alguien le estrechaba la mano con demasiada fuerza y disimulaba con rapidez una expresión de aburrimiento. El mismo que él sentía.

También había observado antes la fatiga en sus ojos. Al fin y al cabo, la mayoría de las noches se dormían de madrugada.

Cada vez se mostraba más reacio a llevar a Lara a su cama, pero lo seguía haciendo por pura obstinación, para que ella no creyera que el maravilloso sexo que tenían iba a conducir a una mayor

intimidad.

Una noche, de camino a casa, ella le había pedido que se pararan en una pizzería. La expresión de gratitud de sus empleados hizo que se sintiera culpable por lo mucho que los hacía trabajar. Por no hablar de la expresión de placer del rostro de Lara al morder la pizza.

Había sido divertido. E inesperado. Y le había recordado el tiempo en que se habían conocido, antes de que el pasado y el presente se mezclaran dolorosamente.

Ahora había muchos de esos momentos, que lo hacían dudar de su cordura y su memoria.

–¿Podemos irnos? Estoy muy cansada.

Ciro miró a su alrededor. Ni siquiera se había dado cuenta de que la mayoría de los invitados se había marchado. Lara estaba pálida y tenía ojeras.

Se sintió culpable sin poderlo evitar.

–Claro, vámonos.

Salieron a la calle e incluso él agradeció el aire fresco. Se preguntó si su empeño en establecer contactos con tanta gente merecía la pena.

De repente, Lara echó a correr hacia un oscuro callejón cercano.

–¿Qué demonios…?

Ciro hizo una seña a los guardaespaldas para indicarles que él iría a buscarla. Mientras se dirigía al callejón se le encogió el estómago al pensar que estaba tratando de huir.

Eso era lo que había estado tramando.

Él le había dado una tarjeta de crédito. Tal vez hubiera conocido a un hombre más encantador que él, en alguna de las recepciones, e ideado un plan para escaparse con él, con alguien que le ofreciera toda una vida segura, no solo seis meses o un año.

En ese momento, Lara reapareció a la entrada del callejón y él se detuvo.

Ella llevaba algo en los brazos y lo apretaba contra el pecho. Era algo que se movía, que temblaba de forma incontrolable. Ella se acercó con una expresión de compasión en el rostro.

–Es un cachorro. Lo he oído gemir. Necesita ayuda. Alguien lo ha atacado. Está sangrando.

Ciro vio la sangre que le corría por el vestido, mezclada con tierra y suciedad. Desde donde estaba notó el olor del animal.

Durante unos segundos, fue incapaz de procesar la escena. Lara, con un vestido de alta costura, tenía en brazos un perro callejero lleno de sangre y suciedad.

–Por favor, Ciro, hay que llevarlo al veterinario o morirá.

Un recuerdo revivió en la memoria de Ciro. Él era muy pequeño e iba de la mano de su madre por la calle, lo que era extraño, ya que ella nunca lo llevaba a ningún sitio porque no quería arriesgarse a que hiciera algo que la pusiera en evidencia.

Al pasar por delante de una calle, vio que unos chicos tiraban piedras a un perro aterrorizado. Se detuvo en seco ante la horrible escena. Quiso gritar «¡mamá!», pero no podía hablar. Su madre se paró y le preguntó qué le pasaba.

Él se lo señaló, horrorizado ante la crueldad que contemplaba. La miró con los ojos llenos de lágrimas esperando que hiciese algo. Pero ella se limitó a agarrarlo con más fuerza y a alejarlo de allí.

Los aullidos del perro lo persiguieron durante mucho tiempo. Los había olvidado hasta ese momento.

–¿Ciro?

–Desde luego. Deja que lo lleve yo.

Ella apretó el animal contra sí.

–No, no pesa. Es mejor que no nos manchemos los dos.

–Muy bien. Iremos al veterinario más cercano.

Lara se montó en el coche con cuidado. El perro seguía temblando. Aunque hubiera querido, no podría haber pasado por alto los gemidos del animal. Le encantaban los perros.

Oyó que Ciro hablaba por teléfono pidiendo a alguien que le mandara la dirección de un veterinario inmediatamente.

Unos segundos después, le sonó le teléfono y él le dio la dirección al chófer.

–Estaremos allí dentro de diez minutos. Nos están esperando.

–Gracias. Lo siento, pero no podía…

–No pasa nada.

–Si quieres, puedes dejarme en el veterinario con el perro. Volveré en taxi.

–No seas ridícula. Esperaré.

Lara no dijo nada más. Deseaba que el perro sobreviviera. Cuando llegaron, Ciro insistió en llevarlo en brazos y Lara se sorprendió al oír que le cantaba suavemente en italiano.

Los estaban esperando y se llevaron inmediatamente al perro para examinarlo. Ciro echó a Lara su chaqueta por los hombros. Ella se dio cuenta de que hacía frío allí dentro, porque estaba puesto el aire acondicionado, y de que estaba tiritando.

–¿Quieres un café?

Ella asintió y Ciro fue a la máquina expendedora, de donde volvió con dos. Le dio uno a ella. Fue entonces cuando Lara se vio

reflejada en una ventana y se estremeció. Estaba despeinada, tenía restos de suciedad en el rostro y el pecho, y el vestido estaba destrozado.

–Lo siento, no era mi intención estropear el vestido.

Ciro la miró con curiosidad.

–Tampoco es que te lo fueras a poner otra vez.

Ella pensó en el precio que habría alcanzado en una subasta en Internet. Había tenido que vender parte de su ropa cuando estaba casada con Henry Winterborne. Era algo no que le contaría a Ciro porque no se lo creería.

–Claro que no –dijo sentándose en una silla.

Eran los únicos en la clínica veterinaria. Él la miró a los ojos y ella apartó la mirada. Se sentía vulnerable, después de su impetuosa acción, menos capaz de erigir una barrera emocional entre Ciro y ella.

–Lara…

Lo miró contra su voluntad.

Él negó con la cabeza.

–A veces me confundes. Creo saber exactamente cómo eres y entonces…

En ese momento se oyó un ruido y Ciro dejó de hablar. Lara agradeció la distracción porque no estaba segura de querer oír lo que le iba a haber dicho.

El veterinario entró y les dijo:

–Es una hembra y ha tenido suerte de que la hayan encontrado cuando lo hicieron, ya que no hubiera sobrevivido mucho más. Tiene unos cinco meses y no lleva microchip.

–¿Está bien? –preguntó Lara.

El veterinario asintió.

–Se pondrá bien, gracias a que la han traído. Solo tiene cortes y golpes, nada muy grave. Necesita cariño y comida. Podemos ponerle un microchip y quedarnos con ella una noche para limpiarla. Mañana se la podrán llevar a casa, si quieren –debió de ver algo en el rostro de ambos porque añadió–: Perdonen, he supuesto que querían quedarse con ella, pero veo que me he equivocado.

De repente, a Lara le pareció de vital importancia quedarse con el perro, como si algo dependiera de esa decisión.

Sin mirar a Ciro, dijo:

–Quiero quedarme con ella.

El veterinario miró a Ciro, que debió de asentir, porque dijo:

–Gracias –y antes de marcharse añadió–: Piensen en cómo la van

a llamar.

–Se lo diremos –afirmó Ciro.

El veterinario se fue y Lara dijo:

–Si no quieres quedarte con ella, yo la cuidaré y me la llevaré cuando me vaya. Ni siquiera te darás cuenta de su presencia.

Ciro no sabía por qué, pero sentía una necesidad casi visceral de no quedarse con el cachorro, que llevaba el sello de lo doméstico, la longevidad y el apego.

–Puedes quedártela.

Se dijo que ella se cansaría pronto del animal y, entonces, él le buscaría un nuevo hogar.

–Gracias.

–Vámonos.

Lara salió delante de él, con su chaqueta por los hombros. De nuevo en el coche, ella dijo:

–Discúlpame por cómo huelo.

Ciro la miró. A pesar del lamentable estado en que se hallaba, estaba preciosa, incluso más que antes, como si su humanitaria acción hubiese añadido algo a su belleza.

–Nunca me hubiera imaginado que te gustaban los perros.

Ella sonrió.

–Mis padres me compraron un cachorro de labrador cuando era muy pequeña. Era una hembra, se llamaba Poppy y éramos inseparables.

–¿Qué le pasó?

La sonrisa se esfumó de los labios de Lara.

–Después de la muerte de mis padres y mi hermano, mi tío ordenó que la sacrificaran. Era mayor. Probablemente solo le quedara un año de vida.

–¿Has pensado un nombre para esta?

Ella se volvió a mirarlo y él vio una expresión de gratitud en sus ojos. No quería que lo afectara, pero lo hacía. No se imaginaba que otra mujer pudiera parecer tan feliz por haber acogido un chucho de dudoso pedigrí.

–¿Qué te parece Hero? Me gusta ese nombre, el de la diosa de la mitología griega.

–Muy bien. Es tu perro.

Cuando llegaron a casa, Lara se señaló le vestido.

–Debería limpiarme.

Le devolvió la chaqueta a Ciro.

–Claro. Y acuéstate. Ha sido una noche larga.

Ciro entró en el salón, dejó la chaqueta en una silla y se aflojó la

pajarita, aunque sabía que la opresión que sentía no se debía a ella, sino a algo más complicado.

Se sirvió un whisky y se lo tomó de un trago con la esperanza de ahogar las preguntas que le rondaban por la cabeza, además de los recuerdos no deseados.

Pensó en Lara bajo la ducha, desnuda, con el agua deslizándosele por las curvas de su cuerpo y por los duros pezones. Lo suaves rizos entre las piernas estarían mojados, tanto como lo estaba ella siempre cuando la acariciaba ahí.

¡Dio! Tenía una esposa dispuesta y deseosa de él en el piso de arriba y allí estaba torturándose cuando podía estar dentro de ella y olvidarse de todo salvo de la liberación que ella le proporcionaba.

Dejó el vaso y subió las escaleras de dos en dos. Cuando llegó a la habitación de ella se detuvo y su deseo disminuyó de repente al recordar lo vulnerable que parecía mientras le hablaba del perro de su familia y de que su tío había ordenado que lo sacrificaran, justo después de haber perdido a su familia.

Ciro tenía la mano levantada para ir a llamar, pero la bajó, la cerró y se fue.

Capítulo 8

A LARA le pareció que tardaba siglos en dormirse. Habría jurado que había oído a Ciro fuera de la habitación, y aunque deseaba que entrara, si lo hacía, no sabía si podría mantener la apariencia de ser tan fría e inmune a la intimidad entre ellos como él.

Así que, como no entró, se sintió aliviada.

Durmió con un sueño inquieto. Se despertó en algún momento de la noche sin saber si llevaba horas durmiendo o se acababa de quedar dormida.

Y entonces oyó lo que debía de haberla despertado. Un grito, un sonido gutural que surgía de lo más profundo del alma de alguien.

De Ciro.

Se le erizó el vello cuando él volvió a gritar en una lengua indeterminada, inglés en parte y en parte italiano. Ella se levantó y se dirigió a la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

–¡No, parad! –oyó que él volvía a gritar.

Sin dudarlo, Lara abrió la puerta y entró. Ciro daba vueltas en la cama. Estaba desnudo y tenía la sábana enrollada en las caderas y las piernas, los puños cerrados, la piel sudorosa y el cabello húmedo.

Lara fue al baño y mojó una toalla en agua fría. Se sentó al lado de Ciro y se la puso en la frente. Quería calmarlo sin despertarlo porque sabía que a él no le gustaría que lo hubiera visto en ese estado.

Pero él la agarró de la muñeca y ella vio que tenía los ojos abiertos. Contuvo el aliento. Él jadeaba como si acabara de correr el maratón.

–Estabas soñando –susurró ella.

Ciro tiró de ella y la tumbó de espaldas sujetándola por las muñecas. Lara no sabía si estaba dormido o despierto. Parecía haber enloquecido. Pero ella no tenía miedo porque sabía que no le haría daño.

Ciro aún no se había recuperado de la pesadilla. Tenía un sabor

acre en la boca y no sabía dónde estaba. Lo único que veía era los enormes ojos azules de Lara, llenos de la misma emoción que cuando había ayudado al perro. De pena… No, de compasión.

Sentía su cuerpo contra el suyo, suave como la seda. La presión de sus senos, de sus caderas…

Se excitó tanto que sintió dolor. Y no solo en el cuerpo, sino también en el interior del pecho.

Le quitó las manos de las muñecas y se las puso a los lados de la cabeza.

–Te necesito, Lara, aquí y ahora. Y no puedo prometerte que te trataré con ternura. Así que si quieres irte vete.

Lara lo abrazó atrayéndolo hacia sí.

–Tómame. Soy tuya.

Y en aquel momento supo que estaba perdida. Sintió el deseo de Ciro como si fuera el suyo propio. Y lo único que deseó fue calmar su dolor. Lo quería, lo seguía queriendo. Siempre lo querría.

Ciro esperó unos segundos, como si quisiera asegurarse de que Lara sabía lo que hacía, antes de rasgarle el camisón de arriba abajo. Ella sentía la misma ferocidad que él.

Ciro la devoró con los ojos y sus manos moldearon cada una de sus curvas. Le abrió las piernas para acariciarla ahí con la lengua, lo que hizo que ella gritara mientras él lamía y succionaba el centro de su cuerpo.

Ella alzó la cabeza. Ahora también tenía la piel sudorosa.

–Ciro, por favor, no puedo esperar más.

Él agarró un preservativo y se lo puso. Por primera vez, Lara deseó que nada se interpusiera entre los dos, pero su matrimonio no tenía el fin de procrear. Ciro unió su cuerpo al de ella con una brutal embestida.

Utilizó todas las habilidades que poseía para prolongar y retrasar la llegada al clímax. En un momento determinado, se separó de ella, que emitió un lastimero gemido, para tumbarse de espaldas y colocarla a horcajadas sobre él.

–Quiero verte –dijo con voz ronca.

Lara se arrodilló y notó que él se agarraba su masculinidad para situarla frente a la entrada del cuerpo de ella. Lara fue descendiendo lentamente saboreando la exquisita sensación. Él le puso las manos en las caderas.

–Tómame, *cara mia*. Tómame por entero.

Lara pronto halló su ritmo subiendo y bajando por el cuerpo de él, mientras crecía la excitación en su interior, lo que hizo que se moviera más deprisa. Pero no conseguía acercarse al clímax. Estaba

a punto de gritar de frustración cuando él la inmovilizó con las manos en sus caderas para embestirla.

La atrajo hacia sí y le agarró un pezón con la boca, y la primera ola de placer invadió a Lara haciéndola añicos. Y siguieron más, como las olas rompiendo en la orilla de la playa, hasta que se quedó lánguida, sin fuerzas y vacía.

Se tumbó sobre el cuerpo de Ciro, al que seguía unida, con la boca pegada a su cuello. Y se quedó plácidamente dormida.

Cuando Lara se despertó seguía en la cama de Ciro. Estaba amaneciendo. Ciro dormía a su lado con un brazo sobre la cabeza y el otro sobre el pecho. Deslizó la mirada por sus fuertes pectorales hasta los rizos oscuros donde su masculinidad seguía siendo impresionante, incluso dormido.

Debía marcharse antes de que él se despertara para llevarla a su habitación. Se preguntó si alguna mujer habría pasado toda la noche con él en la cama.

Ya se había sentado cuando él la agarró del brazo.

–¿Dónde vas?

–A mi cama.

–No, quédate.

Lara lo miró. Seguía con los ojos cerrados. Volvió a tumbarse y él se volvió hacia ella y le puso una pierna por encima de las suyas. Se removió contra ella y abrió los ojos.

Lara se emocionó al verlo despeinado y con barba incipiente. Le acarició la cicatriz con suavidad.

–¿Te duele?

–A veces. Pero no me duele, sino que me tira.

–¿Nunca has pensado en quitártela, como esa gente a la que ayudas en la fundación?

–No, creo que es importante que la gente la vea para que sepa que está bien querer vivir con las propias cicatrices. Como recordatorio.

–¿Un recordatorio del secuestro? ¿Por qué quieres recordarlo?

–No es eso, específicamente, sino un recordatorio de que no soy tan infalible como creía y de que no debo confiar en nadie.

«Incluyéndome a mí», pensó Lara.

–¿Qué soñabas anoche?

Ciro se separó de ella para volver a tumbarse de espaldas.

–Era una pesadilla.

Lara titubeó antes de preguntarle:

–¿Sobre el secuestro?

Él asintió, claramente incómodo. Era probable que lo considerara un signo de debilidad.

–Yo también tuve una –añadió ella.

Ciro la miró.

–Durante meses, la misma, de forma repetida. Nos ponían las capuchas en la cabeza, nos las quitaban. Nos dábamos cuenta de que estábamos en una camioneta con esos hombres. Me arrancaban de tus brazos y me dejaban al lado de la carretera… –se detuvo, estremecida por el recuerdo.

Ciro la abrazó.

–No consentiré que te vuelva a pasar algo así, ¿me oyes?

Lara lo miró y asintió.

–Te creo.

Había algo increíblemente frágil en ese momento. Ciro la estrechó con más fuerza y la besó. Sus cuerpos se movieron al unísono y la respiración de ambos se aceleró. No hubo nada de la ferocidad de la noche anterior, sino que todo fue lento y sensual, y tan tierno que Lara cerró los ojos para que Ciro no viera que estaba a punto de llorar.

–¿Vuelves a trabajar desde casa?

Ciro miró a Lara enarcando las cejas.

–¿Tengo que pedirte permiso?

Lara negó con la cabeza y se sirvió un plato de la ensalada que les había dejado el ama de llaves en la terraza de la parte trasera de la casa. Ciro había comido con ella los últimos días. Había pasado una semana desde aquella tumultuosa noche y, desde entonces, Ciro no la había vuelto a llevar a su cama. Se despertaban juntos y solían hacer de nuevo el amor por la mañana.

Sin embargo, Lara sabía que era peligroso creer que algo estaba cambiando.

Ciro se sentó y se sirvió ensalada. Dominique salió a la terraza y les sirvió vino.

Se oyó un gruñido y Lara miró a Hero, que la miraba a su vez con sus grandes ojos castaños. Limpia y curada, y engordando de día en día. Era blanco y con manchas marrones. No era bonito, pero era adorable.

Un par de veces, cuando Lara había ido a buscarla, la había encontrado hecha un ovillo a los pies de Ciro, en su despacho. Él fingía no haberse dado cuenta y cuando ella se marchaba con el

animal le susurraba: «No te culpo, cariño, sé lo que se siente».

Hero le lamía el rostro como si quisiera consolarla porque las dos estuvieran subyugadas por Ciro.

Lara la acarició distraídamente y el animal se tumbó a sus pies.

–Gracias por dejarme tenerla –dijo ella.

Ciro se encogió de hombros y consultó su reloj.

–¿No querías ir a Museo Guggenheim?

Lara asintió, sorprendida de que lo recordara.

–Puedo tomarme la tarde libre, así que iremos después de comer.

–No hace falta, puedo ir sola.

–¿No quieres que te acompañe?

Lara se puso colorada. Aquel Ciro tan relajado le recordaba dolorosamente al que había sido.

–Claro que sí. Me encantará verlo contigo.

Él se levantó.

–*Va bene*. Voy a hacer unas llamadas. Salimos dentro de una hora.

Lara lo observó mientras entraba en la casa. Respiró hondo e intentó no imaginarse cosas imposibles.

Como que ella volviera a caerle bien.

Al día siguiente, Ciro observó, desde la ventana del despacho, a Lara jugando con el cachorro en el césped. Llevaba pantalones cortos y sus largas y delgadas piernas habían adquirido un tono dorado.

Él había vuelto a casa temprano, pero ella no lo sabía. ¿Desde cuándo volvía a casa temprano?, ¿o trabajaba desde casa?, ¿o se pasaba la tarde en un museo? La causante de todo ello se hallaba en aquel momento tumbada de espaldas riéndose, mientras el perro se le subía encima ladrando muy excitado.

Ciro notaba una profunda satisfacción física por el sexo alucinante que tenían noche tras noche. Ya no llevaba a Lara a su propia cama. Compartían la habitación de él, cosa que no había hecho nunca con otra mujer, temeroso de que se considerara demasiado íntimo y se malinterpretara.

El día anterior habían estado horas recorriendo el Guggenheim. Había sido una de las tardes más agradables que recordaba haber pasado en mucho tiempo.

Ahora, al mirar a Lara, tenía que reconocer que su deseo de ella no había disminuido. Al contrario, parecía haberse intensificado.

Pero, según el trato, se divorciarían pronto. La idea le produjo algo parecido al pánico.

Hasta ese momento, ella había cumplido su parte presentándole a personas que, antes, no lo hubieran aceptado en su círculo.

Pero, en realidad, le resultaba difícil centrarse en eso cuando la tenía delante, y se pasaba la mayor parte del día recordando la noche anterior y deseando que llegara la siguiente.

En ese momento sonó el teléfono y el contestó con impaciencia mientras veía a Lara lanzar una pelota a Hero.

–Repite lo que has dicho –le dijo a su abogado.

–Sabemos quién estaba detrás del secuestro y me parece que no te va a gustar oírlo.

El sol proyectaba largas sombras en la hierba cuando Lara agarró a Hero para entrar en la casa.

Oyó un ruido procedente del salón principal y dejó a Hero en la cama para ir a investigar. Entró y vio a Ciro tomándose un whisky.

–No sabía que estabas en casa.

Se emocionó al pensar que había vuelto pronto para volver a salir esa tarde. Pero cuando él se volvió, tuvo que contenerse para no gritar. Estaba pálido de furia y su mirada despedía fuego.

–¿Qué pasa?

Ciro dejó el vaso en la bandeja con mucho cuidado y volvió a mirarla. Ella presintió lo que le iba a decir.

–¿Cuándo pensabas contarme que fue tu tío quien organizó el secuestro?

Lara se quedó helada.

–¿Cómo lo sabes?

–Llevo investigando el secuestro desde que se produjo, sin ningún resultado hasta ahora. ¿Es cierto?

A Lara le entraron ganas de vomitar. Asintió lentamente.

–Sí, fue mi tío quien lo planeó porque no quería que nos casáramos.

Ciro hizo una mueca de desdén.

–¿Así que se le ocurrió el plan de raptarnos? ¿O contribuiste tú también?

Lara negó con la cabeza. Le parecía que se ahogaba. Se arrastró hasta una silla y se sentó.

–No lo supe hasta después.

Ciro la miró. No la creía. No se creía que, después de todo lo que había pasado con ella, se la hubiera vuelto a jugar. Lo que sentía

iba más allá de la ira.

Notó la línea de la cicatriz y el meñique fantasma que no tenía. Quería acercarse a ella y levantarla de la silla. Parecía en estado de shock, pero tampoco se lo creyó.

–Quiero saberlo todo.

Vio que ella tragaba saliva. Estaba tan pálida que casi le remordió la conciencia, pero aplastó ese sentimiento. Aquella mujer era un camaleón de la peor especie y una criminal en potencia.

–Mi tío me obligó a casarme con Henry Winterborne.

Él negó con la cabeza.

–Eso es absurdo.

–Ojalá lo fuera. A mi tío lo obsesionaban la posición social y el linaje. No iba a consentir de ningún modo que me casara contigo.

–Sigue.

–Mi tío debía millones de dólares. Se había gastado su fortuna y mi fondo fiduciario. Yo era la última esperanza de saldar las deudas. Hizo que nos siguieran desde el momento en que le hablé de ti. Sabía que lo nuestro iba en serio.

Él no dijo nada, y ella prosiguió.

–Sabía que yo era inexperta y estaba seguro de que no habíamos…

Lara se sonrojó y, al verlo, Ciro sintió emociones tan encontradas que prefirió seguir centrado en la ira.

–Ahórrate el sonrojo, *cara*. Es una historia de lo más interesante.

Lara apretó la boca durante unos segundos, pero luego dijo:

–Me vendió, como a una esclava en una subasta, al mejor postor: Henry Winterborne.

Ciro se esforzó en procesar lo que oía. Era muy exagerado, pero decidió comprobar hasta dónde iba a llegar Lara fingiendo que era inocente.

–¿Cuándo dices que te enteraste de todo eso?

–Después del secuestro. Fue cuando mi tío me lo contó. Y también me dijo que te mataría si nuestra relación continuaba.

–Así que, ¿fuiste al hospital a convencerme de que nunca habías pensado casarte conmigo para salvarme? Es la historia más romántica que he oído en mi vida.

De pronto, Ciro recordó algo y se quedó inmóvil.

–Esa historia te la conté yo en Sicilia. Mi bisabuela no pudo casarse con el hombre al que quería y a él lo amenazaron. Ni siquiera has sido lo suficientemente creativa para inventarte algo original. Me das…

Lara se levantó de un salto.

–¡Te juro que es verdad! Se trata de una coincidencia. Sucedió así.

Ciro se esforzó en contener la ira y comportarse de forma civilizada.

–Entonces, ¿por qué no me lo contaste en el hospital? Estábamos solos. Yo te lo diré. Porque, aunque no te gustara la idea de casarte con un anciano, era preferible a hacerlo con un hombre carente de linaje o, mejor dicho, de uno bastante turbio.

Ella negó con la cabeza.

–No, no me hubiera casado con él por nada del mundo. Me repelía.

–Entonces, ¿por qué no lo dejaste? Iba en silla de ruedas. No podía salir corriendo detrás de ti.

–Mi tío murió tres meses antes de que lo hiciera Henry. Mantuvo su amenaza de hacerte daño hasta el final. Yo no tenía dinero ni dónde ir. Me sentía culpable de que Henry estuviera en una silla de ruedas. Y, después, cuando tuvo el derrame cerebral, era evidente que se iba a morir, por lo que me sentí menos capaz de intentar huir.

Ciro lanzó un bufido.

–¿Que no tenías dinero? Ese hombre era millonario.

Lara evitó mirarlo.

–Después del accidente, estaba furioso y no me daba nada.

La ira de Ciro aumentó. Lo estaba manipulando de nuevo con aquel cuento. No estaba seguro de con qué fin, pero sí de que no podía ser todo tan sencillo como lo había contado. Y su paciencia había llegado al límite.

–No sé por qué lo haces, Lara, pero no te va a servir de nada.

Ella vio en su rostro y oyó en su voz que rechazaba por completo lo que le acababa de contar. Era lo que se temía. Le tendió las manos.

–Ciro, lo siento mucho. Querría que nada de eso hubiera sucedido…

Él alzó las manos para hacerla callar.

–Basta. Mi equipo de investigación no ha excluido que estuvieras compinchada con tu tío. ¿Sabes que te podrían juzgar por ello?

Ella palideció.

–Ciro, por favor, tienes que creerme. No sabía nada. Fui una víctima como tú. Te quería tanto… Me aterrorizaba lo que pudiera hacerte mi tío. No tuve elección.

Ciro hizo una mueca de asco.

–¿Que me querías? Vas demasiado lejos. Si lo que dices es

verdad, y lo comprobaré, ¿por qué no me lo contaste cuando volvimos a encontrarnos?

Ella tragó saliva.

–Temía que no me creyeras y parece que no me equivocaba.

–No me vale. La verdad es que fuiste cómplice de tu tío para que me alejara de ti. Hubiera bastado con que me dijeras que no querías casarte conmigo. No hacía falta que llegaras a tales extremos.

Lara se dio cuenta de que era inútil seguirse defendiendo.

–¿Recuerdas que ese día, en el hospital, te pregunté si me querías?

–¿Qué tiene eso que ver?

–Quería contártelo todo, a pesar de las amenazas de mi tío y del secuestro. Creía que serías capaz de enfrentarte a él. Pero cuando supe que no sentías lo mismo por mí que yo por ti, creí que no tenía sentido que arriesgaras la vida.

Él la miró durante unos segundos, antes de decir:

–Ya he oído bastante. Nuestro matrimonio se ha acabado. Hemos terminado. Quiero que te vayas hoy, ahora mismo. Te buscaré un vuelo que te lleve de vuelta al Reino Unido. Si te marchas tranquilamente, no te denunciaré. Fuera de mi vista.

Lara notó que tenía los miembros entumecidos. Se apartó a trompicones de Ciro para dirigirse a la puerta. Al llegar se detuvo y se volvió. Ciro la miraba con tanto asco que estuvo a punto de perder el equilibrio. Se agarró al picaporte para mantenerlo.

–Te quiero, Ciro. Siempre te he querido. Hice lo que creí mejor para ti y estuvo a punto de costarme la vida. Los dos últimos años han sido un calvario. No voy a disculparme por quererte, tanto si me crees como si no. Y siento haberte mentido.

Se fue antes de que él pudiera decir nada. No la quería, nunca lo había hecho. Y eso era un golpe mortal. El definitivo.

Todo se llevó a cabo con precisión militar. Llegaron unos empleados para ayudarla a hacer el equipaje, pero ella insistió en llevarse únicamente la maleta con la que había llegado. Un coche la esperaba para llevarla al aeropuerto y en unas horas estaba a bordo del avión.

Tuvo que dejar a Hero en Nueva York, ya que no tenía documentación. Y no vio a Ciro antes de marcharse. Ni siquiera supo si seguiría allí. Pero estaba segura de que no volvería a verlo.

La tarde siguiente, Ciro, sentado en la parte trasera del coche, se dirigía a su casa. El corazón le latía deprisa y tenía que controlar la respiración. Tenía claustrofobia y era en momentos como esos cuando maldecía a sus secuestradores porque, a pesar de su poder mental, un resto de miedo se aferraba a él como un tentáculo siempre que se hallaba en un espacio pequeño y cerrado.

Pensó que, cuando Lara iba con él en el coche, no experimentaba tanta claustrofobia. Ella lo distraía.

Después del descubrimiento del día anterior y de la partida de ella, se había apoderado de él una especie de niebla. No recordaba lo que había hecho durante ese día. El cachorro había ladrado desconsoladamente por la mañana y lo había dejado salir al jardín.

Para alguien que pensaba con claridad, era exasperante seguir pensando en ella.

Fuera o no verdad que había sido cómplice de su tío, sabía lo del secuestro cuando fue a verlo al hospital, donde se hallaba herido por culpa de ella. Había tenido la oportunidad de contárselo, pero no lo había hecho.

La noche anterior había sido la primera en que había dormido solo desde hacía semanas. Volvió a tener la misma pesadilla, pero esa vez no lo despertaron las caricias de Lara en la frente ni su cuerpo tentador. Se despertó sudando, con las sábanas revueltas y ronco de tanto gritar. Esa vez, el sueño había sido ligeramente distinto. Aparecía el momento en que arrancaban a Lara de sus brazos y abrían la puerta de la camioneta para tirarla a la cuneta, y se repetía una y otra vez.

«¿Recuerdas que te pregunté si me querías?». Lo recordaba. Se removió, incómodo, en el asiento del coche. Y también recordaba que el pánico se había apoderado de él.

Recordó que había pensado en su padre y en su esclava devoción por su infiel esposa. Si eso era amor, no era lo que él sentía.

«¿Y el terror que experimentaste cuando los secuestradores te la arrancaron de los brazos? En ese momento pensaste que la querías».

Volvió a removerse en el asiento. Siempre había atribuido la aparición de esa emoción a las circunstancias extremas en que se hallaban.

Sus empleados le habían informado de que el vuelo de Lara había salido puntual el día anterior. Ya habría llegado al Reino Unido. Podría estar en cualquier parte. Por primera vez en dos años, desconocía su paradero.

En cuanto el coche se detuvo ante su casa, Ciro se bajó. No le gustaba el sentimiento de pánico que experimentaba. Entró, dejó

sus cosas y el cachorro fue hacia él corriendo y ladrando, seguido del ama de llaves pidiéndole disculpas. Ciro tomó en brazos a Hero. Subió al dormitorio. Se detuvo ante el de Lara durante unos segundos, antes de abrir la puerta y entrar.

Lo habían limpiado. La cama estaba hecha y era como si ella no hubiera estado allí. Pero aún olía a su perfume.

Dejó a Hero en la cama. El animal se hizo un ovillo y se durmió.

Ciro fue al vestidor y abrió las puertas esperando encontrarlo vacío. Estaba lleno de ropa. Frunció el ceño. Todo lo que le había comprado seguía allí. También las joyas.

Descolgó el teléfono de la habitación y llamó al ama de llaves.

–¿Qué se llevó la señora al marcharse?

Escuchó la repuesta y colgó. Se sentó en la cama. Solo se había llevado una maleta, y sabía que era la vieja maleta que había llevado.

El cachorro se acomodó en su regazo. Ciro lo acarició distraídamente antes de levantarse y llevárselo consigo. Lo dejó en la cocina, con el ama de llaves.

Inquieto, se dirigió al salón. Estaba lleno de valiosas pinturas, objetos artísticos, alfombras persas… Podría ser un museo.

Al comprar aquella casa, le pareció que había alcanzado una de las muchas cimas que se había propuesto. Cuando le hizo a Lara la proposición matrimonial, la imaginó allí como su esposa y anfitriona, seduciendo a la gente con su encanto natural.

«Y dándote acceso a un nivel social más elevado», le recordó una voz en su interior.

Una licorera de cristal le lanzaba destellos desde la bandeja de las bebidas. Parecía burlarse de él por creer que lo tenía todo resuelto, que su relación con Lara había terminado, que todo aquel exceso que lo rodeaba significaba algo en realidad.

Lleno de ira, agarró la licorera y la lanzó a la chimenea, donde se hizo añicos.

Oyó que alguien se acercaba corriendo y, por alguna razón inexplicable, pensó que sería…

Pero solo era una empleada con cara de susto.

–¿Todo bien, señor Sant'Angelo?

–Sí, todo bien.

Pero sabía que no era así.

«Dos pintas de *bitter*».

Lara se obligó a sonreír.

–Ahora mismo.

Después de trabajar, en una cálida tarde de viernes, los bares de Londres estaban llenos y los clientes salían a la calle a beber. Se reían y bromeaban, encantados de que llegara el fin de semana.

Lara no libraba el fin de semana, ya que esos días trabajaba en un restaurante italiano, cerca del albergue en que vivía. Pero se negó a compadecerse de sí misma mientras salía con las cervezas y recogía el dinero y los vasos sucios.

Un hombre se inclinó hacia ella.

–Eres muy guapa para estar trabajando aquí, cielo. Voy a sacarte de esta pocilga y huiremos juntos.

Sus amigos se rieron a carcajadas, pero Lara fue incapaz de sonreír. Se le llenaron los ojos de lágrimas, lo que era ridículo. Tenía la suerte de haber encontrados dos empleos. Por primera vez en su vida ganaba dinero. Por fin era libre. Pero la libertad le pesaba.

Nunca pensaba en…él. No podía si no quería hundirse.

–¡Eh, guapa! Una pinta y un vino blanco, por favor.

Lara alzó la vista y sonrió al joven.

–Ahora mismo.

Capítulo 9

UNA SEMANA después, Ciro volvió a Londres. Estaba en una recepción en el palacio de Buckingham y acababa de conversar con un miembro de la familia real. Y lo había hecho sobre los negocios de Ciro.

Miró a su alrededor. Se hallaba allí reunido el grupo de personas más importante del mundo. Y él, Ciro Sant'Angelo, descendiente de piratas y mafiosos, estaba con ellos. Aceptado, respetado. Por fin.

Entonces, ¿por qué no estaba más satisfecho?

Porque lo acababa de llamar su abogado para decirle que Lara se había puesto en contacto con él para iniciar los trámites del divorcio y, como dirección, le había dado un apartado de correos. También le había dicho que no iba a aceptar el dinero que recibiría cuando se divorciaran, y le había dado el nombre de una ONG para que lo mandaran allí.

Era la fundación de Ciro, Face Forward.

Y él había descubierto otras cosas. Había hallado la tarjeta de crédito que le había dado a Lara en el escritorio de su despacho en Nueva York, junto con el anillo de compromiso y la alianza matrimonial, cada uno de los cuales valía una fortuna.

Había también una nota.

Te pagaré lo que te debo.

Se había gastado unos cientos de dólares con la tarjeta, una cantidad ridícula para alguien como él.

Lara también le había dicho al abogado que, cuando Hero tuviera la documentación en orden, le gustaría que se reuniera con ella. Y había llegado un paquete para ella. Ciro lo había abierto. Contenía un vestido de novia de los años ochenta y estaba usado.

Nada tenía sentido.

Ciro reconocía que no había vuelto a ver a la Lara que se había presentado en el hospital aquel día, aquella Lara irreconocible. Si solo le hubieran importado el dinero y la posición social, ¿no lo habría desplumado?

¿No estaría allí en aquel momento buscando un nuevo marido?

La desesperación se apoderó de Ciro. Tal vez ella siguiera jugando con él y estuviera allí. Miró a su alrededor, con el pulso acelerado, casi esperando ver su rubia cabeza y oír su seductora risa.

–¿A quien busca? ¿A su esposa? ¿La ha perdido?

Ciro vio a un hombre cuyo nombre no recordaba y que no le caía bien.

–No, no está aquí.

–Es una pena –afirmó el hombre–. Es una rara joya. Aunque dudo que ya sea tan rara. Ya me entiende. Al fin y al cabo, se ha casado dos veces. Winterborne se llevó lo mejor de ella. Si yo hubiera tenido más dinero, puede que hubiera sido yo el afortunado.

Ciro lo miró horrorizado.

–¿De qué habla?

El hombre pareció repentinamente incómodo.

–Creí que sabía lo de la subasta. Claro que no fue una subasta de verdad, solo algo entre unos cuantos amigos de Thomas Templeton. Mujeres como Lara son escasas hoy en día. Inocente, pura…

Ciro recordó las palabras de Lara: «Me vendió, como a una esclava en una subasta, al mejor postor: Henry Winterborne».

El hombre le dio unas palmadas en la espalda.

–¿Se encuentra bien? Está muy pálido.

–¿Cuántos hombres intervinieron? –consiguió preguntar Ciro.

Él hombre le respondió en tono de complicidad:

–Siempre hay un mercado de mujeres como ella, de buena posición social, sobre todo si son vírgenes. Es algo que escasea hoy en día.

Sin pensarlo, Ciro le dio un puñetazo en el rostro y lo mandó tambaleándose contra la multitud, donde chocó con un camarero que llevaba una bandeja con copas y una mujer, que gritó antes de que el hombre cayera al suelo.

Al instante aparecieron empleados de seguridad que agarraron a Ciro por los brazos. Vislumbró al miembro de la familia real con quien había hablado y observó una expresión de desdén en su aristocrático rostro. Todo el mundo lo miraba sorprendido. Y comenzaron a susurrar mientras se lo llevaban de allí.

Y a él le dio exactamente igual.

Por primera vez en su vida, le daba exactamente igual.

Era otra noche calurosa y bochornosa en el bar. A Lara le dolían los pies. Al menos ya no tenía que llevar tacones. Estaba pasando una bayeta al mostrador cuando lo oyó.

–Lara.

Se detuvo. Soñaba con él casi todas las noches. ¿Estaba alucinando?

Siguió limpiando.

–Lara.

Alzó la vista y vio a Ciro.

–Oye, tronco, si te vas a quedar plantado en la barra pídenos algo de beber, ¿vale?

Un grupo de jóvenes se rio detrás de él, pero Ciro no les prestó atención.

–¿A qué has venido?

–¿Podemos hablar?

Ella observó que estaba demacrado y despeinado.

–¿Pasa algo?

Él negó con la cabeza.

–No, todo va bien, pero tenemos que hablar.

Ella se dio cuenta de que el gruñón de su jefe se le acercaba porque no estaba sirviendo bebidas.

Lara lo miró para tranquilizarlo y dijo a Ciro:

–No puedo irme ahora. Siéntate y te llevo una cerveza. Tendrás que esperar a que acabe mi turno.

–¿Cuánto?

–Tres horas.

Le dio una cerveza. Deseaba que desapareciera. Él se sentó y ella siguió sirviendo bebidas.

Fueron las tres horas más insoportables de la vida de Lara. Ciro observaba desde un rincón cada uno de sus movimientos. Se extrañó de no tirar cada vaso, de no confundirse en cada comanda.

Por fin, el bar se quedó vacío y ella se le acercó con los vaqueros salpicados de cerveza, una camiseta, una chaqueta sobre el brazo y el bolso al hombro. Estaba exhausta.

–¿Dónde quieres que hablemos.

Él se levantó.

–¿Vives cerca?

Salieron del bar. Lara vio a los guardaespaldas, el coche y al chófer.

–No creo que te guste donde vivo. Hay un café aquí cerca que cierra tarde.

–Podríamos ir a mi casa.

Lara negó con la cabeza. Ahora ese Londres se hallaba a miles de kilómetros de ella.

–No.

–Muy bien. ¿Dónde está el café?

Lara lo condujo a la vuelta de la esquina y entraron en el café, donde les dieron una mesa al fondo.

Lara pidió un té y él un café. Cuando se lo llevaron, ella preguntó:

–¿De qué quieres hablar?

–Te marchaste sin dejar una dirección.

Lara reprimió el dolor que sentía al recordar ese día en Nueva York.

–Me echaste, por lo que no creí que mi dirección fuera una prioridad para ti. Hablé con tu abogado.

–Pero le diste un apartado de correos.

Ella se enfureció.

–Vivo en un albergue, Ciro. No sé dónde estaré dentro de un mes. Por eso le di un apartado de correos.

Él la miró horrorizado.

–¿En un albergue?

Lara asintió.

–Muy limpio y habitable.

Ciro había palidecido. Puso un paquete en la mesa y dijo:

–Ha llegado esto para ti. ¿Por qué compraste un vestido de novia?

Lara sacó el vestido de novia de su madre. Lo había buscado en Internet y solo costaba doscientos dólares. Se emocionó. Por fin lo había recuperado.

Se esforzó en mantener la compostura.

–Es el vestido de novia de mi madre. Lo había vendido –parpadeó con fuerza para contener las lágrimas–. Gracias. Te devolveré el dinero.

–¿Por qué lo vendiste?

–Necesitaba el dinero. Después de que Henry Winterborne se lesionara, yo carecía de utilidad para él. Me hizo trabajar para él, gratis desde luego. Despidió al ama de llaves. Lo soporté porque mi tío seguía vivo y seguía vigente su amenaza de hacerte daño. Creo que tenía miedo de que acudiera a ti en busca de ayuda o de que intentara prevenirte. Fantaseé con ello muchas veces –tocó el paquete–. Esperaba llevar este vestido cuando me casara contigo. Formaba parte del pasado, una forma de establecer un vínculo con mi madre.

–Pero lo vendiste.

–El ama de llaves de Henry y yo nos hicimos amigas. Cuando él la despidió, su situación se volvió desesperada. Su esposo también había perdido el empleo y estaba enfermo. Y ella no encontraba trabajo. Yo no podía hacer mucho, pero vendí el vestido, algunas prendas mías y algunas joyas para ayudarla. Me sentía responsable.

–¿Por qué demonios te sentías responsable?

Ciro parecía enfadado. Lara apartó la mirada.

–Si yo no hubiera provocado el accidente de Henry…

–Ese hombre te hubiera violado. No fue culpa tuya.

Ella volvió a mirarlo.

–¿A qué has venido?

–¿No quieres nada, cuando nos divorciemos?

Ella negó con la cabeza reprimiendo su decepción. Solo la había localizado porque necesitaba hablar de eso. Probablemente seguía sin creerla.

–Nunca he estado contigo por dinero. Ni la primera vez ni ahora.

Ciro sacó un periódico sensacionalista y se lo tendió.

–Supongo que no has visto esto.

En la portada había una foto de Ciro esposado mientras lo introducían en un coche de la policía. Tenia sangre en los nudillos y una expresión sombría. El titular decía:

Sant'Angelo se pelea en palacio, rodeado de aristócratas.

Estupefacta miró a Ciro.

–¿Qué ha pasado?

–Conocí a un hombre que formaba parte del grupo que participó en la subasta que llevó a cabo tu tío. Uno de los hombre que… –Ciro se interrumpió.

Lara terminó la frase por él.

–¿Uno de los hombres que podría haber sido mi esposo?

Él asintió.

Lara le tomó la mano para verle los nudillos heridos y musitó:

–Gracias, pero no tenías que hacerlo. Sé que odias llamar la atención de la prensa.

Ciro le agarró la mano.

–Me da igual. Me he dado cuenta, por fin, de que no me importa. El respeto y la aceptación se ganan viviendo con integridad y honradez. Ya no puedo hacer más de lo que hago. Me he cansado de intentarlo.

Lara lo miro a los ojos y observó en ellos un brillo que nunca había visto. Otra clase de orgullo que la conmovió.

–No te hacía falta haberlo hecho. Estás muy por encima del hombre que fueron mi tío o Henry Winterborne. Siempre lo has estado. Pero sí entiendo el deseo de tu padre y de tu abuelo de ser aceptados. Merecían mejor suerte.

Ciro rio.

–¿En serio? Tenían las manos manchadas de sangre. Todos las teníamos por nuestra relación con ellos. Aunque las cosas han cambiado mucho desde aquella época, nunca me aceptarán en ese mundo. Sin embargo, me he dado cuenta de que el dinero y el comercio son más importantes que la aceptación social, que lo único que importa es hacer negocios y crearte una reputación.

–Perdóname, Ciro. Si no nos hubiéramos conocido… Si no me hubiera enamorado de ti, mi tío no habría… –se mordió los labios para evitar derramar las lágrimas que le llenaban los ojos.

Él le apretó la mano.

–No tienes que pedirme perdón por nada. Por nada. Cuando volvimos a vernos, me confundiste. Esperaba encontrar a la mujer que había aparecido en la habitación del hospital dos años antes, pero me encontré contigo, con la Lara que recordaba. Pero no me fiaba de ti. Me daba miedo, después de lo que me habías hecho sufrir.

Lara sintió una opresión en el pecho.

–¿De lo que te hice sufrir? Pero si no sentías nada por mí.

–No sabía lo que sentía. Cuando me preguntaste si te quería, me entró pánico. Pensé en mi padre y en su amor obsesivo y tóxico por mi madre. Yo sabía que no era eso lo que sentía, pero no podía negar que me obsesionabas. De repente me horroricé al pensar que podía ser como mi padre, que me perdería por una mujer y haría el ridículo como él lo había hecho.

Antes de que Lara pudiera hablar, él le hizo una pregunta.

–¿Por qué accediste a casarte conmigo?

–Porque me sentía culpable de lo que te había pasado. Estaba en deuda contigo. Después de lo que había sucedido…

Ciro le soltó la mano. Su expresión había cambiado.

–Te sentiste obligada –hizo una mueca–. ¿Y por qué no ibas a hacerlo? Fui yo quien te dijo que estabas en deuda conmigo.

Ella vio dolor en sus ojos. El orgullo había desaparecido.

–No tenías donde ir. No tenías dinero. Y te sentías culpable. No tenías elección.

Ella negó con la cabeza.

–Claro que la tenía. Podía haberme marchado, haberte contado todo, pero no lo hice.

–¿Por qué?

–Porque habías vuelto a mi vida. No te lo dije porque me había convencido de que estaba en deuda contigo. Temía que, si te lo contaba, me despreciarías aún más –respiró hondo–. Aunque no quería reconocerlo, seguía queriéndote y habría hecho lo que fuera por estar contigo, incluso dejar que te vengaras de mí.

Ciro estaba conmocionado.

–Lo que tuviste que pasar durante dos años… Cuando pienso en lo que ese hombre te habría hecho, si no hubieses tenido el valor de defenderte… –se calló bruscamente y salió del café.

Lara dejó unas monedas en la mesa, agarró el vestido de novia y salió tras él. Estaba en la calle, en la que no había nadie más, con el puño en la boca.

Cuando se le acercó, él le dio la espalda, pero ella tuvo tiempo de ver que tenía las mejillas húmedas.

–Ciro…

–No me mires. No soporto que hayas sufrido tanto porque me dio miedo reconocer mis sentimientos.

Lara lo abrazó por detrás y apoyó la cabeza en su espalda. El paquete cayó a sus pies, pero no se dio cuenta.

Él se dio la vuelta y ella contuvo el aliento al contemplar la desolación que expresaba su rostro.

–¿Podrás perdonarme algún día?

Ella no se esperaba aquello, que Ciro se sintiera culpable. Era ella la culpable.

Le secó las lágrimas. Le dolía el corazón porque sabía que, aunque Ciro sintiera algo por ella, no era amor.

–Fue culpa mía.

Él negó con la cabeza.

–No, no vuelvas a decirlo. Fue culpa de tu tío. He encargado que lo investiguen. No puedes imaginarte lo corrupto que era. Lo que te hizo fue la punta del iceberg. Era culpable de fraude y de tráfico de mujeres dentro y fuera del Reino Unido.

Lara bajó los brazos.

–¡Por Dios!

–Lo siento mucho, Lara –la tomó de la mano–. Este no es sitio para hablar. Ven conmigo a casa, por favor.

Lara sabía que debía negarse. Había oído todo lo que necesitaba saber. Ciro tenía razón: no era culpa de ella. Ni de él. Los habían utilizado. Sin embargo, no fue capaz de negarse. Tendría la vida entera para intenta olvidar a Ciro.

–De acuerdo.

Ciro recogió el paquete y la condujo hasta el coche. Cuando se montaron, él la sorprendió abrazándola estrechamente. Ella cerró los ojos. Aquello no duraría. Él solo se sentía culpable. Pero lo disfrutaría mientras pudiera.

Se quedó dormida. Fue vagamente consciente de que el coche se detenía, Ciro la tomaba en brazos, la depositaba en una superficie blanda y la tapaba con una manta.

Intentó espabilarse, pero él le dijo:

–Duerme. Necesitas descansar.

Lara se despertó temprano a la mañana siguiente. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no estaba en la habitación del albergue, sino en una lujosa cama.

En casa de Ciro.

Se sentó en la cama e hizo una mueca. Aún llevaba los vaqueros y la camiseta, que olían levemente a cerveza. Se levantó y fue al cuarto de baño a ducharse.

Mientras lo hacía, recordó lo sucedido la noche anterior y el dolor del rostro de Ciro. No la quería, pero le había pedido perdón

Se abrazó conteniendo la emoción. Debía hacerlo hasta marcharse de allí. Después, por fin, podría llorar.

Al salir de la ducha se sintió limpia y en paz. Sabía que Ciro habría tenido tiempo de analizar lo sucedido y que lo mortificaría haberle revelado tanto, por no hablar de la humillación pública de ser arrestado en una fiesta en el palacio de Buckingham.

Se puso un albornoz y bajó con su ropa para lavarla y secarla. Cuando iba a subir de nuevo oyó un ruido en la cocina y se dirigió hacia allí. Ciro se estaba tomando un café. Se volvió a mirarla.

–Siento haberme quedado dormida. Estaba más cansada de lo que creía.

–No es de extrañar, si tienes dos empleos.

Ella lo miró con la boca abierta.

–¿Cómo lo sabes?

–Te he seguido la pista desde hace unos días. Me lo han dicho los investigadores.

–Necesitaba dinero.

Ciro cambió de tema.

–¿Quieres café?

Lara asintió. Como Ciro no daba ninguna muestra de la emoción de la noche anterior, sus peores miedos parecían hacerse realidad.

Él le tendió una taza.

–Vamos arriba para hablar.

–No hace falta. Tú estarás ocupado y yo tengo que trabajar en el restaurante.

–No vas a volver a trabajar.

–Ciro, no puedo….

–Vamos arriba, por favor.

Lara lo siguió y él la condujo a uno de los salones. Ella se sentó en una silla y él se dirigió a la ventana.

Lara tomó un sorbo de café y dejó la taza.

–En cuanto se me seque la ropa, te dejaré en paz. Sé que tienes buenas intenciones, pero no puedo permitirme perder el empleo…

Ciro se volvió hacia ella.

–Te he dicho que no vas a volver a trabajar –dejó la taza y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros–. Esta es tu casa, Lara Ya tienes dónde vivir. Nunca tendrás que volver a trabajar para tener un techo.

Ella lo miró confusa.

–¿Vas a regalarme esta casa?

–Quiero decir que es nuestra. Mi casa es tuya.

Ella negó con la cabeza.

–¿Qué quieres decir, Ciro?

Él se sentó, se levantó y se volvió a sentar.

–Quiero decir que deseo que sigamos casados. Pero después de todo lo que has pasado, sé que mereces ser independiente. Desde que perdiste a tu familia, ha habido personas, hombres, que te han dicho lo que debías hacer, y yo no quiero ser otro más que te gobierne la vida.

–¿No quieres que me vaya?

Él negó con la cabeza y se arrodilló frente a ella.

–No, no quiero que te vayas, pero tampoco quiero que te sientas obligada a quedarte porque creas que estás en deuda conmigo o porque te sientas culpable. Te quiero, Lara, pero no deseo que te sientas atrapada.

El mundo dejó de girar.

–¿Qué?

Ciro frunció el ceño.

–Te quiero… Te lo dije ayer.

–No. Estoy segura de que lo recordaría. Estabas trastornado, te sentía culpable, hablaste de sentimientos, pero no de amor.

Ciro le tomó la mano.

–Pues te quiero. Te he querido desde el momento en que te vi en aquella calle de Florencia, pero no sabía que era amor. Has sido la

primera mujer que me ha vuelto loco, la primera con la que he pasado una noche entera en la cama. Cuando los secuestradores te arrancaron de mis brazos, fue cuando lo supe. Pero continué diciéndome que no podía ser amor, que nunca sería esclavo de mis sentimientos, como mi padre.

Lara vio la emoción en su rostro y se llevó la mano a la boca para ahogar un gemido de alegría.

Ciro se la bajó.

–Créeme, por favor. Te quiero más que a mi vida. Sin ti, el mundo no tiene sentido. En el fondo, nunca creí que fueras la persona en la que te convertiste en el hospital, pero me resultaba más fácil creerlo que reconocer que me habías partido el corazón.

Lara le acarició el rostro y la cicatriz con los ojos llenos de lágrimas.

–Mi amor, lo siento mucho.

Él le tomó el rostro entre las manos.

–No vuelvas a decir que lo sientes.

Ella asintió.

–Te quiero mucho.

–Me da miedo creerlo. Hemos sufrido tanto, te he hecho sufrir tanto…

Lara le puso un dedo en los labios.

–No vuelvas a decir eso. Ninguno de los dos tiene la culpa. Nos vimos atrapados en acontecimientos que no podíamos controlar. Te quiero, cariño, y eso es lo único que debes creer.

Lo besó dulcemente y añadió:

–Aunque me hubieras dicho que me querías y nos hubiésemos enfrentado a mi tío, no sé qué habría pasado. Estaba loco. Yo era su única esperanza y era capaz de cualquier cosa.

–Tal vez, pero nos hizo pasar dos años infernales. ¿Sabes por qué compré esta casa?

Ella negó con la cabeza.

–Te seguí la pista durante esos dos años esperando no sé bien qué. Sabía dónde vivías, así que compré esta casa al lado de la tuya. Creo que planeaba seducirte para que abandonaras a Henry Winterborne, lo cual habría demostrado que carecías de moral. Pero lo más importante era que habrías vuelto conmigo.

–No sabes cuántas noches soñé que venías a rescatarme. Pero después vi fotos tuyas, supe que seguías adelante con otras mujeres…

–No me acosté con ninguna de ellas. No pude. Pensar en ti me consumía. No estaba disponible para nadie más.

Lara no pudo contenerse y lo abrazó. Él se sentó en el sofá y se la colocó en el regazo.

–Hemos desperdiciado tanto tiempo… –dijo ella.

–No, vamos a empezar de nuevo. Basta ya de lamentarse, ¿de acuerdo?

Lara asintió. Él la sentó a su lado y después se levantó para hincar una rodilla en tierra, frente a ella. Se saco una cajita del bolsillo, que ella ya conocía y en la que, cuando él la abrió, vio el anillo de compromiso y la alianza matrimonial.

–Tal vez debería haber comprado otros.

–No, me encantan –dijo ella acariciándolos.

Él los agarró y la miró.

–Lara, ¿quieres seguir siendo mi esposa toda la vida?

–Sí.

Él le puso los anillos.

–No sé por qué no tiraste el anillo de compromiso –dijo ella.

Ciro la miró a los ojos y dijo con voz ronca:

–Puede que porque soñara con este momento.

Él la besó con tanta pasión que la conmovió.

Mucho después, cuando estaban en la cama, satisfechos y en paz, Lara dijo:

–Creo que por eso busqué el vestido de novia de mi madre, porque esperaba tener una segunda oportunidad.

Él la tomo de la mano, en la que brillaban los anillos. Se la besó y ella lo miró, atrapada en aquellos ojos oscuros que expresaban tanto amor.

–Segundas oportunidades y nuevos comienzos.

–Sí, mi amor, para siempre.

Epílogo

Un mes después

El crepúsculo daba paso a la noche mientras Lara se acercaba a la entrada de la pequeña iglesia del *palazzo* de Sicilia. Parecía que casarse de noche era una tradición. A ella le daba igual.

Isabella era la dama de honor. Sus ojos brillaban cuando la recibió en la entrada, que estaba cubierta de flores.

Hero saltaba alrededor de ellas y miraba a Lara con adoración. Isabella lo llevaba atado a la muñeca con una cinta. El animal llevaba un cojín de terciopelo atado al collar, en el que había una alianza matrimonial de zafiros. Un nuevo anillo para celebrar la renovación de los votos.

–Llevas un vestido precioso.

–Gracias –dijo Lara.

El vestido de su madre, tras unos leves arreglos, le sentaba muy bien. Llevaba el cabello suelto, adornado con una guirnalda de flores. No llevaba velo. Ya no necesitaba esconderse de nada.

Isabella le entregó un sencillo ramo de flores y se colocó delante de ella para iniciar el recorrido de la nave.

Roberto, su hermano gemelo, acompañaba a Ciro. Y también estaba Lazaro, el mejor amigo de Ciro, que ya había pedido perdón a Lara por haber dudado de ella.

Lara vaciló durante unos segundos en el umbral. Ciro no se había vuelto para verla recorrer la nave en la primera ceremonia. Pero justo cuando lo estaba pensando, él se volvió. Se vio reflejada en sus ojos. Nunca se había sentido tan bella y tan deseada.

Ni más querida.

Horas después, una vez acabada la celebración, Ciro la llevó en brazos a la suite. Lara veía amanecer por la ventana mientras él le desabrochaba el vestido, la desnudaba para hacerle el amor al tiempo que la besaba.

A Lara se le llenaron los ojos de lágrimas y susurró:

–He soñado con este momento, pero no creí que se hiciera

realidad. Me daba mucho miedo volver a querer, después de haber perdido a mi familia.

Ciro se detuvo y la volvió hacia él. Le secó las lágrimas.

–No es un sueño, sino una realidad, porque tuviste el valor necesario para confiar.

Lara sonrió entre lágrimas.

–Porque hiciste que me enamorara de ti.

Él sonrió.

–Eso también.

Dejó de sonreír y le puso la mano en el vientre.

–Y podemos tener algo más, si confías en mí.

–Una familia –susurró ella.

Él asintió.

–Solo querría tenerla contigo.

–Yo también.

Empecemos esta misma mañana.

Lara le rodeó el cuello con los brazos y apretó su boca contra la de él, antes de decir, emocionada:

–Sí, por favor.

Nueve meses después, en el hospital de Palermo, Ciro y Lara tuvieron un niño, Carlo, y formaron una familia.

Dos años después llegó Margarita.

Y luego Stefano.

Y la familia estuvo completa.